

UN AMOR
DE
JEFA

Aitor Ferrer

UN AMOR
DE
JEFA
Aitor Ferrer

UN AMOR
DE
JEFA
Aitor Ferrer

Primera edición.

Un amor de jefa

©Aitor Ferrer

©enero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Un amor de jefa

©Aitor Ferrer

©enero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

Capítulo 1



Me encontraba pletórico en la que iba a ser la gran noche de mi vida. Uno sabe cuándo ha llegado el momento de triunfar, y yo estaba a punto de experimentar un mayor éxito que el champán Moët & Chandon que servirían cuando mi jefa y dueña de la empresa, Nicolette, anunciara mi ascenso a encargado de área.

La fiesta era de esas de impresión, en la terraza del enorme ático que servía como sede central a nuestras oficinas. El jolgorio se escuchaba desde varias plantas más abajo mientras yo ascendía en el ascensor, seguro de que ese no sería el único ascenso que experimentaría antes de irme a dormir.

Uno es consciente de cuándo se merece un premio, y yo me lo había currado. Mi amigo Mario me sonreía, y yo intuía que él ya lo tenía igualmente claro: estaba ante su futuro superior.

Yo no solo llevaba más tiempo que el resto de mis compañeros en aquella área, sino que, a las puertas de los cuarenta, había cerrado mi mejor año de trabajo hasta la fecha haciendo que la empresa ganase una cantidad indecente de pasta que Nicolette sabría cómo agradecerme.

Mi jefa era una triunfadora. Con unos años más que yo, simplemente crujía. Hay mujeres que llegan a la madurez con el esplendor de diosas, y después estaba Nicolette, con esas piernas kilométricas, esos brazos tonificados y esa sonrisa sexy y morbosa que aparecía en su rostro cada vez que cerrábamos un nuevo contrato.

En cuanto a mí, mi trayectoria en la empresa era ascendente, más aún que la espuma, y en los últimos meses había cosechado tantos éxitos que bien podrían haber regado la fiesta con mis vinos... Qué chiste más malo.

No, no nos dedicábamos a crear bebidas espirituosas, sino a llevar a las marcas a lo más alto gracias a nuestra forma de hacer marketing, la más rompedora del mercado.

Mario no me quitaba ojo de encima y yo creía saber muy bien lo que pasaba por su cabeza. Él entró a trabajar en Innova Virtual un año después que yo, por lo que siempre le gustaba la broma de tratarle como a mi alumno. Éramos uña y carne, razón por la que me permitía esa broma y cualquier otra que quisiera gustarle, porque entre ambos jamás hubo malos rollos.

Nosotros éramos colegas, hermanos de esos que no comparten sangre, pero sí el resto de las cosas, desde despacho hasta mujeres porque no sería la primera vez que yo le pasaba un ligue a él o viceversa.

Nadie mejor que Mario para darme la palmadita en la espalda cuando Nicolette anunciase mi ascenso, el cual era un secreto a voces... Un secreto que me hacía sentir tan bien que mi ego, que ya de por sí andaba por las nubes, esa noche viajaba por libre hacia las capas más altas del espacio.

Para la ocasión, quemé tarjeta, comprándome un traje de chaqueta italiano que se convertiría en la joya de la corona de mi vestidor. Me sentía el puto amo con él puesto.

—¿Qué miras, Leo? Te vas a gastar de tanto mirarte, colega—me preguntaba Mario al ver mi reflejo en el espejo. Él también apareció deslumbrante esa noche.

—Miro la imagen de un triunfador. Ya me tocaba, tío...

—Y de un triunfador modesto—rió él.

—La modestia no tiene razón de ser en ciertos momentos de la vida. Y lo sabes... Si esta noche voy a triunfar, déjame que lo saboree.

—¿En cuántos sentidos vas a triunfar? —me preguntó con ese halo de cachondeo que nos caracterizaba a ambos, porque siempre estábamos de broma el uno con el otro.

—La tengo en el bote y lo sabes. No solo será mío ese jodido puesto, sino el cuerpo de esa diosa—le decía yo justo en el instante en el que las puertas del ascensor se abrían y ante nuestros ojos aparecía aquella fiesta que no podría estar mejor montada ni aunque nos hubiésemos encargado de ello Mario y yo, que éramos los juerguistas oficiales del reino.

—¿Qué tal, Michelle? —le pregunté a una de mis compis con la que me llevaba de lujo. Otra preciosidad que había pasado por mi cama más de una vez.

—Genial, pero no tan bien como tú. Te veo exultante, Leo...

o —Tengo motivos, preciosidad.

—Ya, ya, los sospecho—me sonrió mientras se mojaba los labios con una de esas copas que los camareros comenzaban a ofrecer a diestro y siniestro.

—Todos saldremos beneficiados, lo sabes—le dije guiñándole un ojo porque yo no sería el típico encargado déspota ni nada parecido. Tampoco es que pensara ir repartiendo premios de consolación. Yo solo quería escaldar peldaños en la empresa y, a partir de ahí, vivir la vida a tope. Más a tope aún, quiero decir, puesto que hacía tiempo que la estaba exprimiendo como un limón.

—Ya me lo imagino, ya. Venga, que tengas suerte.

Era *vox populi*. A nadie le extrañaría cuando Nicolette anunciara ese ascenso que me haría tocar el cielo con las manos. Y yo... Yo cogí una copa que me tomé directamente de un trago, sofocando la sed que me provocaban los nervios, embriagándome del éxito por adelantado.

—Ten cuidado, no sea que te indigestes—comentó con malicia Tamara, otra de mis compis, que era más mala que un dolor de muelas y que no se alegraba del éxito ajeno ni por equivocación.

—Yo también estaría muy nervioso en su lugar—añadió Expi, la becaria, que era puro candor y a quien su nombre, que en realidad era Expiración, le venía como anillo al dedo. Lo digo porque dada su juventud y lo apocada que era, todo se le hacía un mundo y parecía que iba a expirar, definitivamente, en cualquier momento.

—¿Nervioso? No, yo no estoy nervioso—le contesté porque mis nervios iban por dentro, pero no consentiría que se me notasen. Yo debía adoptar por adelantado la actitud de ganador que me correspondía. Esa que me había ganado por méritos propios y también, todo hay que decirlo, por tener a Nicolette comiendo de la palma de mi mano.

—Miro la imagen de un triunfador. Ya me tocaba, tío...

—Y de un triunfador modesto—rio él.

—La modestia no tiene razón de ser en ciertos momentos de la vida. Y lo sabes... Si esta noche voy a triunfar, déjame que lo saboree.

—¿En cuántos sentidos vas a triunfar? —me preguntó con ese halo de cachondeo que nos caracterizaba a ambos, porque siempre estábamos de broma el uno con el otro.

—La tengo en el bote y lo sabes. No solo será mío ese jodido puesto, sino el cuerpo de esa diosa—le decía yo justo en el instante en el que las puertas del ascensor se abrían y ante nuestros ojos aparecía aquella fiesta que no podría estar mejor montada ni aunque nos hubiésemos encargado de ello Mario y yo, que éramos los juerguistas oficiales del reino.

—¿Qué tal, Michelle? —le pregunté a una de mis compis con la que me llevaba de lujo. Otra preciosidad que había pasado por mi cama más de una vez.

—Genial, pero no tan bien como tú. Te veo exultante, Leo...

—Tengo motivos, preciosidad.

—Ya, ya, los sospecho—me sonrió mientras se mojaba los labios con una de esas copas que los camareros comenzaban a ofrecer a diestro y siniestro.

—Todos saldremos beneficiados, lo sabes—le dije guiñándole un ojo porque yo no sería el típico encargado déspota ni nada parecido. Tampoco es que pensara ir repartiendo premios de consolación. Yo solo quería escaldar peldaños en la empresa y, a partir de ahí, vivir la vida a tope. Más a tope aún, quiero decir, puesto que hacía tiempo que la estaba exprimiendo como un limón.

—Ya me lo imagino, ya. Venga, que tengas suerte.

Era *vox populi*. A nadie le extrañaría cuando Nicolette anunciara ese ascenso que me haría tocar el cielo con las manos. Y yo... Yo cogí una copa que me tomé directamente de un trago, sofocando la sed que me provocaban los nervios, embriagándome del éxito por adelantado.

—Ten cuidado, no sea que te indigestes—comentó con malicia Tamara, otra de mis compis, que era más mala que un dolor de muelas y que no se alegraba del éxito ajeno ni por equivocación.

—Yo también estaría muy nervioso en su lugar—añadió Expi, la becaria, que era puro candor y a quien su nombre, que en realidad era Expiración, le venía como anillo al dedo. Lo digo porque dada su juventud y lo apocada que era, todo se le hacía un mundo y parecía que iba a expirar, definitivamente, en cualquier momento.

—¿Nervioso? No, yo no estoy nervioso—le contesté porque mis nervios iban por dentro, pero no consentiría que se me notasen. Yo debía adoptar por adelantado la actitud de ganador que me correspondía. Esa que me había ganado por méritos propios y también, todo hay que decirlo, por tener a Nicolette comiendo de la palma de mi mano.

Capítulo 2



La jefa se hizo esperar. Ella sabía cómo causar expectación. Una mujer así lleva el hacerse notar en la sangre.

Cuando por fin apareció en la fiesta, lo hizo con un vestido digno de pisar con él la alfombra roja de los Óscar. Se trataba de uno negro, largo hasta los pies y que dejaba una de sus impresionantes piernas al aire cuando caminaba con esa tremenda seguridad sobre sus sandalias joyas.

Su escote constituía un espectáculo por su mismo. No había que ser muy listo para llegar a la conclusión de que una delantera así de explosiva había salido del quirófano de alguno de los mejores cirujanos estéticos de la ciudad. Y, esa noche más que nunca, nos hipnotizó a todos.

Una mujer como Nicolette está acostumbrada a coquetear con el éxito, si bien en aquella fiesta lo llevaba escrito en la frente. A falta de cerrar un único acuerdo con Eskándalo, una empresa de las más fuertes en ropa y complementos del sector, ese año nos lo habíamos comido todo, logrando acuerdos como quien come rosquillas. Y quizás esté mal decirlo, pero el bocado más gordo lo había dado el pez gordo en el que se estaba convirtiendo mi menda lerenda.

Nicolette lo sabía muy bien y, por esa razón, no paraba de mirar hacia donde estábamos Mario y yo desde que hizo su aparición, cual diva de Hollywood, en aquella terraza que se había convertido en el epicentro de la exclusividad de la ciudad al invitar a la fiesta a la flor y nata de los empresarios de nuestro entorno, a todos aquellos cuyas abultadas cuentas corrientes no hacían más que añadir ceros a la derecha gracias a nuestra gestión.

Todos adoraban a Nicolette, y ella me adoraba a mí porque conocía muy bien que un gran porcentaje de ese éxito que saboreaba correspondía a mi gestión.

Nicolette era la sugerencia hecha mujer. Su forma de andar era sinónimo de poder, de supremacía y de glamur. Mi jefa parecía estar por encima del bien y del mal, con ese don de gentes innato con el que nació, convirtiéndola en la perfecta relaciones públicas.

Todos los que estábamos allí la admirábamos. Con una jefa así, capitaneando el barco, este nunca haría agua. No obstante, toda nave precisa no solo de un buen capitán, sino de una tripulación sólida que la lleve a buen puerto. Y allí estaba yo, presto para convertirme en la mano derecha de Nicolette en una noche en la que olía al mejor perfume y presumía de palmito enfundado en aquel traje con el que años atrás no habría podido ni soñar.

Mi vida había cambiado mucho y yo solo sabía ya mirar hacia un sitio: hacia arriba. El cielo, plagado de brillantes estrellas, brillaba como nunca en una velada en la que yo también lo haría.

Cuando le llegó el turno de saludarnos, lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja, clara muestra de que estaba más que satisfecha.

Tras un guiño de ojos que me hizo casi hiperventilar, siguió con su ronda de saludos. A la arpía de Tamara no se le pasó el gesto por alto.

—Y luego dirá que el hecho de meterse en su cama no tendrá nada que ver con lo que ella va a anunciar—despotricaba a placer con algunas de las chicas, envidiosa—. Ella no sabía que yo estaba en el baño, pero le escuché decirle a Minerva que esta noche

se lo tira.

Minerva era la secretaria de Nicolette y, además, su amiga. Ella misma la colocó en el puesto cuando se divorció e iba entrando en una depresión de la que se dispuso a sacarla de un plumazo. Y lo hizo, porque todo lo que se proponía lo lograba.

En fin, que me daba igual lo que pensara aquella idiota porque yo sabía muy bien que me había ganado a pulso el ascenso. Y en ese instante, gracias a ella, también supe que me ganaría una de esas noches de cama que alcanzan el nivel de leyenda, puesto que meterte entre las que debían ser finas sábanas de satén con Nicolette era todo un nivel, Maribel.

Soy de los que opinan que las victorias nunca llegan solas, igual que las desgracias. Por lo general, como mínimo lo hacen de dos, y la jefa no solo me ascendería, sino que me daría un premio de esos difíciles de olvidar.

Me relamía solo de pensarlo. Ese cuerpazo imponente sería mío aquella madrugada, al acabar la fiesta y cuando yo ya estuviese ebrio de gloria.

Miraba aquellas estrellas y me enorgullecía por adelantado de todo lo que alcancé.

Tras un buen rato departiendo animadamente con mis compañeros, y sin perder de vista esa delantera de Nicolette que ya sabía mía sin que aún me la hubiese ofrecido, llegó el gran momento en el que ella se subió al escenario en el que los músicos se echaron a un lado y, tomando el micrófono, se dirigió a todos los presentes.

Con el rabillo del ojo, y sin dejar de mirarla, busqué también a Mario, pues deseaba compartir con mi colega ese momento, el más importante para mí en mi carrera profesional.

o

De pronto, le vi hablando con Claudio, el director de Eskándalo, ¿qué hacía allí ese tipo si fueron los únicos que no apostaron por nosotros?

Lo supe en cuestión de segundos cuando Nicolette, con su deslumbrante sonrisa en los labios, anunció un acuerdo de última hora con el que coronaba el año más importante de nuestra empresa.

—Y todo se lo debemos a la impresionante gestión de Mario Olmedo—anunció mientras mi piel comenzaba a perlarse de sudor, pues era la primera noticia que tenía de aquel traicionero acuerdo que se fraguó a mis espaldas—, al cual tengo el placer de nombrar esta noche encargado de área, sabiendo que su valía ayudará a Innova Virtual a llegar a lo más alto del marketing de este país. Mario, por favor, ¿quieres subir?

se lo tira.

Minerva era la secretaria de Nicolette y, además, su amiga. Ella misma la colocó en el puesto cuando se divorció e iba entrando en una depresión de la que se dispuso a sacarla de un plumazo. Y lo hizo, porque todo lo que se proponía lo lograba.

En fin, que me daba igual lo que pensara aquella idiota porque yo sabía muy bien que me había ganado a pulso el ascenso. Y en ese instante, gracias a ella, también supe que me ganaría una de esas noches de cama que alcanzan el nivel de leyenda, puesto que meterte entre las que debían ser finas sábanas de satén con Nicolette era todo un nivel, Maribel.

Soy de los que opinan que las victorias nunca llegan solas, igual que las desgracias. Por lo general, como mínimo lo hacen de dos en dos, y la jefa no solo me ascendería, sino que me daría un premio de esos difíciles de olvidar.

Me relamía solo de pensarlo. Ese cuerpazo imponente sería mío aquella madrugada, al acabar la fiesta y cuando yo ya estuviese ebrio de gloria.

Miraba aquellas estrellas y me enorgullecía por adelantado de todo lo que alcancé.

Tras un buen rato departiendo animadamente con mis compañeros, y sin perder de vista esa delantera de Nicolette que ya sabía mía sin que aún me la hubiese ofrecido, llegó el gran momento en el que ella se subió al escenario en el que los músicos se echaron a un lado y, tomando el micrófono, se dirigió a todos los presentes.

Con el rabillo del ojo, y sin dejar de mirarla, busqué también a Mario, pues deseaba compartir con mi colega ese momento, el más importante para mí en mi carrera profesional.

De pronto, le vi hablando con Claudio, el director de Eskándalo, ¿qué hacía allí ese tipo si fueron los únicos que no apostaron por nosotros?

Lo supe en cuestión de segundos cuando Nicolette, con su deslumbrante sonrisa en los labios, anunció un acuerdo de última hora con el que coronaba el año más importante de nuestra empresa.

—Y todo se lo debemos a la impresionante gestión de Mario Olmedo—anunció mientras mi piel comenzaba a perlar de sudor, pues era la primera noticia que tenía de aquel traicionero acuerdo que se fraguó a mis espaldas—, al cual tengo el placer de nombrar esta noche encargado de área, sabiendo que su valía ayudará a Innova Virtual a llegar a lo más alto del marketing de este país. Mario, por favor, ¿quieres subir?

Capítulo 3



Le daba patadas a la acera, echándome abajo la puntera de los zapatos más caros que tuve nunca, mientras le esperaba en la calle

Quería cogerle por la pechera, darle ensalada de puño y que escupiera por qué se había comportado de una forma tan vil como lo hizo.

Ni siquiera tuve ocasión de hacerlo porque la única imagen que vi de Mario fue la de ir sentado en el asiento de atrás del coche de Nicolette, con ella al lado, mientras su chófer los llevaba camino de su cama.

A esas alturas del partido, tras recibir un gol por toda la escuadra de parte de quien se suponía que era mi colega, mi amigo del alma y el tipo que más debería alegrarse de mis logros, entendí que las sonrisas que vi esa noche en la cara de Nicolette, junto al guiño de ojo, estaban dirigidas a él y no a mí. Igual que era a él a quien pensaba llevarse a la cama.

Qué iluso había sido, porque yo informé a Mario de cada uno de mis movimientos, no me guardé ni un as en la manga. Y él debió estar todo ese tiempo haciéndome la competencia por detrás, cerrando el único acuerdo que se me resistió, pero que fue el más jugoso de todos.

De pronto era mi superior y el tipo para el que todos tenían palabras de elogio. En cuanto a mí... Yo me cagaba en todo lo que se meneaba, porque nunca me habría imaginado algo así de él.

Para colmo, por si faltaba algo, no sé de dónde demonios salió aquella lluvia que en cuestión de un minuto me empapó, para luego cesar alegremente y dejarme allí como una sopa.

Pensando en que esa noche bebería como un cosaco, ni siquiera me llevé el coche a la fiesta, por lo que me dispuse a llamar a un taxi y entonces comprobé que el teléfono se me había mojado también y no iba. Así de sencillo.

Más cabreado que una mona, di una patada más a la acera y entonces me reventé la puntera de mi zapato izquierdo, la cual se levantó, aunque supuse que no tanto como cierta parte del cuerpo del desgraciado de Mario cuando tuviese a Nicolette a tiro.

De crearme el puto amo, de pronto me había convertido en un pringado y en el hazmerreír de todos, puesto que vieron la cara de imbécil que se me quedó al ver subir a Mario cuando la jefa le llamó para darle su recompensa, la cual no sería nada en comparación con la que le daría en privado, pues menuda pinta de leona que tenía.

Ni un taxi pasaba por allí. Podría haber subido para pedir un teléfono o usar uno de la oficina, porque aún había luz en la terraza; algunos de mis compañeros continuaban allí, si bien no me daba la real gana de que nadie me viera con aquella pinta de segundón que se me había quedado.

Mi casa estaba a unos dos kilómetros de allí, porque mi ciudad es de esas que no recorres caminando en un día completo, así que me dispuse a salir andando con la esperanza de encontrar un maldito taxi que me llevase de vuelta a ella, donde me pimplaría una botella entera hasta coger una borrachera que me ayudase a olvidar la que se estaba convirtiendo en la peor noche de mi vida.

Llevaba unos cuantos minutos caminando con medio pie fuera y taxi no encontraba. Era como si me hubiesen echado un mal de

ojo, pero lo que sí encontré fue una panda de graciosillos que, aprovechando uno de los enormes charcos que el aluvión de agua dejó en el suelo, se las ingeniaron para ponerme pipando de agua.

—¡Cabrones! —les chillé sin pensarlo con la idea de que, si se bajaban, les daría su merecido.

Las ideas las tenían de un atún, pero el oído les funcionaba a la perfección, porque aquellos cuatro mastodontes se bajaron de golpe del coche para darme lo mío... Lo mío, lo de mi prima y hasta lo de mi tatarabuela, porque tenían una pinta impresionante de buscar camorra.

No me tengo por ningún cobarde, pero uno sabe muy bien cuándo le van a dar la del pulpo. Aquellos no tendrían mucho cerebro, pero de músculos iban bien servidos, por lo que no tuve más remedio que echar a correr y entonces, como si se tratase de un ángel salvador, vi aquel taxi delante del cual me paré sin reparar en que me había acercado demasiado...

Por mucho que el taxista quiso parar de golpe, me dio un topetazo que salté por encima del capó. Suerte que siempre me han gustado las artes marciales y sé caer, porque si no, me desbarato allí mismo.

Eso sí, el taxista, que después me contó que llevaba un muelle en el corazón, casi necesita media docena más de ellos cuando me vio dar la vuelta en campana.

—Hombre de Dios, ¿cómo estás? Ay, Dios mío, qué susto... Dime que estás vivo y que no hablo con un fantasma.

—Nada de eso, estás hablando con un tío derrotado. Y ahora llévame a mi casa, por lo que más quieras—le pedí.

—Yo no sé si voy a poder, tengo que ir al hospital. Resulta que padezco del corazón y no me he podido poder más malo, ¿de dónde has salido?

—De verdad, déjalo. Si estoy bien. Un poco magullado, pero bien—le conté pensando en que me había puesto hecho un cristo, aunque las peores magulladuras de esa noche iban por dentro.

—Pues yo no, yo estoy fatal. Vamos a hacer una cosa, ¿y si me llevas tú a mí? —me propuso.

—¿Para tanto es la cosa? —le pregunté pensando que no podía tener peor suerte. Me atropella él y tengo que socorrerle yo.

—Sí, sí, que yo llevo un muelle en el corazón y para mí que se me ha destensado. Qué malito me estoy poniendo.

y
n

ojo, pero lo que sí encontré fue una panda de graciosillos que, aprovechando uno de los enormes charcos que el aluvión de agua dejó en el suelo, se las ingeniaron para ponerme pipando de agua.

—¡Cabrones! —les chillé sin pensarlo con la idea de que, si se bajaban, les daría su merecido.

Las ideas las tenían de un atún, pero el oído les funcionaba a la perfección, porque aquellos cuatro mastodontes se bajaron de golpe del coche para darme lo mío... Lo mío, lo de mi prima y hasta lo de mi tatarabuela, porque tenían una pinta impresionante de buscar camorra.

No me tengo por ningún cobarde, pero uno sabe muy bien cuándo le van a dar la del pulpo. Aquellos no tendrían mucho cerebro, pero de músculos iban bien servidos, por lo que no tuve más remedio que echar a correr y entonces, como si se tratase de un ángel salvador, vi aquel taxi delante del cual me paré sin reparar en que me había acercado demasiado...

Por mucho que el taxista quiso parar de golpe, me dio un topetazo que salté por encima del capó. Suerte que siempre me han gustado las artes marciales y sé caer, porque si no, me desbarato allí mismo.

Eso sí, el taxista, que después me contó que llevaba un muelle en el corazón, casi necesita media docena más de ellos cuando me vio dar la vuelta en campana.

—Hombre de Dios, ¿cómo estás? Ay, Dios mío, qué susto... Dime que estás vivo y que no hablo con un fantasma.

—Nada de eso, estás hablando con un tío derrotado. Y ahora llévame a mi casa, por lo que más quieras—le pedí.

—Yo no sé si voy a poder, tengo que ir al hospital. Resulta que padezco del corazón y no me he podido poder más malo, ¿de dónde has salido?

—De verdad, déjalo. Si estoy bien. Un poco magullado, pero bien—le conté pensando en que me había puesto hecho un cristo, aunque las peores magulladuras de esa noche iban por dentro.

—Pues yo no, yo estoy fatal. Vamos a hacer una cosa, ¿y si me llevas tú a mí? —me propuso.

—¿Para tanto es la cosa? —le pregunté pensando que no podía tener peor suerte. Me atropella él y tengo que socorrerle yo.

—Sí, sí, que yo llevo un muelle en el corazón y para mí que se me ha destensado. Qué malito me estoy poniendo.

Capítulo 4



Pues nada, que me tocó ponerme al volante del taxi y, aún no había recorrido ni tres calles cuando me paró un coche patrulla.

Qué lástima, no podía la poli haber aparecido antes para atrincar a aquellos cuatro gorilas. Tenían que hacerlo entonces y para darme por donde amargan los pepinos. Por suerte, no literalmente, que solo me hubiese faltado, aunque sí me tocaron todo lo que viene siendo la moral.

—¿Es usted taxista? —me preguntaron al ver el plan, que llevaba yo una pinta que daba pena verme.

—No, no lo soy. El taxista va ahí detrás. Díselo tú, por favor—le pedí mientras me volvía para hablarle.

Se hizo el silencio y es que el tipo no decía ni media palabra. Me temí lo peor, ¿y si el muelle se le había destensado de verdad y la palmó sin que yo me enterase?

—¿Qué tipo? ¿Ese? ¿Está vivo? —me preguntaron mientras a mí me entraban los siete males.

—Pues claro que está vivo, ¿cómo no lo va a estar? No mienten ruina, por favor. El tío es que se ha quedado un poco trastornado después de atropellarme.

—¿Usted ha bebido? —me preguntaron ya con cara de malas pulgas.

—Yo un par de copitas nada más, las que me dio tiempo antes de enterarme de que el Judas de mi amigo me había vendido por un puñetero contrato.

—¿Sí? Pues ahora le va a tocar soplar...

—¿Soplar a mí? Pero si ya les digo que yo no pensaba conducir ni nada. Oigan, que esto es fuerza mayor.

—Ya, ya, todo eso nos lo cuenta cuando sople—me decían mientras yo me desesperaba.

La única buena noticia fue que el taxista comenzó a moverse en ese instante y comprendí que estaba salvado, porque el remate de los tomates habría sido terminar la noche dando cuentas a un juez por la muerte de aquel hombre. Justo abrió los ojos cuando yo iba a soplar...

—¿Qué está pasando aquí? Madre del amor hermoso, va a ser verdad eso que dice mi mujer de que me quedo dormido en el momento más insospechado, como cuando ella me está echando la bronca—dijo en alto y, en lugar de soplar, me salió una carcajada. Por fin algo bueno en aquella asquerosa noche.

—¿Eso hace usted? ¿Dormirse cuando su mujer se la está liando? Pero eso es de héroes, ni los GEOs se atreven a hacer algo así —le respondieron los dos agentes, que prácticamente se cuadraron ante él.

—No tiene tanto mérito, si es que me sale solo.

—No se quite valor, que lo tiene y mucho. Hay que tenerlos como el caballo de Espartero para dormirse en plena bronca con la parienta—repetían, ensalzando al hombre, quien tan malo no debía estar ya, puesto que sonreía sin parar.

—¿Va borracho? —les preguntó mirándome.

—¡Que no voy borracho! —chillé porque uno sabe muy bien cuándo lleva una tajada como un piano y cuándo no.

—Menos bríos y a soplar, que con tanta risita se está escapando—me indicaron.

—¿No podemos dejarlo ya? Están escuchando a este hombre, lo que les he contado es cierto, él puede corroborarlo. No he tenido más remedio que coger el volante, pero que yo borracho no voy.

—Eso habría que verlo, porque se ha tirado como un loco contra el coche. Para que ustedes lo hubieran visto, todavía tengo el corazón fatal—intervino el otro.

—Eso ya era de antes, que tú mismo me lo dijiste—me revolví hacia él, porque ese caradura era capaz de hacer ver que todos los males de su corazón se los provocó yo.

—Usted ¡a callar y a soplar! —me ordenaron.

Pues nada, que soplé y mira por dónde, fui a dar 0,26, cuando la tasa de alcohol permitida en sangre es de 0,25, como todos sabemos.

—¡Aprobado por los pelos! Has sacado un poquitín más del mínimo—soltó el cachondo del taxista. Qué prontito se le habían pasado todos los males.

—No, no, en este caso es al revés... Esto van a ser 500 euritos de multa y cuatro puntitos menos en el carné—me advirtió uno de los polis con cara de sádico, como si le dieran comisión por ponerme la multa.

—No, hombre, que eso no puede ser. Tengo derecho a que me repitan la prueba en diez minutos y para entonces ya me habrá bajado.

Pensé en la ironía de que yo estuviese rezando para que me bajase la puñetera tasa de alcohol en sangre, y otros lo estarían para que su artillería pesada se mantuviese erguida toda la noche, porque el miserable de Mario se lo estaría pasando bomba en la cama de Nicolette.

Hay que joderse, cómo cambian las tornas en cuestión de unas horas.

La prueba me la repitieron, sí, pero para entonces, diez minutitos más tarde, ya di 0,30 porque se ve que el pico de alcohol me estaba subiendo, y entendí que aquellos dos tenían razón.

—Puede aceptar ya la multa o nos lo llevamos al hospital a hacerle la prueba en sangre. Pero tenga en cuenta que esto está subiendo como la espuma y que igual, al final, le cuesta más dinerito y más puntos. Usted elige.

—Hace falta ser sinvergüenza para ponerse borracho al volante—se quejó el taxista, que tenía la cara como el cemento de dura.

—Pero si me lo pediste tú, ¿encima te vas a quejar? Todavía te doy —me volví con ganas de meterle un buen derechazo, porque la noche iba de mal en peor y yo estaba deseando desfogar con alguien.

—Una palabra más y le denunciaremos también por amenazas. Firme aquí y desde ya le advertimos que no va a mover este taxi ni

un metro más, ¡bájese! —me ordenaron.

Chorreando, magullado, con medio pie fuera y encima multado... Así me quedé mientras que el taxista, como si le hubiesen cargado las pilas en el asiento de atrás, decía sentirse ya divinamente y se marchó al volante, diciéndome adiós con la manita.

,

,

un metro más, ¡bájese! —me ordenaron.

Chorreando, magullado, con medio pie fuera y encima multado... Así me quedé mientras que el taxista, como si le hubiesen cargado las pilas en el asiento de atrás, decía sentirse ya divinamente y se marchó al volante, diciéndome adiós con la manita.

Capítulo 5



A la pata coja llegué a mi casa un rato después. Después de todo lo que me ocurrió, no quise arriesgarme a dar con otro taxista al que le faltase un tornillo y me metiese en un bollo.

Hogar, dulce hogar... Nunca me puse más contento que a la hora de llegar a la puerta de mi bloque, momento en el que me di cuenta de que no llevaba encima ni la cartera ni las llaves, que se me habrían caído cuando el taxi me dio el topetazo.

Por el amor del cielo, eran las tantas de la mañana y la única que tenía una copia de mis llaves era mi vecina de abajo, Gladys, una belleza con la que más de un revolcón me había dado, y con la que me llevaba genial.

—Gladys, soy yo, Leo—le dije cuando por fin atendió el videoportero, tras varios intentos por mi parte.

—¿Leo? ¿Cómo me llamas con tanta insistencia a estas horas? ¿Estás borracho? —se quejó muerta de sueño.

—¿Otra? Tan solo un poco achispado, aunque cuéntaselo tú a la poli. Oye, que te llamo porque he perdido mis llaves.

—Joder, Leo, ¿a quién se le ocurre beber tanto?

—Que no ha sido por eso, te lo prometo, que me ha atropellado un taxi.

—Qué peligro tienes, ¿crees que me voy a tragar esa?

Pensé y me salió la risilla maliciosa, que peores cosas se había tragado ella. Por supuesto que me las callé para mí, y seguí tratando de que me abriese la puerta.

—Que no te lo digo de coña, mujer... ¿Es que no me ves?

—Pues entre el sueño que tengo, y que se ve todo oscuro, no creas que atino mucho...

Enseguida caí en que tenía un montón de dioptrías y que durmiendo no llevaría puestas sus lentillas, por lo que entendí que viera menos que un gato de escayola.

—Ábreme y verás que no te miento, anda...

Estuve en un pis pas en su puerta, y ella es que alucinó en colores al verme.

—Madre mía, Leo, ¿te atropelló un taxi o el metro? Si vienes que da pena. Qué lástima de traje, nunca te lo había visto—me dijo viendo que estaba hecho un guiñapo.

—Ni tú ni nadie, iba de estreno—resoplé esperando mis llaves.

—¿Para conquistar a alguna chica? Joder, vaya suerte que debe tener si te has puesto así para ella.

—¿Qué dices de una chica? Yo paso de mujeres, que solo me causan complicaciones—le aseguré mientras cogía las llaves.

—Claro que sí, ¿no ves las que te causo yo? Si no fuera por mí, dormiría hoy en la calle, porque en mi cama no te metía con lo borde que vienes.

—Ni falta que me hace. Venga, ¡gracias! —le dije girando sobre mis talones, deseando coger mi cama.

Para una sola planta que nos separaba, no cogí el ascensor, sino que subí por las escaleras. Suerte que ya estaba allí, porque el zapato se me partió del todo. Con el mucho coraje que me dio, lo lancé y entonces escuché un quejido.

—¡Ay! ¿Estás idiota o qué? ¡Me has dado un zapatazo! —me chilló Tania, a quien llevaba más de año y medio sin ver.

Idiota igual sí que estaba, pero encima también a punto de convulsionar, ¿qué hacía Tania allí y con un pequeñuelo en los brazos?

Os pongo en situación. Tania había sido el amor de mi vida y la mujer por la que cambié, cuando un buen día se largó con otro. Hasta entonces, yo había sido el típico hombre que vivía en pareja con ella, a quien había conocido muchos años atrás, en la universidad.

Desde que nos hicimos novios había llovido mucho, ya que yo tenía un pie en los 40 y ella rondaba los 35. Lo jodido fue que ni siquiera dio la cara, me dejó con una simple nota en la que me decía que se iba con el amor de su vida. Y no me volvió a coger el teléfono. Así de sencillo.

Por mucho que quise, no di más con ella. Cerró sus redes, se marchó de la ciudad y cumplió con el dicho ese de “si te he visto, no me acuerdo”.

El aspecto que llevaba aquella noche era pésimo, pero mucho peor fue el que dejó en mi corazón cuando se fue, el cual me destrozó. Nunca volví a ser el mismo, me di la vuelta como un calcetín y me convertí en un vivalavirgen.

A partir de entonces, me centré en escalar en mi trabajo, puesto que me volví mucho más ambicioso, y las mujeres pasaron a ser para mí una distracción de usar y tirar. Sé que no suena bien y, sin embargo, es la pura verdad.

Yo por Tania mataba y ella me dejó con una frialdad impresionante para largarse con otro. Como no estábamos casados, ni siquiera hubo papeles que arreglar. Hasta entonces vivíamos de alquiler y así continué, en nuestro piso de siempre a la espera de comprarme uno, que era lo primero que pensaba hacer tras mi malogrado ascenso. Me volví frío y calculador y traté de borrar todos sus recuerdos de mi mente.

El daño que Tania me hizo al desaparecer solo yo podía saberlo y no me paré a calcular sus consecuencias. Yo decidí seguir adelante y lo hice, ¿con qué derecho volvía? Y con ese regalo entre sus brazos... No un recién nacido, pero tampoco un niño mayor, ¿qué buscaba allí de madrugada y con ese crío?

—¿Para conquistar a alguna chica? Joder, vaya suerte que debe tener si te has puesto así para ella.

—¿Qué dices de una chica? Yo paso de mujeres, que solo me causan complicaciones—le aseguré mientras cogía las llaves.

—Claro que sí, ¿no ves las que te causo yo? Si no fuera por mí, dormías hoy en la calle, porque en mi cama no te metía con lo borde que vienes.

—Ni falta que me hace. Venga, ¡gracias! —le dije girando sobre mis talones, deseando coger mi cama.

Para una sola planta que nos separaba, no cogí el ascensor, sino que subí por las escaleras. Suerte que ya estaba allí, porque el zapato se me partió del todo. Con el mucho coraje que me dio, lo lancé y entonces escuché un quejido.

—¡Ay! ¿Estás idiota o qué? ¡Me has dado un zapatazo! —me chilló Tania, a quien llevaba más de año y medio sin ver.

Idiota igual sí que estaba, pero encima también a punto de convulsionar, ¿qué hacía Tania allí y con un pequeñuelo en los brazos?

Os pongo en situación. Tania había sido el amor de mi vida y la mujer por la que cambié, cuando un buen día se largó con otro. Hasta entonces, yo había sido el típico hombre que vivía en pareja con ella, a quien había conocido muchos años atrás, en la universidad.

Desde que nos hicimos novios había llovido mucho, ya que yo tenía un pie en los 40 y ella rondaba los 35. Lo jodido fue que ni siquiera dio la cara, me dejó con una simple nota en la que me decía que se iba con el amor de su vida. Y no me volvió a coger el teléfono. Así de sencillo.

Por mucho que quise, no di más con ella. Cerró sus redes, se marchó de la ciudad y cumplió con el dicho ese de “si te he visto, no me acuerdo”.

El aspecto que llevaba aquella noche era pésimo, pero mucho peor fue el que dejó en mi corazón cuando se fue, el cual me destrozó. Nunca volví a ser el mismo, me di la vuelta como un calcetín y me convertí en un vivalavirgen.

A partir de entonces, me centré en escalar en mi trabajo, puesto que me volví mucho más ambicioso, y las mujeres pasaron a ser para mí una distracción de usar y tirar. Sé que no suena bien y, sin embargo, es la pura verdad.

Yo por Tania mataba y ella me dejó con una frialdad impresionante para largarse con otro. Como no estábamos casados, ni siquiera hubo papeles que arreglar. Hasta entonces vivíamos de alquiler y así continué, en nuestro piso de siempre a la espera de comprarme uno, que era lo primero que pensaba hacer tras mi malogrado ascenso. Me volví frío y calculador y traté de borrar todos sus recuerdos de mi mente.

El daño que Tania me hizo al desaparecer solo yo podía saberlo y no me paré a calcular sus consecuencias. Yo decidí seguir adelante y lo hice, ¿con qué derecho volvía? Y con ese regalo entre sus brazos... No un recién nacido, pero tampoco un niño mayor, ¿qué buscaba allí de madrugada y con ese crío?

Capítulo 6



Me acerqué a Tania para asegurarme de que era cierto que no estaba más borracho de lo que pensaba. Que no, que yo no estaba para ir a cuatro patas ni mucho menos.

—Tania, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunté alucinado.

—¿Y tú? ¿De dónde sales con esa pinta? —me preguntó.

—¿Yo? De una fiesta de empresa, ¿qué pasa?

—¿De empresa? Pues que más bien parece que es de Halloween.

—Muy simpática. Oye, perdona si soy un poco sarcástico, pero hace un montón de tiempo que te fuiste con tu amante sin darme ni una jodida explicación, aunque está a la vista que te diste mucha prisa en dar pasos con él—señalé al crío—. Verás, que no es que esté siendo mi mejor noche, ¿se puede saber a qué cojones has venido? Porque mira que me han tocado las pelotas hoy, pero esto lo supera todo.

—No tienes ni idea, Leo, ni idea de por lo que he tenido que pasar—me contestó con lágrimas en los ojos y entonces sí que pensé que debía tratarse de una broma, ¿Tania era la encargada de ponerle la guinda al pastel de la noche más desastrosa de mi vida?

—Ni quiero tenerla. No sé qué haces aquí, pero te pido por favor que te largues y lo hagas ya. Aquí no te queda nada, las pocas cosas que dejaste las tiré, de manera que no tiene ningún objeto que estés aquí. No sé lo que te ha pasado ni quiero saberlo, porque el único motivo de tu desgracia fue dejarme de la noche a la mañana. Me tuve que enterar por una nota de que existía otra ¿sabes cómo me sentí?

—¿Y tú sabes cómo me sentí yo cuando vi aquella cita del hospital para hacerte la vasectomía? Hacía una semana que me enteré de que estaba embarazada y no sabía cómo decírtelo, Leo. Nunca quisiste tener hijos, pero tampoco me comentaste que fueses a hacer algo así. Actuaste por libre y entonces entendí que jamás querrías ser padre, que no lo decías por decir... Me sentí fatal. No me quedé embarazada a propósito, Ni siquiera tenía claro que quisiera ser madre antes de que ocurriese, pero ocurrió y me cambió el chip por completo. Luca es lo más bonito que me pasó en la vida y no pensaba renunciar a él ni por ti por nadie. Por eso te dije que me iba con el amor de mi vida, porque así lo sentí—me confesó entre lágrimas y casi me desmayo tras escuchar esas cuantas frases que me soltó, una detrás de otra, mientras yo me mantenía en pie de milagro.

—¿Dices que es mi hijo? ¿Ese niño lo es? Esto no puede estar pasando...

—Si es que no tendría que haber venido. Ya me estoy arrepintiendo y eso que, si lo he hecho, ha sido porque no tenía más remedio que hacerlo, créeme. Sabes que mi familia es un desastre y que no tengo a quién acudir. Me fui de la ciudad, me dijeron que me mantendrían mi puesto de trabajo en otra tienda—ella trabajó de siempre en una conocida multinacional de ropa—, pero llegó el puto ERE y me vi en la calle, con una mano delante y otra detrás, y un crío.

—Tania, todo esto es muy raro. Tú no puedes aparecer ahora en mi vida y darle un vuelco monumental. No tienes derecho a eso —me quejé.

—No me seas capullo, Leo. No pretendo que volvamos a ser pareja ni busco un padre para mi hijo. Tranquilo, que Luca lleva mi dos apellidos y yo no pienso pedirte nada. Solo necesito quedarme unos días. He vuelto a la ciudad y no tengo a dónde ir. Mi padre ha rehecho su vida con una mujer con la que no me llevo, y él pasa de todo como siempre—Tania era huérfana de madre—. Y mi hermano sigue en Buenos Aires. No tengo a nadie más, deja que nos quedemos unos días. Solo te pido eso.

En más de una ocasión en aquel tiempo me habían acusado de convertirme en un capullo insensible. Sobre todo, las mujeres. No lo voy a negar, era cierto. Después del palo que me arreó Tania, yo no quería saber nada de relaciones formales ni de segundas citas, a no ser que incluyeran cama segura y compromiso cero.

—En que sea un capullo, quizás tengas tú mucho que ver—la acusé—. Fuiste tú la que cogiste el pescante, ahora no me acuses a mí, ¿de verdad ese niño es mío? —le pregunté en un gesto muy poco elegante. No me voy a excusar, solo diré que todo aquello me cogió de sorpresa.

—Ya, porque tú tenías montada la vida a tu gusto, totalmente. Y yo bailaba al son que tú me marcabas...

—Eso no es así, nosotros debatíamos las cosas.

—Ya, lo que comprábamos en el supermercado cada semana, pero la decisión más importante, esa la tomaste tú solito. No me jodas, ¿nos podemos quedar unos días sí o no?

No le contesté. Me limité a abrir la puerta. Por muy capullo que fuese ya entonces, ¿cómo iba a dejarla en la calle? Y con su hijo... Con ese niño que también era mío.

Me había convertido en padre. Nadie espera un cambio así en su vida de un segundo para otro. Pero cuando se trata de alguien como yo, de un tipo que no había pensado en reproducirse en la vida, el impacto resulta aún mayor.

Ayudé a Tania a meter sus cosas y las del crío en casa. Supuse que tendría bastantes más, porque aquellas apenas eran unas cuantas bolsas, y me dijo que sí, que estaban por llegar por correo.

¿Era normal que con la ayuda que recibiera no le llegase ni para pipas y que no estuviera en condiciones de pagarse un alquiler y pasar los meses completos ella sola.

La tenía allí. Era mi Tania, la misma Tania a quien había maldecido tantas veces desde su marcha, y la misma que volvió, dándome unas explicaciones que jamás habría sospechado.

Luca dormía en sus brazos, plácidamente, ajeno a todo. Incluso a las voces que nos habíamos dado.

—¿Dónde podemos dormir nosotros? —me preguntó con un aspecto de cansada que no podía con él.

—Ya no tengo habitación de invitados, la cambié por un gimnasio.

—Está bien, dormiremos en el sofá, no hay pega. Solo necesito un techo para no pasar frío con mi niño. Te prometo que en unos días habré encontrado alguna solución y me marcharé.

—Eso será lo mejor—le indiqué más confundido que en toda mi vida. Ella no venía para pedirme que ejerciera de padre, pero tenía a mi hijo allí, en el salón de mi casa—. Eso sí, mientras, quedaos ambos en mi cama.

—No, de ninguna forma. No quiero que digas que...

—Tú no me lo has pedido. Obvio que no tendré nada que reprocharte al respecto—le recordé.

Capítulo 7



Nunca había necesitado una ducha más que esa noche. Dejé caer el agua sobre mi rostro mientras me imaginaba que todo aquello no era real, que solo se trataba de una mala pasada de mi cabeza, y que ella no estaría allí cuando saliese. Y el niño tampoco.

Salí envuelto en una toalla hacia el salón, como si verdaderamente estuviese solo, en shock por completo. Y entonces me la encontré.

Ella había salido del dormitorio en busca de agua. Verla allí, en pijama... Estaba guapísima. Siempre me encantó verla por casa al natural. Su cara preciosa lucía mejor lavada y su naricilla respingona me enamoró muchos años atrás.

—Leo...—balbuceó al verme de esa guisa.

—Perdona, es que no me acostumbro. Todo esto me está superando un poco.

—Lo entiendo, ya te digo que serán pocos días. Después me esfumaré con el crío, no tendrás que volver a vernos.

Lo tenía dormidito encima de la cama. Al llevarlo antes en una toquilla, ni siquiera pude verle la cara. Era mi hijo, tenía un hijo, lo último que hubiese esperado en la vida.

—Vale, vale. Y ahora, si no te importa, solo quiero descansar.

En el fondo me sentía muy dolido con ella, ¿cómo era posible que no me lo hubiese dicho? Yo nunca fui un ogro, nos llevábamos bien. Solo fui tajante en lo de la paternidad, un extremo en el que no le di tregua.

Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí antes de que yo naciera. Ese fue el motivo de la tristeza de su mirada, la que siempre le conocí a Teresa, como ella se llamaba. Y quizás también la razón de que a mí me diese terror equivocarme con una personita a la que se supone que tendría que dárselo todo, porque eso es justo lo que debe hacerse con un hijo.

La vi dubitativa a la hora de entrar en el dormitorio que compartimos durante años, pero no le ofrecí hablar, que era lo que parecía desear.

Yo no estaba en condiciones de tener ninguna charla con ella, ¿cómo pudo callarse algo así durante tanto tiempo? ¿Cómo me dejó con la cara partida, pensando en que estaba enamorada de otro?

Joder, todavía recordaba con repelús las primeras semanas tras su marcha, cuando los fantasmas me asaltaban por la noche y temblaba de imaginarla en la cama con su amante... Con uno que no había existido. Esa idea me llevó a abrazar a mí a muchas mujeres, a demasiadas... A tantas que pasaron a no ser más que un número para mí. Cuantas más conquistas, mejor, esa fue mi consigna todo ese tiempo. Y Mario fue mi compañero de juergas... Cuántas noches de sábado salimos de cacería. Apenas si podía dar crédito a todo lo que estaba sucediéndome. Y de pronto tenía a Tania en mi dormitorio, sobre la cama en la que tanto amor nos regalamos, mutuamente... Porque de todas las que pasaron por ella, a la única a la que le regalé amor fue a Tania, a mi Tania.

La noche fue verdaderamente caótica, ¿qué había pasado en mi vida para que todo se convirtiese de repente en un verdadero desastre?

La escuché trastear en la cocina cuando apenas había amanecido. Yo pasé horas a dormivela, tratando de enganchar el sueño sin apenas lograr dormir unos minutos seguidos.

No quería levantarme, no deseaba verla, pero algo hizo que terminara por aparecer por allí.

—Hola, ya estás despierto—me dijo mientras preparaba un biberón—. No eres el único, Luca está pidiendo su comida ya. Es muy glotón y no perdona el primer bibi de la mañana, imposible dormir demasiado con él.

—Ya supongo, todo un lío, ¿no? Una vida muy distinta—le pregunté sin poder ni imaginármela.

—Figúrate, nada que ver. Las he pasado canutas, no te lo voy a negar. Pero también te digo que no lo cambiaría por nada del mundo. No me habría perdido ni uno solo de los momentos que he pasado con él.

—Tania, yo... Yo estoy muy confundido, ¿de verdad no viste ninguna posibilidad de hablar conmigo? ¿No merecía la pena hacer el intento? ¿Tan capullo me crees?

—No, no quise que me quitases la ilusión ni las ganas. Y cuando vi esa maldita cita en el cajón de tu mesilla de noche, comprendí que largarme era lo mejor que podía hacer. Recuerdo que fui hasta allí buscando pañuelos de papel porque andaba un poco resfriada, y al final los mocos se me cayeron, porque los utilicé para las lágrimas. Lloré durante horas hasta que tomé la decisión.

—O sea, que sí soy un capullo...

—Un poco sí, ¿pensabas operarte sin decirme nada? Porque eso hubiera sido lo más grande, vaya.

—No, pensaba decírtelo cuando me quedase menos.

—Ya, porque después necesitarías una enfermera, que si no...

—No seas mala, por favor...

—Tengo que echarle un poco de humor al asunto, porque de otro modo me hundo. Lo he pasado muy mal, Leo, yo a ti te quise mucho—me confesó en ese momento.

—Creo que estoy escuchando al niño—le dije.

—Claro, es un ser humano, emite ruiditos por la boca. Y deja que empiece a llorar, vas a saber lo que es berrear en condiciones.

—¿Y por qué va a llorar? ¿No está a gusto en esta casa? Os he dejado la cama, debería estar bien.

—Sí, y salir a darte las gracias también, ¿por qué va a llorar? Porque tiene hambre, Leo. Mira, ya está empezando la función.

La seguí hasta el dormitorio. Leo estaba allí, sentadito sobre una especie de mantita de esas de juegos que su madre había colocado bajo él.

—Ven aquí, cariño, ven aquí—le dijo ella y entonces lo levantó del suelo.

Como ya he comentado, no le había visto bien hasta ese momento. Y entonces observé sus ojos verdes y su hoyuelo en la barbilla, idénticos a los míos.

—Tiene mis...

—Tus ojos y tu hoyuelo, sí. Fue en lo primero en lo que pensé cuando nació. De todos modos, no te preocupes, que no tendrás que pasarle una pensión solo por eso—me comentó irónica.

—No hubiera sido una cuestión de dinero y lo sabes. Nunca he sido un rata, nunca.

—No, hubiera sido una cuestión de miedo, y eso es más difícil de solucionar. Bueno, voy a coger a este granujilla, que no veas si come...

—El resto lo tiene de ti, el color del pelo, la expresión... Es rubillo, parece un angelito, ¿no?

—Que no te engañe su apariencia de querubín. Es un buen tunante, en eso también se parece a ti.

Lo cogió y el crío se calló de golpe al ver el biberón repleto. Incluso, nada más empezar a comer, comenzó a sonreír mientras me miraba.

—Pobre, no sabe de tu alergia—me sonrió ella.

—¿De qué alergia me hablas? No digas majaderías.

—De tu alergia a los niños, ¿de cuál va a ser si no? No lo niegues.

—No me dan alergia, no seas mala.

—No, solo te espantan, ¿qué sabes de niños? A ver, venga, un examen práctico.

—Pues que comen, duermen y yo qué sé más... Supongo que luego vuelven a comer y a dormir. Ah, y por medio se cagan, que he visto cómo huele en el baño y esos pañales están podridos, quien haya defecado eso no puede ser humano, ¿los niños se consideran así?

—Muy gracioso. Mucho más que tú. Y que sepas que hacen muchas más cosas. Con esta edad ya interactúan mucho, que no te enteras.

—Ya, que sonríen y eso, ¿no? Lo mires por donde lo mires, le he caído bien.

—Puede ser, pero te repito que es porque no tiene ni idea de cómo te las gastas.

—Claro, porque yo ahora soy un demonio con cuernos y todo. Y tú, como eres su madre, una santa...

—No, por lo menos por mi parte no tuviste cuernos. Salvo que los tengas ahora, ¿estás con alguien? —me preguntó.

—Y tú, ¿estás de coña?

—Creía que me preguntarías si también estoy con alguien.

—Eso es cosa tuya, yo solo quiero que sepas que ni en broma volví a tener nada serio con nadie después de tu marcha.

—¿Y eso por qué? —se interesó.

—¿Te parece poco el palo que me diste? Lo de poner la otra mejilla nunca se me dio bien.

—Nadie tuvo que pagar por mis errores, si es que así los consideraste.

—Y nadie pagó nada porque nada le volví a prometer a ninguna mujer, más allá de un...

—¿De un rato de cama? ¿Ahora te has convertido en un pichabrava?

—Bonita manera de definirlo.

—La única que se me ocurre. Hijo mío, será mejor que te saque pronto de aquí, te he traído a un picadero—le dijo y el crío, como si lo hubiese entendido, se rio.

—Es muy risueño, ¿no? Yo no sabía que se riesen tanto a esta edad.

—Pues claro, aunque Luca lo es especialmente. En eso también se parece a ti.

—Vaya por Dios, ¿es que has tenido un niño o un calco de mí?

—Tómatelo a broma, pero se parece mucho. Y eso a veces me ha hecho más daño que otra cosa.

—Vaya por Dios también. Oye, que no hayas tenido a nadie en este tiempo no significa que...

—Para el carro, yo no he dicho que no haya tenido a nadie, eso ha salido de tu boca.

—Tampoco has dicho que lo hayas tenido.

—Tú no me has preguntado—observó.

—Pero dijiste que no te fuiste con nadie, solo con el niño.

—Y así fue, pero en mi nueva tienda tuve algo con uno de mis jefes, con Gabriel. Hemos sido novios en los últimos tiempos...

—¿Novios? Joder, ¿a ti sí que te quedaron ganas? Te alabo el gusto...

—Pues sí, ahora es cuando se me han quitado, la verdad. Se me vino todo abajo a la vez: me quedé sin trabajo, él me dijo que al final no podía dejar a su mujer... Un palo.

—Tania, ¿a su mujer? ¿Has estado con un hombre casado?

—Sí, pero que él pensaba dejarla, ¿eh? No te creas.

—Siempre fuiste muy inocente—le recordé.

—¿Me estás queriendo decir algo? ¿Me consideras una boba?

—Dios me libre, pero que ese es el truco más viejo del mundo. Decir que las dejan y luego olvidarlo, nada más que lo veas.

—Ya, es muy fácil hablar, Leo. Tú no puedes ponerte en mis zapatos. Di a luz sola, pasé una depresión postparto llorando como una magdalena. Si quería unos bombones, debía mover el culo e ir a buscarlos yo, ¿sabes? Nadie vendría a traerme nada. Estuve muy triste y todo me costó mucho. Al reincorporarme al trabajo conocí a Gabriel, a quien acababan de cambiar de tienda... Tenía una percha que no veas, todas estaban loquitas por él. Y se fijó en mí...

—Claro, buscaba una víctima.

—Porque tú lo digas. Buscaba alguien con quien volver a ilusionarse, por eso vivimos lo que vivimos.

—Ya, y por eso no dejó a su mujer, ¿no? Perdona que te diga, pero no me hace falta conocer a ese tipo para saber que buscaba una aventura y, una vez que la vivió contigo, comenzó con el cuento de que no podía dejarla. La excusa de tantos...

—En su caso era verdad—afirmó.

o

—Porque él lo diga—la reté con la mirada.

—No, porque su mujer, Lorena, enfermó de pronto. Y él fue incapaz de dejarla en el momento en el que más lo necesitaba. Eso, unido a que me quedé sin curro, me han hecho volver. Otra vez poniendo tierra de por medio, pero esta con mi chiquitín...

—Claro, buscaba una víctima.

—Porque tú lo digas. Buscaba alguien con quien volver a ilusionarse, por eso vivimos lo que vivimos.

—Ya, y por eso no dejó a su mujer, ¿no? Perdona que te diga, pero no me hace falta conocer a ese tipo para saber que buscaba una aventura y, una vez que la vivió contigo, comenzó con el cuento de que no podía dejarla. La excusa de tantos...

—En su caso era verdad—afirmó.

—Porque él lo diga—la reté con la mirada.

—No, porque su mujer, Lorena, enfermó de pronto. Y él fue incapaz de dejarla en el momento en el que más lo necesitaba. Eso, unido a que me quedé sin curro, me han hecho volver. Otra vez poniendo tierra de por medio, pero esta con mi chiquitín...

Capítulo 8



Pensaba en todo ello cuando, unas horas después, me vi andando por la calle, camino de la casa de Mario.

Ya era mediodía, pues por medio fui a comprar un arsenal de cosas para el crío que Tania me encargó y que incluía pañales, leches de continuación, toallitas húmedas y un sinfín de cachivaches con los que redecoré mi casa. Joder, si ella tenía razón en que era un picadero, ¿cómo se había convertido de golpe en una especie de parque infantil?

Total, que aparté ese pensamiento de mi mente en el momento en el que, tras picar su puerta, él me abrió. Su cara era de estar dormido como un tronco, lo que era de suponer tras haber pasado la noche con la fiera de Nicolette.

—Ya estabas tardando en venir. Creí que te encontraría en la puerta cuando llegué esta mañana—me dijo sin ponerse demasiado a la defensiva, con mucha sangre fría.

—No he podido venir antes porque he estado liado, aunque menos que tú, que sí que debes haber tenido lío del bueno esta noche —le solté. La primera en la frente, por supuesto.

—No te lo voy a negar, no tiene ninguna razón de ser a estas alturas.

—Cierto, a estas alturas en las que ya me has traicionado.

—Supongo que te refieres a lo del trabajo, porque Nicolette no te importa un bledo. A mí no me engañas, ella solo sería el mayor trofeo de tu lista.

—No me jodas, hazme el favor.

—¿Lo vas a negar? Y aparte, ¿vas a negar que no veías más posibilidad que la de ascender tú y solo tú?

—Te vas a librar porque ahora mismo traigo más cosas entre manos, porque manda narices que encima te me pongas gallito cuando me has robado el ascenso en toda mi cara.

—Hablas del ascenso como si fueras el único con derecho a él. Yo le lancé la caña a Claudio y picó. Se me ocurrió una estrategia para que ambos saliéramos beneficiados y me funcionó, ¿es delito eso?

—Delito es no contárselo al que se suponía que era tu colega.

—Te hubieras anotado el tanto. He visto cómo lo has hecho a veces con otros—me acusó.

—¿Qué se supone que estás diciendo? Porque vas por un camino que no me está molando nada.

—Lo hiciste con Javier y con Óscar en su día. Le diste una vuelta a la idea aquella que tuvieron con la campaña de las modelos africanas y te quedaste la gloria para ti. A Nicolette se la darías, o ella dejó que se la dieras porque le da igual de dónde lleguen

las ideas mientras le lluevan, pero a mí no.

—Yo no hice eso...

—Sí que lo hiciste, reconócelo. Yo no podía arriesgarme a que me la jugaras también a mí. Soy tu colega, Leo, pero no tu niñera. Yo no tengo que allanarte el camino. Tenía derecho a intentar cerrar el trato con Claudio sin darte explicaciones.

—¿Tú eres mi colega? Solo eres una sabandija inmunda, no me hagas reír.

—Piensa lo que te dé la gana, pero espero que entiendas que yo también tengo derecho a escalar puestos. Tú no tienes nada comprado en la empresa. Y, en cuanto a lo de Nicolette, tampoco eres nadie para cabrearte porque ella eligiese pasar la noche conmigo, ¿o es que acaso pensabas ponerle un anillo en el dedo?

—Vete a la mierda, tío, claro que no... Tú ya no eres mi amigo, paso de ti. Ojalá no te hubiese conocido, no sé cómo pude confiar en ti.

—Estás muy escocido, a ti te pasa algo más—opinó porque me conocía muy bien.

—¿Te parece poco lo que me has hecho?

—No estoy cien por cien orgulloso, Leo, pero tú también deberías reflexionar sobre lo que te he dicho. Cuando Tania se fue, te volviste otro. Y no lo pensaste a la hora de pisar cabezas para subir en la empresa. Nadie como yo te conoce en ese terreno. Yo sé todos tus trapicheos.

—Tú no sabes una mierda. Yo me he esforzado como el primero...

—Y yo no te digo que no, pero también has jugado sucio cuando creías que podías hacerlo. Y eso tiene un precio. Todo se paga en esta vida, Leo. Tú no eres el único que tienes aspiraciones.

Me acababa de dar un repaso monumental. Nunca me lo había planteado de esa forma, pero no le daría el gusto de perdonarle. Me jodió increíblemente lo que hizo y él debía saber que acabó con nuestra amistad.

Me sentía como si me hubiesen echado un mal de ojo, ya que llegué hasta la casa del que ya era oficialmente mi superior con ganas de cantarle las cuarenta, y me las terminó cantando él a mí.

Parecía que nada de lo que hice en ese tiempo, desde que Tania se fue, tuvo demasiado sentido, puesto que a la vista estaba que se me volvía en mi contra.

Pensé que era complicado que la cosa se me pusiera más fea, cuando comenzó a llover de nuevo y me puso otra vez como una sopa. Esa vez no tomaría un taxi, que bastante tuve con lo que pasó la noche anterior, sino que me iría caminando hasta casa.

¹ No fue un pequeño aguacero, sino que cayeron verdaderos chuzos de punta en un mediodía en el que lo vi todo más gris que nunca. Me sentí mal y encima tenía que ver a Tania y a ese crío, que era mi hijo, y con el que no sabía ni cómo actuar.

Igual era un auténtico sieso y ni siquiera lo sabía, pero los niños no me hicieron salero nunca y no me entendía con ellos. Chorreando agua, entré en casa un rato después, escuchando a Tania cantar. Cuánto tiempo sin escuchar su voz. Se le caía la bab con Luca, era todo un espectáculo verla con él en brazos. Le pegaba, ser madre le pegaba.

.

5

a

Capítulo 9



Pasé la tarde de lo más encabronado y en casa. De nuevo llovía a cántaros y no era plan de salir estando así. Además, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, como que me generaba culpabilidad irme y dejarlos allí solos.

Ella solía dormirse un ratito con el crío después del almuerzo. Según me contó, Luca se despertaba temprano y algo de siesta le sabía a gloria.

Me resultó tierno cuando los vi echarse en el sofá, a ella bocarriba y él bocabajo sobre su torso. Es cierto que Tania hizo además de irse para la cama, si bien yo recordé que años atrás era partidaria de dar una cabezadita en el sofá, pero no de meterse en la cama, pues decía que enganchar el sueño demasiado tiempo tras el almuerzo le terminaba generando dolor de cabeza.

Los miré de reojo y, cuando me pareció, fui yo quien se metió en el dormitorio un ratito a leer, puesto que había algo en aquella escena que no sabía determinar, pero que me incomodaba mucho.

Un poco después, escuché que el crío comenzó a balbucear algo y, temiendo que ella estuviera todavía planchando la oreja, me acerqué por el salón con miedo a que pudiese caerse y darse un golpe.

Luca iba para un añito y gateaba súper bien, aunque sus primeros pasos estaba todavía por darlos. Recordé en esos momentos que mi madre me contó que yo anduve cerca de los 15 meses. Por lo visto, era un vago integral, así que no me extrañó que el crío aún no caminase.

Tania abrió un ojo y me encontró allí delante, inmóvil, por lo que el sobresalto fue tremendo.

—¡Joder, Leo! ¿Qué haces ahí? —me recriminó sin pensar.

—Perdona, bonita, pero yo es que vivo aquí, ¿no lo recuerdas? —le contesté con retintín.

—Pues claro que lo recuerdo, pero que no hace falta que te quedes a mi lado como un soldado de esos de los del cambio de guardia de Buckingham Palace, ¿no crees?

—¿Te acuerdas de ese viaje? —le pregunté instintivamente por nuestra escapada a Londres, una de las primeras que hicimos juntos.

—¿Y cómo no me voy a acordar? Si resultó un desastre total—me contestó con la sonrisa en la comisura de los labios.

—Sí que es verdad. Nos pillamos una cogerza que perdimos el avión de vuelta. Nos costó una pasta sacar otro pasaje y nos quedamos luego todo el mes comiendo macarrones cocidos con tomate frito de lata—recordé.

—No, no exageres, Leo...

—¿Vas a decir que no? Lo tengo aquí, ¿eh? El sabor de esos macarrones—señalé a mi cabeza.

—Pero es que no solo fueron macarrones, también comimos espaguetis a tutiplén—afirmó riéndose.

—Es verdad, pero que vaya variedad. Tanto monta, monta tanto. Y lo que tiene más delito es que encima nos supieron fenomeno —pensé en alto.

—Sí, y eso que vaya variedad... Claro que entonces eso no te importaba. Lo de la variedad me refiero. Ahora sí que necesitas un menú más extenso—me soltó con sorna—. Y lo digo por lo del picadero.

—Ya vale, ¿no? Solo había venido porque escuché al crío balbucear y temí que se cayera, pero que ya me voy.

—Te puedes quedar, ¿eh? Pese a tu alergia. Igual, con tomarte luego una pastillita...

—No me enciendas, Tania, te lo pido por favor.

—Si da igual, ¿crees que a estas alturas me afecta? Mira cómo me afecta—me indicó llorando de la risa.

—¿Es posible que te rías de una cosa así? Pues que sepas que a mí no me hace ni puñetera gracia.

—Ya lo sé, ¿y? Tuve que diferenciar las cosas. Ahora, con que me haga gracia a mí, ya es suficiente para reír—me decía.

—Pues nada, nada, no te cortes...

Qué mujer. Se había hecho fuerte a base de palos, esa era la impresión que me daba. Y era capaz de ponerse el mundo por montera sin pestañear.

Me metí de nuevo en el dormitorio y allí pasé el resto de la tarde, hasta la hora de la cena.

² En distintos momentos, escuché cómo jugaba con Luca, ambos en la alfombra, felices y risueños. También cómo luego le ¹ preparaba su baño y el pequeño disfrutaba que era un gusto...

Me acerqué un momento por el cuarto de baño por si necesitaba algo de mí y enseguida comprobé que se las apañaba divinamente solita.

—Qué suerte que utilices todavía el gel este, el que hace las pompitas de jabón. Nunca más lo he vuelto a usar y mira, a él le encanta. Tiene su explicación, he ido todo este tiempo muy justa de pasta y he conocido las bondades de las marcas blancas. Pero que me alegro de que tú lo tengas.

—Sí, era el que siempre usábamos para...—frené en seco, enarcando una ceja.

—Para darnos esos interminables baños de espuma, lo recuerdo—me sonrió.

—Sí, esos baños—carraspeé.

—Los que me preparabas cuando querías tema—rio ella abiertamente—. Bueno, al saber cuántos habrás preparado después. Tranquilo, que no soy tan boba como para pensar que tuve la exclusividad en nada.

Me dio un zasca de categoría, porque ya era la segunda vez que salía ese tema de la exclusividad aquel sábado en el que Mario también me acusó de creer tener más derechos que mis compañeros. Ella, sin embargo, no se ponía por encima de nadie, cuando lo más irónico del tema es que sí lo estuvo siempre, para mí.

—No corras tanto que va a ser que no, ¿me oyes? Esos baños no se los ha dado aquí nadie más.

—Claro que no. Y yo ahora soy virgen. Lo de Luca fue una paloma, que se posó en la ventana de la cocina y, ¡bingo!

l —No te miento, Tania. Podrás acusarme de ciertas cosas, pero no de haberte mentido.

—Mira, en eso sí que te doy la razón. Hay ciertas cosas que no evitaste decir, me las dejaste muy claritas. Es verdad que nunca fuiste conmigo de esos a los que les crece la nariz.

—Menos mal que me reconoces algo bueno, estaba empezando a pensar que todo lo hice como el culo.

—No, no, había cosas que las hacías muy bien—recordó, poniendo los ojos en blanco, de lo más cómica—. Pero que nada, que ya se me han olvidado. Y ahora voy a sacar al crío de la bañera, que no es un garbanzo y está ya tan arrugado que como lo saque así a la calle le van a dar un bastón. Ay, mi niño, qué es más bonito que un sol—le decía de lo más amorosa.

—¿A la calle? Pues anda que está la noche como para eso.

—Es una bobada que he soltado. Leo. Y aunque lo estuviese, ¿tú crees que salir con Luca de noche sería buena idea? Él tiene su rutina, que viene a ser más o menos la contraria que la tuya. En los findes, cuando el crío se despierta, tú debes estar todavía por dormir después de una noche ajetreada. En fin, que más corre el galgo que el mastín, ¿me acercas la toalla?

—Oye, que tampoco es para tanto, ¿eh?

—Qué va. Y ten cuidado, porque ahora sí que te crecerá la nariz. Que te compre quien no haya visto tus redes sociales, Leíto—me soltó con una guasa que no era normal.

—¿Me has estado cotilleando?

—Un ratito antes, solo un ratito. Lo suficiente como para ver que por esta casa han pasado más chicas que por un castin de modelos—me decía mientras yo la miraba mosqueado—. Y a mí no me mires así, que eres tú muy de ponerlo todo en público. Ven, cariño, que te saco ya antes de que te pongas hasta blando—le decía al crío quien, como si la entendiese, se partía de la risa. Era de lo más salado.

Me fui negando con la cabeza y con la intención de preparar algo de cena. Se me pasó por la mente irme de marcha, pero con la que estaba cayendo y sin Mario, como que nada era lo mismo.

Entré en la cocina con el ánimo de preparar una sopa calentita y al poco entró ella. Había dejado a Luca con el pijamita puesto, encima de su mantita de juego en el salón, y al peque le salieron unos gorgoritos que sacaron su risa y, al final, hasta la mía.

—¿Qué se supone que está diciendo? —le pregunté.

—Va por libre, haría falta un intérprete. Aunque me enorgullece decirte que “mamá” lo pronuncia genial. Cada vez que me lo dice, me derrito.

—¿Sabe decir “mamá”?

—Pues claro. Y agua y algunas palabras sueltas más, ¿qué te has creído?

—¿Y papá? ¿No dice papá? —me dio por preguntarle y a ella lo que le dio fue la risa.

—Será por el padre que tiene. Anda, no me hagas reír y pásame la papilla de maicena, que se la voy a preparar.

—¿Eso es lo que le das de cenar un sábado noche? Qué mala madre—opiné en plan divertido.

—¿Y qué se supone que tengo que darle? ¿Una mariscada? —volteó los ojos.

—Por ejemplo, ¿le gusta el marisco?

—Pero ¿tú de qué clase de manicomio te has escapado? Tiene un año... Bueno lo cumplirá en un par de semanas.

—Y yo qué sé, ¿a mí qué me cuentas? Lo digo por el bien del chavalín. Si yo me tuviese que comer eso un sábado por la noche, me lo pasaría llorando por las esquinas.

—Menos lobos, Caperucita, que peores cosas te habrás comido tú muchos sábados por la noche y tan contento.

—Sí, claro, ¿no ves que esta noche de sábado tengo montada aquí una orgía? —me excusé, que no me daba la gana de contarle mi vida, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Pues mira, se ve que ya llegan los primeros participantes. Yo me abstengo, ¿eh? Me meto con el niño en el dormitorio y tú barra libre, que yo me pongo los tapones en los oídos.

—Y dale, será algún vecino que quiera salir—le dije mientras iba hacia la puerta. No tuve la previsión de mirar por la mirilla y eso sí que lo lamentaría, puesto que Gladys llegó con un abrigo de pelito y una botella de champán. Y a los pocos segundos ya estaba en medio de mi salón con la botella en la mano y sin rastro del abrigo de pelito... Totalmente en bolas.

No sé qué resonó más, si su grito cuando vio a Luca en el suelo o la carcajada de Tania, volviendo a meterse en la cocina.

—Leo, ¿por qué no me has avisado? —se quejó con las bolas de los ojos tan para fuera que parecía una rana. Y eso que ella era monísima.

—¿Y tú? ¿Por qué no me has avisado tú de que subías? —contraataqué.

—¿Será porque anoche te vi como si te hubiese asaltado una panda de orangutanes y he querido venir a subirte el ánimo?

—El ánimo dice—escuchamos a Tania desde la cocina.

—Por el amor de Dios, ¿es tu ex? La he escuchado hablar...

—Sí, sí, es Tania. Pero esto no es lo que parece, Gladys.

—No, y lo de ella tampoco, ¿verdad? —le preguntó a carcajada limpia saliendo de la cocina.

El caso es que ambas se conocían de cuando vivía allí y Tania terminó saludándola.

—Te prometo que, si lo hubiese sabido, yo nunca...

—Tranquila, de verdad, si me ha venido fenomenal para darle a Leo en todas las narices, que niega ciertas cositas. Puedes quedarte, yo cojo a Luca, le pongo los Cantajuegos y vosotros podéis cantar todo lo que queráis, que nos solaparemos las voces—le dijo guiñándole un ojo.

—No, claro que no, pero gracias—le contestó ella apurada y extrañada por su reacción—. Oye, ¿y ese peque?

—Chica, ni idea, nos lo hemos encontrado en el rellano de la escalera y lo hemos metido para dentro. Como a Leo le gustan tanto—ironizó.

—¿Te gustan los niños? Primera noticia que tengo—me preguntó.

—Sí, pero con mucha cebollita caramelizada que, si no, me resultan muy insípidos, ¿tengo yo cara de que me gusten los niños?
—le contesté ya con cierta desesperación.

—En serio, Tania, ¿el bebé es tuyo? —le preguntó.

—Sí, pasé una serie de insufribles dolores que lo avalan.

—¿Y el padre? —le preguntó del tirón. Habría subido a darle al tema, pero bien que le estaba dando a la lengua.

—El padre soy yo—le contesté con malas pulgas a ver si así se iba de una vez, que la situación me estaba resultando francamente incómoda.

—¿Tú eres el padre? —entonces fue ella la que soltó la carcajada.

—¿Acaso te suena a chiste? Sí, soy yo. Y ahora, si no tienes nada más que objetar, ¿te puedes marchar?

¹ —Esas no son maneras de tratar a la gente, Leo. Al final, se te quedará el picadero vacío—me espetó Tania, menos mal que a la otra le dio un ataque de risa.

—A mí lo que me dará será un infarto a este paso, ¿te marchas ya?

—Eso o te quedas a cenar, aunque en ese caso te recomiendo que bajes a ponerte algo más, que he visto que vienes muy fresquita
—le recordó Tania mientras la otra hacía por cerrarse más todavía el abrigo.

—No, no, gracias. Yo me bajo y me meto en la cama, que creo que esta no es mi noche.

—Di que sí, chica, te alabo el gusto. Yo de ti atrincaría el Satisfyer y que les den a los hombres. El día que inventen uno capaz de hacer la cucharita, no nos volvemos a emparejar ni una.

Gladys le vino a dar la razón y lo más cachondo del tema fue que quedaron en que ya se tomarían un café juntas.

Cuando por fin se marchó, cerré la puerta y ella estaba allí, parada, muerta de la risa.

—Y esa solo era la primera de la orgía, seguro. Ahora llamará al resto—rio.

—Tú lo flipas mucho, ¿no? Se ve que, como no le estás dando el pecho al niño, te ha dado por las drogas.

—Se lo di durante nueve meses, hasta que cogió complejo de máquina de coser, el jodido—me contó.

—¿Qué dices de máquina de coser? ¿De verdad no te drogas?

² —Qué bobo eres. Pues claro que no. Lo digo porque ya tenía los primeros dientes y me arreó un bocado que me dejó sin sentido. Menudo pespunte me hizo.

—¿Los dientes a qué edad salen?

³ —A la misma que se te debió comenzar a ti a cerrar la mollera, pero no hubo suerte y se te quedó abierta, con la consiguiente fuga de ideas.

—Ya, ¿te vas a pasar toda la noche insultándome?

—Esa oferta me resulta muy tentadora, pero Luca comenzará a berrear en breve si no le doy su papilla y claro, aquí, con tanta chica entrando y saliendo, no hay quien se concentre.

—¿Qué dices? Ni que esto fuera una casa de citas...

—Disimula, pero me apuesto lo que quieras a que hay burdeles mucho menos concurridos.

2

1

2

—Ya, ¿te vas a pasar toda la noche insultándome?

—Esa oferta me resulta muy tentadora, pero Luca comenzará a berrear en breve si no le doy su papilla y claro, aquí, con tanta chica entrando y saliendo, no hay quien se concentre.

—¿Qué dices? Ni que esto fuera una casa de citas...

—Disimula, pero me apuesto lo que quieras a que hay burdeles mucho menos concurridos.

Capítulo 10



De madrugada escuché un llanto y me levanté. Enseguida la vi con Luca en brazos, dando vueltas por el dormitorio.

—¿Qué le pasa? ¿No puede dormir? —le pregunté.

—Siento si te hemos despertado. No vienen con pilas que quitarles por la noche, para tu información.

—No estoy molesto, lo que quiero preguntarte, que no me sale, es si le pasa algo.

—Pues tan difícil se ve que no era, porque te ha salido.

—Vale, vale, ¿podemos enterrar el hacha de guerra? ¿Por qué llora el crío?

—Me da la impresión de que le puedan doler los oídos, porque llora, no puede dormir y se los frota. Y mi niño no es tonto como para pensar que sus orejas son la lámpara de Aladín, ¿sabes? Mira cómo te ríes.

—No, si el tonto ahora seré yo, por lo de la risa, digo.

—Mira, voy a hacer una cosa, ¿llamas a un taxi mientras me visto? Quiero que les echen un vistazo a esos oídos en urgencias.

—No, deja, lo haré yo—le comenté, ya que estaba un poco empanado a esas horas.

—¿Tú te crees pediatra? Y luego la que se droga soy yo, ¿no te joroba? Venga, marca el número de los taxis, que está regulín el pobre.

—Haré yo de chófer, que yo te llevo, eso es lo que he querido decir.

—Ah, vale, pero luego no me vengas con reproches, que yo no te lo estoy pidiendo.

—Tania, ya, vístete, por favor.

—Pues vete, ¿no? —se quejó.

—Vale, me voy, pero que no vería nada que no hubiese visto ya, eso también.

—No creas, ahora tengo más tetas. Bueno, no más, que sigo teniendo dos, pero sí con más relleno, y natural.

Recordé las de Nicolette, esas explosivas. Vaya, que te daba un tetazo en un ojo y no lo contabas. De eso podría hablarme el desleal de Mario, pero eso sería si nos dirigiéramos la palabra, que iba a ser que no.

Ya en el hospital, nos confirmaron que lo de Luca era un comienzo de otitis pero que, al cogerlo a tiempo, en unas horas comenzaría a mejorar, algo que nos llenó de alegría y no solo porque así me dejaría dormir, como dijo Tania, sino porque me empezaba a afectar ver a ese chiquitín pasándolo mal.

Una vez que llegamos a casa, ya a las tantas, escuché que Luca se dormía y con él también pudo hacerlo su madre, lo que debió agradecer mucho porque estaba reventada.

Como jamás se me pasó por la cabeza la idea de tener hijos con Tania, no me la imaginé en el papel de mamá, el cual ya no me cabía duda de que era el papel de su vida, el que interpretaba con más ahínco e ilusión.

La escuché levantarse a primera hora para prepararle el biberón a Luca.

—¿Tiene hambre con lo cansado que debe estar? —le pregunté, poniéndome en el quicio de la puerta de la cocina.

—Joder, Leo, ¡qué susto!

—Y dale. Pues nada, cuando quieras me pones un cascabel, como si fuese un gato. Y asunto arreglado.

—En el pito, un cascabel en el pito—rio ella.

—Mira que serás mala, ¿qué dices ahora del pito?

—Nada, que me estoy acordando de aquella vez que nos fuimos a la sierra con nuestros amigos y jugamos al juego aquel picante ¿te acuerdas? Tú perdiste y te tocó pasearte delante de todos con un cascabel en el pito.

—Joder, no me acordaba de esa mierda. Llevábamos mucho alcohol encima. Dime que me lo ataste por encima del bóxer, porfi.

—¿Y mentirte? Ni de coña...

Nos lo habíamos pasado muy bien nosotros. Cuando compartes tu vida con alguien durante tantos años, te quedan toneladas de recuerdos y a la otra persona, una tonelada más, aunque no siempre coinciden.

Ella estaba que se caía de sueño. Se le notaba en los ojos, que se le ponían chiguatos como antaño, en la época en la que nos dormíamos sobre los libros y yo le preparaba una jarra de café para que pudiera seguir estudiando.

Ambos nos graduamos en Marketing, pero, mientras yo me dediqué a sacarle partido a mis estudios, ella encontró su camino en la cadena de ropa, siendo feliz en la tienda y con sus compañeros, sin complicarse la vida, como me contaba cuando llegaba a casa.

Daba igual que estuviese muy cansada. Recuerdo sus infatigables jornadas en Navidades o en rebajas, cuando regresaba sin poder con su alma y con una sonrisa en la cara.

—He debido doblar como mil quinientas camisetas, pero me lo he pasado genial—relataba mientras, cenando, los ojos se le iban poniendo igualmente chiguatos.

Siempre la cuidé todo lo que pude, eso era así, pero no en lo fundamental, no en preguntarle si ella quería o no ser madre, poniendo por encima mis deseos y dejando los suyos a un lado.

Salí de esos agradables pensamientos para ofrecerle mi ayuda.

—Anda, deja que te ayude, yo lo prepararé—le pedí porque me dio pena.

—¿Preparar tú el biberón? No me hagas reír. Con la salud de mi niño no me la juego.

—Oye, que no lo voy a envenenar...

—Conscientemente no, hasta ahí estamos de acuerdo. Pero no me fío nada de ti...

—Qué bonito—suspiré.

—Ni bonito ni feo, ¿qué pasa? No tienes ni idea de cómo se hace, Leo.

—No creo que haya que hacer un grado para preparar un biberón. Habrá tutoriales...

—¿Tutoriales? Luca se habría desgañitado antes de que preparases un biberón decente.

—Eso es porque no me he puesto, pero yo cuando me pongo a hacer cosas, las hago genial. Y me queda todo perfecto y muy bonito, modestia aparte.

—Ya, ¿cuál es la última cosa bonita que has hecho?

—No me taladres, Tania, que es muy temprano y yo solo me he levantado para ver si te podía echar un cable.

—Muy bien, pues ya ves que no, puedes acostarte de nuevo en cuanto te dé la gana.

—No colaboras, ¿eh? Yo lo hago por el bien de esta convivencia y tú me sacas las uñas.

—Yo estoy demasiado cansada para escuchar memeces, Leo, eso es lo que pasa...

—El problema es que no te dejas ayudar.

—Eso será porque nunca he recibido ayuda con Luca, nunca—me reprochó.

—Eso será porque no me la pediste, ¿o tengo que recordarte que te largaste con el pico cerrado?

—Cerré el pico para no contestar a las barbaridades que me hubieses dicho...

Lo discutíamos cuando el llanto de Luca nos interrumpió.

—Está llorando, el crío está llorando.

—Ya lo escucho, no estoy sorda, ¿te importaría traérmelo? Ya casi he terminado—me dijo mientras vi que volcaba el biberón sobre su muñeca.

—¡¡Quieta, que te quemas!! —chillé dándole con mi mano y haciendo que se fuera directo al suelo.

—¿Qué has hecho, animal?

—Tania, que ha sido por tu bien. No das pie con bola, te estabas volcando el biberón...

—Una gota, una jodida gota me iba a echar en la muñeca para comprobar la temperatura, ¡y ahora mira! —me chilló viendo el plan, puesto que la tetina se separó del vaso y la leche salpicó todos los muebles de la cocina, para ir luego a aterrizar al suelo, al que puso también perdido.

—Y yo cómo iba a saber que eso se prueba así, haber avisado...

—Eres una calamidad con patas, Leo, eso es lo que debió avisarme tu madre.

—No la metas en esto, Tania—le pedí.

—Perdona, ha sido un comentario desafortunado. Sabes que siempre la he querido mucho.

—Y ella a ti. Y eso que no sabe que tiene un nieto, porque se volvería loca.

—Es que no lo tiene, Leo. Por eso no lo sabe—me aclaró.

—Pero el niño es mío, tú misma me lo dijiste, ¿no es así?

—Igual no me expresé bien del todo... Tú pusiste el semen, pero eso no te convierte en padre. Ser padre es mucho más que eso, ¿sabes? Exige una dedicación a esa pequeña vida que tú eres incapaz de darle. Y ahora, voy por Luca, que a este paso se quedará afónico.

—Puedo ayudarte con él, ¿cómo vas a hacer las dos cosas al mismo tiempo?

—¿Preparar otro biberón mientras le sostengo? Te sorprenderías, Leo, no darías crédito a lo versátil que me he hecho en este tiempo—me aclaró.

Comencé a limpiar la cocina, que la habíamos dejado fina, mientras de soslayo comprobaba que ella no me había mentido. Era capaz de hacer eso y más, y muerta de sueño. Se había crecido en su papel de madre. Menos mal que Tania decía no pasar por su mejor momento, porque era así y estaba que se salía, no me la podía imaginar cuando fuera a *full*...

—Y yo cómo iba a saber que eso se prueba así, haber avisado...

—Eres una calamidad con patas, Leo, eso es lo que debió avisarme tu madre.

—No la metas en esto, Tania—le pedí.

—Perdona, ha sido un comentario desafortunado. Sabes que siempre la he querido mucho.

—Y ella a ti. Y eso que no sabe que tiene un nieto, porque se volvería loca.

—Es que no lo tiene, Leo. Por eso no lo sabe—me aclaró.

—Pero el niño es mío, tú misma me lo dijiste, ¿no es así?

—Igual no me expresé bien del todo... Tú pusiste el semen, pero eso no te convierte en padre. Ser padre es mucho más que eso, ¿sabes? Exige una dedicación a esa pequeña vida que tú eres incapaz de darle. Y ahora, voy por Luca, que a este paso se quedará afónico.

—Puedo ayudarte con él, ¿cómo vas a hacer las dos cosas al mismo tiempo?

—¿Preparar otro biberón mientras le sostengo? Te sorprenderías, Leo, no darías crédito a lo versátil que me he hecho en este tiempo—me aclaró.

Comencé a limpiar la cocina, que la habíamos dejado fina, mientras de soslayo comprobaba que ella no me había mentado. Era capaz de hacer eso y más, y muerta de sueño. Se había crecido en su papel de madre. Menos mal que Tania decía no pasar por su mejor momento, porque era así y estaba que se salía, no me la podía imaginar cuando fuera a *full*...

Capítulo 11



El lunes por la mañana llegué al trabajo con la intención de no perder los estribos, aunque sabía eso que dicen de que “del dicho al hecho hay un trecho”.

Nicolette se presentó pisando fuerte, como siempre, con ese gesto de las personas que exhalan éxito por cada uno de los poros de su piel.

Al llegar a la puerta de mi despacho, camino del suyo, se paró como si nada.

—Buenos días, Leo. No te vi marcharte el viernes, ¿todo bien en la fiesta? —me preguntó como si no me hubiese hecho la puñeta, y bien hecha—. Causó mucha expectación, la prensa se hizo eco de ella. La próxima será aún mejor, te lo garantizo. Cada vez despegamos más, estamos desbordados de nuevas firmas que solicitan un estudio. Tras lo de Eskándalo, todos quieren venirse con nosotros.

—Sí, ¿verdad? Es que ha sido un verdadero Es-kán-da-lo—vocalicé despacito para que entendiese que no estaba yo por la labor de darle palmaditas en la espalda.

—¿Te pasa algo? Creí que te alegrarías de que por fin tuviésemos a Claudio con nosotros, eso nos beneficia a todos—me miró extrañada.

—Y me alegra, me alegra. Y más que me alegraría si eso no hubiese supuesto dejarme con toda la cara partida, Nicolette.

—¿Qué te pasa, Leo? ¿Tanto bebiste el viernes que todavía te dura la resaca? A mí no me hables así.

—Ya, porque a ti nadie te tose. Eso sí, los demás, si no nos gusta tu gestión, que arreemos, ¿no?

—No te sigo muy bien, ¿qué parte de mi gestión es exactamente la que no te gusta?

—La de quitarme en el último momento el puesto que llevaba mi nombre, Nicolette, esa misma.

—¿El puesto que llevaba tu nombre? ¿Habías mandado poner una placa con tu nombre en el despacho del encargado de área? Porque yo no la vi.

—No seas sarcástica, por favor. Los dos sabemos que ese puesto me lo gané a pulso. Mario me lo arrebató en el último momento y con malas artes, así que a mí no me vengas con tonterías.

—¿Se te ha olvidado quién soy yo, Leo? En la vida he tolerado que nadie me hable así y te garantizo que tú no serás el primero. Te lo voy a decir clarito, de una vez y para que lo entiendas: aquí las decisiones las tomo yo, y Mario cerró un acuerdo que nos beneficia más que todos los demás juntos. Tú eres brillante, mucho, pero él sobresalió mucho más en esta ocasión y se ha merecido ese ascenso. En cuanto a sus supuestas malas artes, prefiero ponerme una cremallerita en los labios, porque no es la primera vez que paso por alto un comentario sobre ti en ese sentido, ¿de qué te quejas entonces? —otra que me venía con la misma cantinela—. Y ya, por último, ahí tienes un plus; si te ha jodido que me acostase con él, te diré que me hizo gemir tanto

que hasta se cayeron los cuadros de mis paredes, un jodido terremoto pareció asolar mi casa, ¿algo más que añadir? —me preguntó acercándose a mí y dando un golpe en mi mesa, por si no me había quedado claro.

Sabía que Nicolette era de armas tomar y me tiré a la piscina y sin paracaídas. Incluso pudo salirme peor la cosa, de manera que no me quejé cuando se dio media vuelta y salió sin que aquella queja me hubiese traído mayores consecuencias. Una palabra más por mi parte y podría haberme visto con el finiquito en la mano, así que traté de contenerme y lo hice.

Su culazo, ese que parecía ser gemelo del de Jennifer López, se movió en dirección a la puerta, donde se encontró con la alegre jeta de Mario, que venía a recoger sus cosas.

—¿Ya vas a instalarte en tu nuevo despacho? —le preguntó ella.

—Ahora mismo, cuanto antes mejor. Tengo mucho trabajo que hacer y no deseo decepcionar a la jefa—le soltó junto con un pícaro guiño de ojo.

Yo también deseé algo y eso que no suelo querer el mal ajeno, pero en ese momento deseé que la tierra se los tragase a los dos y los escupiese en la gran puñeta, lejos de mi vista. Daba asco comprobar esa complicidad que surgió entre ambos de buenas a primeras, cuando hasta hacía nada ella me hablaba acercándose tanto que me erizaba hasta las pestañas.

Nicolette se fue y yo me quedé con Mario, quien comenzó a recoger sus cosas.

^a—Sé que no me vas a dirigir la palabra, pero que sepas también que yo no estoy cabreado contigo, ¿vale? Cuando quieras, puede pasarte por mi nuevo despacho y charlamos.

—Sí, claro, cuando tengas que firmarme algo—le aclaré.

—Leo, tío, somos amigos, siempre lo hemos sido. Yo de ti no me lo tomaría así...

—Claro que no, tú te lo tomarías de puta madre. Por eso dejaste las cosas estar y permitiste que ascendiera yo. Qué tonto, si no me había dado cuenta...

—Los dos teníamos el mismo derecho...

—Discrepo: yo soy el más antiguo aquí.

—¿Y tú crees que aquí los cargos se heredan? Te recuerdo que tu apellido no es Borbón, así que lo llevas chungo.

—Chungo lo llevo, desde luego. Solo con tener que veros todos los días el careto a ambos...

—Nicolette me importa, Leo, también te lo tengo que decir.

—Y a mí también, nos ha jodido. Me importa lo que piense, mi futuro laboral depende de eso, lo cual se traduce en prestigio y pasta...

ⁱ—No me refiero a eso. Desde que me he acostado con ella, siento algo...

—Ya, que te pone, lo sientes en la bragueta. A cualquiera le pasaría, está para mojar pan.

—No me estás entendiendo, Leo.

—Será eso, sí, que tú y yo hemos dejado de entendernos.

—No, que te digo que siento algo por Nicolette. Algo más profundo...

—Ya, ganas de sacarle hasta las cerillas de los oídos, ¿no? Está forrada y sabes muy bien que a su lado vivirás la vida padre.

¿ —No, Leo. Piensa lo que te dé la gana. Ella me gusta de verdad.

—Y una mierda te gusta. Eso es lo que pienso, ¿me oyes? Y, por si no te ha quedado claro, aquí tienes una peineta clarificadora

—le dije sacando mi dedo corazón a pasear.

—No, que te digo que siento algo por Nicolette. Algo más profundo...

—Ya, ganas de sacarle hasta las cerillas de los oídos, ¿no? Está forrada y sabes muy bien que a su lado vivirás la vida padre.

—No, Leo. Piensa lo que te dé la gana. Ella me gusta de verdad.

—Y una mierda te gusta. Eso es lo que pienso, ¿me oyes? Y, por si no te ha quedado claro, aquí tienes una peineta clarificadora

—le dije sacando mi dedo corazón a pasear.

Capítulo 12



Tania se pasaba el día haciendo llamadas de teléfono y echando currículums por aquí y por allá.

—Mierda, mierda, mierda—me decía la tarde del jueves cuando llegué de trabajar.

—¿Qué te pasa? ¿Luca está bien?

—De fábula, Luca está de fábula. La que comienza a estar desesperada soy yo, es que creo que hay más posibilidades de que me toque la lotería que de que me salga un trabajo—resopló.

—No, seguro que no es así. Algo te va a salir...

—Sí, acné, como si tuviera 15 años. Esta mañana me he visto un grano. Y eso son los nervios.

—¿Qué dices de un grano? Estás guapísima—se me escapó.

—No, si al final vas a saber hasta cómo levantarme el ánimo. Pero que estoy en lo cierto, Leo, que está todo muy complicado.

—¿No ves posibilidades en las tiendas de ropa? Tienes mucha experiencia.

—Para ellos soy ya como una momia. Con 35 no te cogen de primeras. Van por las chicas de 20 y que parezcan modelos. Tú sabes muy bien cómo funciona eso.

—Ya, lo veo todos los días. No desesperes, vas a encontrar algo...

—Mientras no desesperes tú—resopló.

—¿Yo? ¿Por qué? No, no digas eso.

—Porque sigo aquí y no tengo visos de salir, por eso. Sigo no, seguimos... Luca y yo.

—Con Luca me llevo bien. Entre los hombres nos entendemos—bromeé.

—¿Con Luca te llevas bien? —me miró con desconfianza.

—Sí, es buen tío, me cae bien—reí.

—Si apenas te acercas a él—murmuró.

—Porque no se me da bien, lo cual no quiere decir que me caiga mal, ¿vale?

—Ok, Leo, pronto nos habremos ido y no tendrás que preocuparte por nada.

—Pero yo no os estoy metiendo prisa...

—Pues deberías hacerlo o al final se correrá la voz de que esto ha dejado de ser un picadero y tendrás que volver ahí pico pala con las chicas desde el principio—bromeó.

—Muy graciosa, ¿te puedo ayudar en algo?

—Pues no, porque es hora de bañar a Luca, así que...

—Vale, le preparo la bañera—me ofrecí porque la encontré muy cansada y no solo física, sino moralmente. Y ese cansancio a veces afecta más.

—No me hagas reír, Leo. Al saber qué le prepararías.

—No me ofendas, ¿eh? Ni que le fuera a preparar una olla de barro al renacuajo. Sé muy bien qué hay que hacer y cómo le gusta

—A ver, sorpréndeme...

—Le gusta con espumita, pero no tanta como para que se la lleve a la boca, con eso hay que tener cuidado para que no se convierta luego en un dispensador de pompas de jabón—causé su risa— Y no solo eso, sino que debe tener sus patitos de goma. Son cuatro en total: mamá pata y los tres patitos. Su preferido es el más chiquitín de todos, como él, que es un mico. Y luego está lo de la temperatura del agua, ni muy fría ni muy caliente, entre los 35 y los 37°, más o menos como la de su cuerpo. Y no es que yo sea un termómetro para calcularla, sino que tú tienes uno en forma de ranita que también hace las delicias de Luca. A la hora de sacarle, tiene una capita con un tacto tan agradable que alguna vez se ha quedado medio sopa mientras le secabas y...

—Para el carro, ¿a quién has sobornado para que te diera toda esa información?

—A nadie y lo sabes. Todo eso lo he observado en estos días.

—Reconozco que estoy al borde del infarto. Al final, hasta terminarás preparando campañas para spots publicitarios de locos bajitos, es decir...

—Ya, de micos. No te pases. El resto sigue sin caerme bien. Es Luca, él tiene algo especial, como siuviésemos un vínculo—entrecerré los ojos.

—Qué raro, porque el niño no tiene nada que ver contigo. Anda y que te den dos duros, Leo—rio.

Pese a los problemas, no había perdido su capacidad de reírse. Tania siempre fue de las de poner buena cara al mal tiempo. Y esc ayudó mucho a nuestra relación. En momentos en los que me vine abajo fue ella quien me levantó, como canta Malú en su canción “Ausente”. Y sí, yo también estuve ausente de su vida en los momentos en los que más me necesitó.

No lo bañé yo, pero sí que lo metí en el baño por primera vez esa noche. Para ello, tuve que tomarle en brazos, y esa operación sí que me resultó complicada, porque me sabía la teoría al dedillo, pero a la hora de la verdad temía hacerle daño.

—Ven aquí, campeón, a ver cómo se me da esto—le dije y él, como si me entendiese, se rio a carcajadas.

—Vaya tela, Leo...

—Sabes lo que está pensando, lo sabes, ¿no? Está pensando “qué tío más torpe” —le decía a su madre.

—Está pensando que actúas como si fuera a partirse y no es así, no lo es en absoluto.

—¿Seguro que no? Porque eso me tranquiliza.

—Cógelo con confianza, Leo, con confianza.

Me resultó extraño. Sostener a Luca por primera vez en mis brazos fue como de ciencia ficción, quizás porque no había cogido a un crío en mi vida. Lo digo en serio ni de amigos, ni de vecinos ni de nadie... Yo me mantuve aparte del mundo de los críos y, aun sin tener nada en su contra, tampoco quise mezclarme con ellos.

Una vez que lo metí en el agua, vi su cara de felicidad, con esos gorgoritos que lanzaba al aire, dichoso, sintiendo que lo tenía todo. Es curioso ver que un niño no necesite nada más si cuenta con cariño.

.

i

)

.

.

—Está pensando que actúas como si fuera a partirse y no es así, no lo es en absoluto.

—¿Seguro que no? Porque eso me tranquiliza.

—Cógelo con confianza, Leo, con confianza.

Me resultó extraño. Sostener a Luca por primera vez en mis brazos fue como de ciencia ficción, quizás porque no había cogido a un crío en mi vida. Lo digo en serio ni de amigos, ni de vecinos ni de nadie... Yo me mantuve aparte del mundo de los críos y, aun sin tener nada en su contra, tampoco quise mezclarme con ellos.

Una vez que lo metí en el agua, vi su cara de felicidad, con esos gorgoritos que lanzaba al aire, dichoso, sintiendo que lo tenía todo. Es curioso ver que un niño no necesite nada más si cuenta con cariño.

Capítulo 13



Estaba en mi despacho el viernes al mediodía cuando llegó mi compañera Michelle, esa preciosidad con la que me lie más de una vez.

—¿Qué plan tienes para esta noche, Leo? —me preguntó.

—Ninguno, ¿por?

—Sin coña, ¿puedes deshacer el que tengas?

—Michelle, que no te estoy vacilando, que no tengo plan.

—Joder, pues sí que ha cambiado el cuento. Hasta hace poco había que coger audiencia para quedar contigo, como si fueras el Papa.

—No seas exagerada, igual andaba un poco pillado, pero ya.

—Ya, claro, exagerada.

—Además, que yo soy mucho más gracioso que el Papa.

—Bueno, te recuerdo que el actual es argentino y charla por los codos. Eso le hace ganar muchos puntos.

—Michelle, Michelle, por qué te gustarán tanto los argentinos...

—Eso digo yo, cuando con que me guste la salsa chimichurri ya es suficiente. En realidad, Guido me ha salido rana—se refirió a su último noviete, a quien conoció en clases de tango porque a ella le encantaba bailar y se meneaba con todo.

—¿Te ha salido rana? Qué raro, no voy a decir que te lo dije porque...

—¿Y qué si me lo dijiste? Pues anda que cuentas tú con un historial como para darle consejos a nadie.

—De historial nada, que yo no quiero saber nada de amores.

—Historial de conquistas, que si escribieras los nombres de todas las chicas con las que te has acostado en papel higiénico, necesitarías un rollo de doble capa y extragrande.

—Rollo es el que me estás soltando tú, ¿qué quieres de mí?

—Un polvo esta noche—me contestó de inmediato.

Michelle no era de andarse por las ramas ni yo tampoco. Siempre nos entendimos muy bien, hablábamos el mismo idioma y disfrutábamos del sexo sin ataduras siempre que ella no se metía en algún lío de amores.

—Hecho, ya sabes que soy facilón.

—Lo sé, lo sé. Y quien dice uno...

—Ya, dice dos o tres, los que caigan. De acuerdo.

Me vendría bien algo de sexo nocturno. Como si hubiese sido diurno, aunque no era plan de liarme con Tania en mi despacho. Y ello, aunque, de momento, no tenía un nuevo compañero y rezaba para que la cosa siguiera igual.

Lo del despacho de uno es una especie de reducto sagrado en el que pasar muchas horas al día. Encontrarte en él con algún imbécil supone una especie de tragedia, ya que debes cargar con él te siente como te siente.

Quedamos en eso y por la tarde comencé a arreglarme. Seguía cabreado por lo del trabajo, mucho, y tremendamente descolocado por lo de Tania y el niño.

Quisiera o no quisiera, al haber aparecido en mi vida supe que era padre y eso no tenía vuelta atrás.

—¿Te vas de picos pardos? —me preguntó al verme salir de la ducha y comenzar a vestirme. Me había dejado mal puesto el cuello de la camisa y Tania me lo colocó.

Sentí algo extraño en ese instante ya que, desde que volvió a casa, no se me había acercado tanto hasta ese momento. Fue muy impactante, como si de golpe percibiera su esencia de jazmín, esa que predominaba en su perfume favorito, en el que utilizó siempre. Venía de pasear a Luca y lo llevaba puesto.

Recordé que, en los días siguientes a su marcha, percibía la esencia de ese perfume por todas partes, como si el ambiente quedase impregnado de él, lo cual me llevó al abismo de la locura. Incluso me llegué a ir un par de días a casa de Mario y dejé las ventanas abiertas, para que el aire circulase y, a mi regreso, no oliera a ella.

Y de pronto estaba allí, con Tania delante, y volvía a olerla. Y no solo eso, sino que también volvía a verla, a hablar con ella y a devolverle la sonrisa que me dedicó.

No quise contestarle. No contesté a su pregunta, que fue clara y directa, porque en el fondo me sentía como mal por ello. Lo pensé fríamente y se trataba de una auténtica ridiculez, puesto que no le debía ninguna explicación y, aun así, ocurrió.

Ella se quedó con mi silencio por respuesta, aunque su mirada, entre intrigada y traviesa, no se apartaba de mí hasta el momento en el que fui a salir por la puerta.

—No hace falta que digas nada, no volverás hasta por la mañana. O hasta el lunes, ¿no? Ya veremos—me sonrió.

—No seas mala...

—Te repites más que el ajo.

—Mejor eso a que me oliese el aliento a ajo—repuse.

—No, no, por esa parte te puedes quedar tranquilo. Llevas el aliento fresco de siempre, ese por el que tanto me gustaba besarte—me confesó mientras me despedía.

—No lo sabía, no me lo dijiste nunca—le contesté.

—Una no tiene por qué ir contándolo todo. Se perdería el misterio. Vete ya, anda, que te estarán esperando y seguro que a ella le pasa lo mismo.

—¿Qué dices de lo mismo?

—Que le gusta besarte por el mismo motivo. Tira, Leo... Corre ya.

—No me esperes despierta, Tania...

—¿Esperarte despierta? En cuanto Luca caiga frito daré un cabezazo monumental. Arrastro sueño desde hace un año, no puedes ni figurarte lo que es eso.

Los dejé allí y lo más grande fue que, cuando me vio salir, Luca me echó los brazos.

’ —¿Se quiere venir conmigo? —le pregunté con la boca abierta.

—Eso parece, pronto empieza. Otro que quiere irse de farra. Madre mía, la que me queda... Tú ven aquí, enano, que con que tengamos un golfo en casa ya es suficiente—le dijo ella al crío.

—Lo de golfo te ha quedado un poco feo, ¿no? —me quejé entre bromas.

—Pues mira que he escogido una manera elegante de decirlo. No la hagas esperar más o correrás el riesgo de que te fastidie la noche. Vete ya, pegajoso—me dijo cerrando la puerta.

No miento si digo que estuve tentado de volver a abrir con la llave y quedarme con ellos dos. No obstante, mejor no complicarme más la vida e ir en busca de ese polvo que no me comprometía a nada.

2

—No lo sabía, no me lo dijiste nunca—le contesté.

—Una no tiene por qué ir contándolo todo. Se perdería el misterio. Vete ya, anda, que te estarán esperando y seguro que a ella le pasa lo mismo.

—¿Qué dices de lo mismo?

—Que le gusta besarte por el mismo motivo. Tira, Leo... Corre ya.

—No me esperes despierta, Tania...

—¿Esperarte despierta? En cuanto Luca caiga frito daré un cabezazo monumental. Arrastro sueño desde hace un año, no puedes ni figurarte lo que es eso.

Los dejé allí y lo más grande fue que, cuando me vio salir, Luca me echó los brazos.

—¿Se quiere venir conmigo? —le pregunté con la boca abierta.

—Eso parece, pronto empieza. Otro que quiere irse de farra. Madre mía, la que me queda... Tú ven aquí, enano, que con que tengamos un golfo en casa ya es suficiente—le dijo ella al crío.

—Lo de golfo te ha quedado un poco feo, ¿no? —me quejé entre bromas.

—Pues mira que he escogido una manera elegante de decirlo. No la hagas esperar más o correrás el riesgo de que te fastidie la noche. Vete ya, pegajoso—me dijo cerrando la puerta.

No miento si digo que estuve tentado de volver a abrir con la llave y quedarme con ellos dos. No obstante, mejor no complicarme más la vida e ir en busca de ese polvo que no me comprometía a nada.

Capítulo 14



Llegué a casa de Michelle y ella me esperaba como otras veces. Pura sensualidad, llevaba una batita corta y transparente roja, bajo la cual asomaba su ropa interior del mismo color.

Mi compañera estaba como un tren y, con su copita de vino en la mano, me invitó a entrar, haciendo que bebiese también de ella.

—Has tardado, un poco más y me enfrió—murmuró en mi oído con la más seductora de las voces.

—Esto dista mucho de enfriarse—le dije mientras echaba mano a su ardiente entrepierna, esa que tanto placer me había proporcionado en ocasiones.

Muy lubricada, estaba más que receptiva, por lo que aparté su tanga y, en cuestión de pocos segundos, ya mis dedos la estaban sometiendo a la más erótica de las exploraciones.

Sus gemidos eran la banda sonora ideal del festival que estábamos por montarnos. Mi evidente erección apareció entre mis pantalones y ella, mientras yo seguía sometiéndola a tan íntima exploración, me los bajó dejándome en bóxer.

Aún no había echado mano a mi miembro, cuando le sonó el timbre de la puerta.

—Tranquilo, así se caiga el mundo, yo no abro—murmuró mientras seguía a lo suyo, cosa que se nos complicó un poquillo, puesto que aquello seguía sonando sin parar y no había forma de concentrarse.

—Pues parece que se está cayendo, igual deberías ir a ver—le indiqué.

—Bueno, me pondré algo por encima y abriré. Puede que mi vecina Ana esté de parto. Salía de cuentas este finde y su marido, que es militar, está fuera.

—Lo que nos faltaba, otro niño—murmuré por lo bajini.

Ella no hizo demasiado aprecio a mi frase, sino que se colocó algo por encima y fue a abrir. Eso sí, su pelo alborotado y sus mejillas en llamas la delataron cuando abrió la puerta.

—Guido, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí? —le preguntó a quien se suponía que era su ex y que se había presentado por sorpresa. Hay sorpresas que merecen palos, dicho sea de paso.

—Lo necesitaba, Michelle, no puedo soportar la vida sin vos. Me falta el aire...

—¿Qué me cuentas? Pues le pusiste muchas ganas al polvo que le echaste a tu vecina, la que me llamó diciéndome que me estaban saliendo cuernos y que, si todavía no me los notaba, que agarrase la botella de calcio y ayudase en el proceso.

—Pero esa mina mintió, Michelle. Es una pelotuda, la concha de su madre... Oye, ¿y vos que estabas haciendo? —reparó en ese

instante.

—¿Yo? ¿Y qué explicación tengo que darte yo cuando tú me has corneado? —le preguntó ella.

—Pues claro que merezco una explicación. Nada de eso es cierto y vos, sin embargo, me estás adornando la cabeza con un mal parido que seguro que está por aquí—le dijo mientras entraba.

Nunca he sido de salir por la puerta de atrás, de subirme a la cornisa de la ventana ni de esconderme en un armario. Si hay que dar la cara, se da, aun a riesgo de que te la rompan.

—Hola, Guido—le saludé porque le conocía.

—¿Vos? ¿Cuál era tu nombre? Ya recuerdo, Satanás, ese era... Porque vos estuviste a mi lado en aquella comida informal de la empresa y ahora resulta que te estás cogiendo a Michelle. Te agarro a trompadas, te agarro a trompadas—repitió antes de levantar su puño.

Obvio que no soy manco y que nos dimos los dos antes de que Michelle, muy acertadamente, le amenazara con llamar a la policía si no salía por patas de allí. Le costó entenderlo, no debía ser demasiado inteligente, pero finalmente se fue con un ojo morado y, en justa correspondencia, me dejó otro igual.

—Lo siento mucho, Leo, yo no quería meterte en problemas—me decía ella cuando cerró la puerta—. Ni se me ocurrió que ese descerebrado se fuera a pasar por aquí para hacerse el machito cuando ha sido él quien me ha jodido. Bueno, ya me entiendes, quien me ha puesto los cuernos... Porque joder, lo que se dice joder, yo pretendía joder contigo, pero ahora no sé si te habrá quedado el cuerpo para joda, como diría él precisamente—me comentó con una sonrisa.

—Muchas no me han quedado, la verdad. Más que nada porque veo turbio con un ojo y así no me siento cómodo, ¿tienes un filete? —le pregunté.

—¿Yo? Ya sabes que si en mi frigo se cuele un ratón se muere de inanición. Yo no cocino nada, se siente. Pero puedo llamar a un chino.

—Sí, hombre, para que se líe también a hostias. Deja, que ya he tenido mi ración de leches internacionales de hoy.

—Si lo decía para que cenásemos. Ya que no nos daremos el lote, al menos llenar el estómago, ¿no?

—No tengo hambre, gracias. Lo del filete lo decía por el ojo.

—No entiendo nada. Oye, ¿te habrá causado alguna conmoción el golpe? Si quieres, nos vamos a urgencias.

—Que no, mujer, que te pones un filete en el ojo y es mano de santo para bajar la inflamación.

—Anda, mi madre, pues ni idea, ¿y tú cómo sabes eso? ¿Lo has visto en algún tutorial?

—Más bien me han puesto más de una vez un ojo a la virulé, aunque yo también me he defendido, no creas.

—Ya lo he visto, Guido va peor que tú. En realidad, me has puesto cachonda cuando te he visto ahí dándole candela. Candela de leña, no te vayas a pensar, ¿eh? Que yo lo admito todo, pero en el sexo me va lo que me va.

—Has hecho bien en especificar. Suficiente es con no mojar contigo, solo me faltaba que pareciese que lo he hecho con tu novio.

—Con mi exnovio, no te equivoques.

—No, será mejor que no me equivoque, no me vayas a dar un puñetazo en el ojo. Mira, Michelle, llevo unas noches un poco raras. Va a ser mejor que me vaya para casa, no te ofendas.

—¿Y te vas a ir para quedarte allí solo?

—Si yo te contase, preciosidad, si yo te contase...

r

a

n

—No, será mejor que no me equivoque, no me vayas a dar un puñetazo en el ojo. Mira, Michelle, llevo unas noches un poco raras. Va a ser mejor que me vaya para casa, no te ofendas.

—¿Y te vas a ir para quedarte allí solo?

—Si yo te contase, preciosidad, si yo te contase...

Capítulo 15



Llegué a casa y Tania se había quedado dormida en el sofá con el bebé sobre ella. Entré de puntillas para no hacer ruido, pero Luca abrió sus ojos verdes, esos que le cogían media cara, y me sonrió.

—Calla, calla, que vas a despertar a tu madre—murmuré cuando llegué hasta él.

—Su madre ya se ha despertado también—me anunció ella abriendo los ojos—. ¡Jesús! ¿Has ido a boxear y no me lo has contado? —me preguntó mientras tomaba asiento.

—No, no ha sido exactamente así...

—Anda, que a mí no me engañas. Te ha dado lo suyo un marido celoso, ¿no? Y luego dices que si yo me metí en líos.

—Nada de marido, eso para empezar...

—Ya, como si tú le fueras a hacer asco a alguna por estar casada. A otro perro con ese hueso, Leo.

—Ha sido un novio, ¿vale? ¿Ya te has quedado tranquila?

—¿Y por ese matiz me has quitado la razón? Qué más da. Ha sido un tipo celoso, punto. Madre, cómo te ha dejado el ojo... Luca, hijo, mira. Aquí tienes el claro ejemplo de lo que no debes hacer cuando seas mayor, ¿me oyes? —le decía al crío, quien se iba adormilando de nuevo.

—Pobrete, no quiero que se desvele ni tampoco que lo hagas tú. Vete a la cama con él, porfi, yo me acuesto en el sofá como siempre.

—Mira que tengo ganas de encontrar trabajo, ¿eh? Pero más debes tener tú.

—Oye, que yo mi trabajo lo conservo. Esto ha sido con una compi, pero fuera de la empresa—le expliqué.

—Que no, mendrugo, que debes tener ganas de que yo encuentre trabajo o te quedarás como una alcayata durmiendo en el sofá. Y así, a ver cómo vas a tirarte a ninguna.

No le iba a dar la satisfacción de decirle que, de buena gana, me habría quedado esa noche allí con ellos. Aunque tampoco voy a ser hipócrita, porque fui a casa de Michelle a tiro hecho. Otra cosa fue que el tiro casi me lo llevo yo, que si ese tipo llega a estar armado igual Tania estaría en esos momentos buscando por mis cajones el seguro de decesos.

—Yo estoy bien, por eso no te preocupes—le contesté.

—Sí, estupendamente. Y el ojo lo tienes todavía mejor, ese da gloria vértelo. Tengo en la nevera unos filetes que he comprado para mañana, voy a por uno, ¿te quedas con el peque?

Ella sí que sabía el truco del filete, lo cual me hizo sonreír por comparación. Tania vino y me lo puso, sosteniéndolo, mientras Luca dormía a nuestro lado, ajeno por completo a lo que allí estaba aconteciendo.

—No hay derecho a tenerte a esta hora haciéndome de enfermera—me lamenté—. Vete a dormir, por favor, que me siento mal—le pedí al ratito de ponérmelo.

—Ni que fuera la primera vez que te hago de enfermera. Te recuerdo que cuando te operaron de fimosis...

—Eso sí que no me lo recuerdes, que vaya despertares. En esos momentos no quería ni verte, porque me ponía palote, y me dolía más.

—Pero yo estaba ahí, sin moverme.

—Es que tú siempre estuviste ahí—le indiqué.

—Qué profundo se está poniendo esto. A ver la inflamación... Oye, un poquito ha bajado. Vamos a ponértelo otra vez.

Siempre lo hizo todo con mucho cariño y esa noche no fue menos. Con Tania me sentí muy cuidado durante cantidad de años, por lo que su marcha me dejó muy desvalido en el terreno afectivo.

Cuando por fin noté que la inflamación comenzaba a remitir bastante, le indiqué que retirase el filete y ella hizo un gesto de dolor.

—¿Te has lastimado? ¿Ha sido por sostenerlo tanto tiempo? —le pregunté preocupado.

—No, es que tengo un poco mal el hombro, y de vez en cuando se me resiente.

—¿Y eso por qué?

—Prefiero no hablar de ello, no me trae buenos recuerdos...

—Cuéntamelo, por favor.

—Me lo lastimé al tratar de retener a Gabriel cuando me dijo que me dejaba. Entonces me contó lo de Lorena y entendí que debí dejarle ir.

—Vaya por Dios, ¿y aún lo tienes dolorido?

—Sí, me hicieron unas pruebas y concluyeron que era el manguito rotador. Y lo que sucede es que el dolor me pasa del hombro al brazo, se me resiente con cualquier movimiento. Y tener al niño en brazos todo el día no ayuda.

—Deberías estar yendo a un fisio.

—¿Con qué dinero, Leo? Hay prioridades: primero está cubrir las necesidades de Luca, que se lleva tela de pasta, y luego el resto. Y no me quejo, ¿eh? El niño tiene de todo, lo demás da igual.

—A mí no me da igual. El lunes te buscaré un buen fisio, Tania.

—Ya te he dicho que no puedo pagarlo—insistió.

—Y yo no te he dicho que lo hagas. Por supuesto que corre por mi cuenta. Y ahora, por favor, déjame que trate de aliviarte.

—¿En qué sentido? Que yo no me fío mucho de ti, ¿eh? Ni mucho ni poco, que para mí que te han dejado a medias esta noche y ahora vas a querer rematar la faena.

-

—De verdad que no puedo contigo—negué con la cabeza.

—Si no tienes que poder, ¿yo te he dicho que me cojas en brazos? Anda que, si te tuviese que coger yo a ti, irías listo.

Me reí con sus cosas. Comencé a darle ese masaje y ella parecía muy aliviada. En ciertos momentos, su gesto de dolor sí que evidenciaba que el hombro lo tenía fatal.

—Tuviste que decírmelo antes, ya te habría visto un fisio en estos días.

—Leo, tú ya estás haciendo bastante. Yo no quiero convertirme en un estorbo para ti. Demasiado me estás ayudando ya. No puedo pedirte nada más.

—Es que igual no es cuestión de lo que tú me pidas, sino de lo que yo te ofrezca. Déjalo en mis manos, no se diga más.

—Y yo no te he dicho que lo hagas. Por supuesto que corre por mi cuenta. Y ahora, por favor, déjame que trate de aliviarte.

—¿En qué sentido? Que yo no me fío mucho de ti, ¿eh? Ni mucho ni poco, que para mí que te han dejado a medias esta noche y ahora vas a querer rematar la faena.

—De verdad que no puedo contigo—negué con la cabeza.

—Si no tienes que poder, ¿yo te he dicho que me cojas en brazos? Anda que, si te tuviese que coger yo a ti, irías listo.

Me reí con sus cosas. Comencé a darle ese masaje y ella parecía muy aliviada. En ciertos momentos, su gesto de dolor sí que evidenciaba que el hombro lo tenía fatal.

—Tuviste que decírmelo antes, ya te habría visto un fisio en estos días.

—Leo, tú ya estás haciendo bastante. Yo no quiero convertirme en un estorbo para ti. Demasiado me estás ayudando ya. No puedo pedirte nada más.

—Es que igual no es cuestión de lo que tú me pidas, sino de lo que yo te ofrezca. Déjalo en mis manos, no se diga más.

Capítulo 16



El sábado me desperté con la idea de preparar un buen desayuno. Resultó que ella le había dado el biberón al peque y tuvo la suerte de que volvió a quedarse un ratito dormido. Eso era oro molido para su madre, cualquier tiempo que pudiese rascar para dormir algo más.

Me metí en la cocina y recordé lo mucho que le gustaban las tortitas que yo le preparaba. Por Dios que yo no las había vuelto a hacer en todo aquel tiempo, puesto que se trataba de un recuerdo que me dolía. Y no poco.

En fin, que me puse el mandil y lo preparé todo para ir haciéndolas, tratando de que no se despertasen. Estaba a punto terminarla cuando ella se asomó por la cocina.

—Por favor, dime que son tortitas, ¡qué bien huele! —exclamó desperezándose mientras dejó al crío en su mantita de juego, esa que tenía distintos colores, formas y sonidos, por lo que le apasionaba.

—Estás de suerte, lo son, ¿has podido dormir bien?

—Pues mira, bastante mejor. No recordaba yo esos masajes tuyos, tengo el hombro menos dolorido.

—¿No recordabas mis masajes? Qué cosa más fea me has dicho—me quejé entre bromas.

—Pues lo cierto es que no, no los recordaba. Y sí, reconozco que se te dan sensacional. Y hacer las tortitas también, esto lo recordaba aún menos—me dijo con el bote del sirope de chocolate en la mano, con la mirada traviesa de una cría.

Ya sabía yo muy bien hasta dónde se pondría de sirope de chocolate. Siempre lo hizo, me refiero a ponerse hasta las cejas de él. Era muy golosa y yo la mimaba mucho en ese sentido. Bueno, en ese y en todos los que podía, que ella fue mi consentida durante años.

—¿Nos las comemos en el salón y así no tenemos que traer al peque para acá? —le pregunté y ella asintió.

—Y encima estás empezando a pensar con cierta coherencia. Asombradita me tienes—afirmaba con la cabeza, de lo más cómica.

Llegamos al salón y el peque, como si hubiese adivinado lo que había en el plato, se pudo nervioso y a dar saltitos.

—Tú no puedes zampar todavía tortitas como si no hubiese un mañana, cariño, pero ven, que te voy a dar un poquitín de nada de chocolate—le decía su madre.

—Ya, y luego tú te tomarás otro poquitín de nada, ¿a quién quieres engañar? —le pregunté.

—No, no, yo pienso comer a dos carrillos. Cielo santo, Leo, ¿tú eres consciente de que podrías vivir de esto? —me preguntó mientras miraba el plato de tortitas como si fuese un preciado tesoro.

—¿De hacer tortitas? Pues mira, igual termino poniendo un puesto—le conté mientras que ella le daba a probar el sirope de chocolate al crío y a él se le agrandaron mucho más todavía los ojos, una pasada, terminando por querer coger el bote con ambas manos.

—¿Y eso? ¿Tienes problemas en el trabajo? —me preguntó, porque yo aún no le había contado nada. Hasta ese día hubo un acercamiento gradual, pero también nos enzarzamos varias veces.

—Sí, Mario me la ha jugado—le conté y ella, que estaba dándole un sorbo al café, se atragantó.

—¿Mario? ¿El otro pichabrava que no se ha perdido una juerga contigo en todo este tiempo? Pero si se os veía de lo más compenetrado en las fotos—reía porque le sacó mucho partido a eso de cotillear mis redes.

—Eso de com-pene-trados lo podrías matizar—le dije con mi sal y mi pimienta despacito y vocalizando a mi antojo—, que entre él y yo no había nada.

—No, no, si yo sé que sois heteros... Y que bastante faena tenáis con tanta churri como para pensar en más sexo—rio.

—Ya, Tania, por favor, que solo de pensarlo me caerán mal las tortitas.

^s —Oye, no seas antiguo, que hay que tener la mente más abierta—me comentó.

—¿Qué dices de mente abierta? ¿Tú la tienes ahora? Nunca te han ido esas cosas...

—Puede, y solo puede, que haya experimentado con alguna chica y...

A mí se me abrieron los ojos más todavía que al crío, quien seguía empeñado en vano en sacar sirope del cerrado bote, por lo que estaba a punto del berrenchín.

—Cuenta, cuenta, no me puedes dejar así—le rogué encarecidamente.

—Pues resulta que, antes de conocer a Gabriel, tenía yo una vecina con la que me llevaba sensacional y me ponía ojitos. Y chico que resultó que una noche subió a casa con un abrigo de pelito y una botella de champán, entonces...

—Te estás riendo de mí, eres mala—me quejé.

² —Ay, calla, es verdad, que eso te paso a ti, me tengo que tomar ese cafelito con Gladys y que me cuente.

—Me haces el favor y dejas las cosas como están, ¿eh? Mira que me has puesto nervioso y todo.

. —Cachondo, te he puesto cachondo. Y ahora cuéntame lo de Mario.

—Vale, pero espera que voy al baño—le dije porque mi entrepierna se puso en pie de guerra y no había manera de bajarla.

Volví unos minutos después y se lo conté todo. Ella siempre me supo escuchar y me dio muchos de los mejores consejos de mi vida.

—Mira, yo no digo que esté bien lo que él ha hecho, pero si te dijo lo que te dijo, que tú también tenías fama de trepa, deberías reflexionar sobre ello.

—Vale, yo no creo que sea cierto, pero si él lo pensaba, tendría que habérmelo dicho y no pasarme por lo alto.

—Tú le hubieras pasado con gusto a él, ¿no?

—Es que yo me merecía el puesto, estaba convencido.

—Y Mario también. Eso sí, si te escuece, también puedes hablar con él de lo sucedido, ¿no? Acabas de decir que él debió contarte lo que pensaba de ti, que te estabas colando, ¿y tú no puedes hacer lo mismo con él?

—No, yo no, porque ya es tarde.

—Tarde porque le han ascendido, ¿crees que esa era tu última oportunidad en la empresa? Eres brillante y, por lo que me has contado, en este tiempo te has volcado en la empresa más que nadie. Tus ideas son buenas, Leo, hazlas valer y Nicolette te terminará dando lo que te mereces.

Ella tenía un don y, al decirme eso, mi gesto me debió delatar.

—Bueno, cambiemos de tema, que ya hemos hablado bastante de esto—le propuse.

—No, no. Espera, he visto en tu cara que hay algo más, ¿querías tirarte a Nicolette y él se terminó llevando el gato al agua?

—Vamos a dejarlo, Tania. Ya me has ayudado mucho, no necesito que digas nada más.

—¡Es eso! Chico, es que habéis picado muy alto. Ahora entiendo tu cabreo, esto es más que un tema de un ascenso... Se trata de mojar y esas ya son palabras mayores.

—Ya, ¿no? —le pedí y justo en ese momento los que terminamos mojados fuimos nosotros. Pipando a tope, vaya, porque del cabreo, Luca tiró el bote y le fue a dar a una jarra de zumo de naranja que también preparé, volcándola y poniéndonos fresquitos, fresquitos. Ea, ya se me quitó de golpe el calentón.

—Tú le hubieras pasado con gusto a él, ¿no?

—Es que yo me merecía el puesto, estaba convencido.

—Y Mario también. Eso sí, si te escuece, también puedes hablar con él de lo sucedido, ¿no? Acabas de decir que él debió contarte lo que pensaba de ti, que te estabas colando, ¿y tú no puedes hacer lo mismo con él?

—No, yo no, porque ya es tarde.

—Tarde porque le han ascendido, ¿crees que esa era tu última oportunidad en la empresa? Eres brillante y, por lo que me has contado, en este tiempo te has volcado en la empresa más que nadie. Tus ideas son buenas, Leo, hazlas valer y Nicolette te terminará dando lo que te mereces.

Ella tenía un don y, al decirme eso, mi gesto me debió delatar.

—Bueno, cambiemos de tema, que ya hemos hablado bastante de esto—le propuse.

—No, no. Espera, he visto en tu cara que hay algo más, ¿querías tirarte a Nicolette y él se terminó llevando el gato al agua?

—Vamos a dejarlo, Tania. Ya me has ayudado mucho, no necesito que digas nada más.

—¡Es eso! Chico, es que habéis picado muy alto. Ahora entiendo tu cabreo, esto es más que un tema de un ascenso... Se trata de mojar y esas ya son palabras mayores.

—Ya, ¿no? —le pedí y justo en ese momento los que terminamos mojados fuimos nosotros. Pipando a tope, vaya, porque del cabreo, Luca tiró el bote y le fue a dar a una jarra de zumo de naranja que también preparé, volcándola y poniéndonos fresquitos, fresquitos. Ea, ya se me quitó de golpe el calentón.

Capítulo 17



—Vamos a salir al centro comercial—le comenté esa tarde a Tania.

—¿Al centro comercial? ¿Qué dices? ¿Ves? Esos sí que me dan alergia a mí desde que estoy sin blanca.

—Hazme caso. Nos vamos...

—Que no, que no, que lo paso mal y no tengo ninguna necesidad, ¿o es que quieres que vaya contigo para que te aconseje sobre algún modelito con el que conquistar a Nicolette? Ahora Mario y tú estaréis ahí todo el día, queriendo demostrar quién la tiene más larga.

—¿Nicolette? Venga ya, paso de ella... Ya he visto todo lo que tenía que ver sobre la jefa.

—Ya, ya. Vamos que se te pone a tiro y le dices que no. No me lo creo, del Leo de ahora no me lo creo, salvo que tengas otra a la vista.

—Cierra el pico, por favor, que no vamos a comprar ropa... Al menos no para mí.

—Pues yo no te voy a desfilar en lencería fina como pago por vivir en tu casa, eso ya te lo puedes quitar de la cabeza—me advirtió.

—Que no, que la ropa es para Luca... Es que creo que le vendrá bien, y no solo ropita, sino otras cosas...

—No, no, te lo agradezco, pero él tiene de todo.

—Ya lo sé, Tania, pero le van haciendo falta algunas cositas. Se ve que crece por días y pronto los pantaloncitos le quedarán tobilleros, y no por moda precisamente. Además, le quiero comprar una trona para comer.

—No, no, ¿qué dices? Que una trona cuesta una pasta. Además, yo no puedo tener tantos tiestos, porque pronto me trasladaré con él y será más lío.

—Tranquila, cuando eso llegue ya te ayudaré yo. Pero mientras reconoce que no puedes comer siempre con él en brazos, no te viene bien para tu hombro. Además, que le encantará sentarse a la mesa con nosotros. Es un cotilla como su madre y lo disfrutará.

—¿Yo una cotilla? Dios me libre... Ni en broma, vaya.

—No, qué va. Lo seré yo...

—Ah, pues si tú lo dices, igual sí—rio.

A regañadientes, me la llevé. Llevaba días en los que me remordía la conciencia, porque a Luca no le faltaba nada de lo

indispensable, pero, aun así, cada vez iba necesitando más cositas.

Ya en el centro comercial, fue ella la que me guio por los diferentes comercios. Para mí que no había puesto los pies en una tienda de puericultura ni moda infantil en mi vida, por lo que estaba más perdido que el barco del arroz.

Vimos unas tronas monísimas, y ella empeñada en que debía ser una más básica.

—Que no, que me gusta esta para él. Y a Luca también le gusta. Díselo a tu madre, hazme el favor—le decía yo sacando su sonrisa.

—Esta vale más cara y una más sencilla hace la misma función, Leo... No te gastes tanto—me pidió.

—¿Quieres dejarme? No he contribuido en nada a los gastos del crío, esto solo es un detalle. Además, míralo desde otro punto de vista.

—¿Desde cuál? Venga, ilústrame...

—Pues desde del que estoy ahorrando porque ya no salgo a cenar, a tomar copas ni a nada parecido, con lo cual me sobra pasta.

—Ya, pero pronto lo harás y tendrás ganas atrasadas, Leo. Y entonces echarás la tarjeta a arder.

—No tengo ganas de eso, lo creas o no lo creas.

—Venga, Leo, que solo porque te hayan puesto un ojo morado no puedes perder las ganas de pasártelo bien. Tienes que tomarlo¹ como un aliciente, ¿me oyes? A la próxima que cojas por banda, la pondrás fina filipina, no habrá marido o novio que se te resist

—hizo la señal de sacar musculito.

—Lo que yo diga, mala, eres mala conmigo.

He de reconocer que no me fui con ningún sarpullido de esas tiendas en las que, aparte de Luca, había otros críos. Tania rajaba sin parar, eso sí, porque salimos con mogollón de bolsas y paquetes, más algunos que encargué que enviasen a casa, como la trona, que pesaba lo suyo porque era de madera y resultaba demasiado voluminosa para meterla en mi coche, que no era precisamente familiar.

Al llegar a casa, colocamos a Luca en su nueva mantita de juegos, ya que le habíamos comprado una más grande y acorde a su edad, para que pudiera gatear en ella. Además, la novedad hizo que se mostrase como hipnotizado.

¹

indispensable, pero, aun así, cada vez iba necesitando más cositas.

Ya en el centro comercial, fue ella la que me guio por los diferentes comercios. Para mí que no había puesto los pies en una tienda de puericultura ni moda infantil en mi vida, por lo que estaba más perdido que el barco del arroz.

Vimos unas tronas monísimas, y ella empeñada en que debía ser una más básica.

—Que no, que me gusta esta para él. Y a Luca también le gusta. Díselo a tu madre, hazme el favor—le decía yo sacando su sonrisa.

—Esta vale más cara y una más sencilla hace la misma función, Leo... No te gastes tanto—me pidió.

—¿Quieres dejarme? No he contribuido en nada a los gastos del crío, esto solo es un detalle. Además, míralo desde otro punto de vista.

—¿Desde cuál? Venga, ilústrame...

—Pues desde del que estoy ahorrando porque ya no salgo a cenar, a tomar copas ni a nada parecido, con lo cual me sobra pasta.

—Ya, pero pronto lo harás y tendrás ganas atrasadas, Leo. Y entonces echarás la tarjeta a arder.

—No tengo ganas de eso, lo creas o no lo creas.

—Venga, Leo, que solo porque te hayan puesto un ojo morado no puedes perder las ganitas de pasártelo bien. Tienes que tomarlo como un aliciente, ¿me oyes? A la próxima que cojas por banda, la pondrás fina filipina, no habrá marido o novio que se te resista —hizo la señal de sacar musculito.

—Lo que yo diga, mala, eres mala conmigo.

He de reconocer que no me fui con ningún sarpullido de esas tiendas en las que, aparte de Luca, había otros críos. Tania rajaba sin parar, eso sí, porque salimos con mogollón de bolsas y paquetes, más algunos que encargué que enviasen a casa, como la trona, que pesaba lo suyo porque era de madera y resultaba demasiado voluminosa para meterla en mi coche, que no era precisamente familiar.

Al llegar a casa, colocamos a Luca en su nueva mantita de juegos, ya que le habíamos comprado una más grande y acorde a su edad, para que pudiera gatear en ella. Además, la novedad hizo que se mostrase como hipnotizado.

Capítulo 18



El domingo por la mañana salimos a dar un paseo. En la puerta del bloque, nos encontramos con mi vecina Gladys, quien flipó al verme el ojo, todavía con un buen surco morado.

—Tania, yo sé que tiene lo suyo a veces, pero mira que darle donde más se ve. Que el muchacho tiene que trabajar—se pitorreó.

—Qué va, no he sido yo, mis torturas son más psicológicas. Ha sido un novio celoso, tú sabes...

—Chica, tú y yo tenemos que quedar, ¿eh? Se avecina un jugoso intercambio de chismorreos.

—¿Lo vais a demorar o me llevo a Luca para que me despellejéis? —les pregunté porque se habían hecho amiguitas después de que Tania le aclarase que no estábamos juntos.

—Buff, menuda tentación... Lo que pasa es que ahora tengo que salir a correr. Pero quedamos, ¿eh, Tania? Te llamo.

—Claro, y aprovecha para correr que, cuando tengas hijos, irás igual con la lengua fuera y encima sin posibilidad de quitarte los kilitos de encima—resopló.

—¿Y tú qué kilitos te tienes que quitar? Si estás divina. Porque este no te merece que, si no, le diría que te hincase el diente—le indicó.

—Gracias, ¿habéis caído en que solo tengo afectado el ojo y no el oído? —les pregunté mientras ambas se tronchaban.

Unas horas más tarde, tras el almuerzo, Tania se quedó sopa, y yo comprobé que el día seguía espléndido, por lo que cogí al crío, lo senté en su sillita de paseo, la cual le compré también en el centro comercial, y nos fuimos al parque.

—Luca, Luca, lo vamos a flipar. Yo no tengo ni idea de qué se hace en un parque con un niño, pero seguro que encontramos un montón de cosas divertidas por hacer.

Se lo decía cuando una atractiva mami, que también entraba en el recinto, me escuchó.

—No me lo puedo creer, ¿no le has traído nunca al parque? —me preguntó.

—Es que es una historia un poco rocambolesca, no le he conocido hasta hace poco.

—¿Y eso? ¿Estás con su madre y no es tuyo?

—No exactamente, no estoy con su madre y es mío, un poco más lioso que eso.

—Claro que es tuyo, qué ricura, si tiene tus mismos ojos.

—Sí, sí, y mi hoyuelo—le hice ver.

—Es verdad. Oye, me llamo Luz y mi hija es Alba—se paró y me dio dos besos.

—Yo soy Leo y el peque es Luca. Luca, saluda a estas dos chicas con la manita—le dije cogiéndole la mano.

—Qué gracioso, parece un muñequito...

—Sí que lo parece. Tu niña es también muy mona... Oye, esas gafas que lleváis son totales. Y encima vais a juego, ¿dónde las habéis comprado?

—En la óptica del centro comercial. Hoy también está abierta. Si te apetece, cuando salgamos de aquí, te acompaño y os aconsejo. Se me dan bien esas cosas, iréis divinos a juego.

Me estaba tirando la caña y no solo por su ofrecimiento, sino porque lo noté por su mirada, sus gestos y demás. Ya en el interior del parque, dejamos a los críos a nuestros pies, sentados en el suelo, felices como perdices.

—El truco está en no dejar que se coman la arena. Yo me despisté una vez y Alba se dio un festín. No se les puede perder de vist ni un minuto, ¿has visto lo bien que se llevan? Podríamos quedar de vez en cuando para venir con ellos...

Prometo que yo no movía ficha y eso que, de haberlo hecho, no creo que exagere si digo que Luz habría estado encantada. Conforme pasaron los minutos, empezaron a llegar otras amigas suyas con sus bebés, y todas se sentaron alrededor de nosotras.

Me bombardearon a preguntas, me halagaron y hasta me pidieron el teléfono. Yo había escuchado que con críos se liga, pero aquello fue más de lo que podía esperar. Me lo pasé bomba, como un puerco en un barrizal, aunque me sorprendí a mí mismo no entrando al trapo, simplemente disfrutando del momento.

Al salir, Luz se empeñó en acompañarme al centro comercial y lo hizo. Charlaba mucho, como una cotorra, y eso me molestó un poco. No pude evitar compararla con Tania, con quien siempre me acoplé muy bien en ese sentido, ya que nos divertíamos mucho charlando, pero sin tratar de acaparar al otro, que era lo que me estaba sucediendo con Luz.

Al menos, eso sí, de gafas entendía y me aconsejó muy bien, igual que el chico que nos atendió. Y de allí salimos combinados en gafas Luca y yo.

Llegamos a casa y su madre se desperezó al oír la puerta, incrédula.

—¿Te has llevado a Luca tú solito? No me lo digas, has organizado una que hasta los bomberos han tenido que acudir. Oye, ¿y qué son esas gafas?

—Pues unas que nos hemos comprado a juego, ¿molan o no molan? Mira la foto tan chula que nos hemos hecho con ellas.

Se la enseñé y lo flipó. Lo más impactante, eso sí, fue que ella servía para detective y enseguida la amplió.

—Oye, ¿y quién es la rubia que os ha hecho la foto? La de la cría...

—¿Eres bruja? ¿Cómo lo sabes?

—Es de primero de pardillo. Salen reflejadas en el cristal de vuestras gafas, ¿has utilizado a Luca para ligar? Mira que eres, Leo... De verdad—se montó de la risa.

—Que no, de verdad que no, solo le he sacado para que tú durmieses un poco más.

—Ya, y de paso para llevarte a la rubia al huerto, ¿no?

—Tania, no seas mala...

—No me digas más eso que al final se me quedará lo de Tania, digo lo de mala—rio a carcajadas.

Con todo y con eso, vi un mohín celosillo en su cara. La situación que estábamos viviendo no era fácil y daba lugar a mucha confusión. Que me lo dijese a mí, que pasé de la rubia y de las insinuaciones que ya, de un modo más explícito, me hizo cuando salimos del centro comercial, ¿estaría yo echando formalidad?

a

l

—Ya, y de paso para llevarte a la rubia al huerto, ¿no?

—Tania, no seas mala...

—No me digas más eso que al final se me quedará lo de Tania, digo lo de mala—rio a carcajadas.

Con todo y con eso, vi un mohín celosillo en su cara. La situación que estábamos viviendo no era fácil y daba lugar a mucha confusión. Que me lo dijeren a mí, que pasé de la rubia y de las insinuaciones que ya, de un modo más explícito, me hizo cuando salimos del centro comercial, ¿estaría yo echando formalidad?

Capítulo 19



Michelle aguantó la risa cuando me vio entrar el lunes por la oficina.

—Lo siento, de veras que lo siento—se llevó la mano a la boca para tratar de contenerse.

—Tranquila, si le añadió un poco de emoción al finde. No pasa nada, de verdad.

—Ya, ya. Menuda emoción... Al menos, todo esto me ha servido para darme cuenta de que Guido es un vendeamores de pacotilla y de que paso de él.

—O sea, que ya estás buscando a tu siguiente exnovio argentino, ¿no?

—Pues seguramente sí, ¿y a ti cómo te va? Te noté muy raro la otra noche, y no solo por tener un ojo que daba pena. Ya lo tienes bastante bien, me lo esperaba peor.

—He tenido una buena enfermera—le guiñé el bueno, porque hacerlo con el otro ojo habría sido doloroso y patético a la par.

—¿Tienes algo que contarme? Porque yo luego me tomaré un cafelito y...

—Venga, pues igual te cuento, que creo que estamos apañados los dos.

—Tú apañado lo has sido siempre, y mucho—rio.

—Te veo luego, preciosidad...

Me fui a mi despacho y no llevaría ni diez minutos allí cuando apareció Mario.

—Tenemos que hablar. Ya sé que te dije que esperaría a que tú dieras el paso, pero esto me está reconcomiendo y me siento fatal. No podemos seguir así, Leo.

—Me has entrado como a una novia, paso de ti, entre otras cosas porque antes me has traicionado, cosa que también puede hacerte una novia. Y nada de esto me está gustando.

—Leo, es que lo he estado pensando y esto del ascenso está sobrevalorado. Yo creí que me sentiría el puto amo, pero ahora miro para atrás y soy consciente de que he pagado un precio demasiado alto por ello.

—¿Sientes remordimientos y has venido hasta aquí para limpiar tu conciencia? No me levanto a darte una patada en el culo porque me supondría un esfuerzo y tú no vales ya ni eso para mí.

—Leo, no me digas eso. Nos lo hemos pasado de miedo juntos, ¿es que ya no queda nada entre nosotros dos? —me preguntó de lo más dramático.

Justo en ese momento entró en el despacho Tamara. No pudo ser otra, con las ideas tan enrevesadas que tenía la tiparraca esa.

—Joder, qué jugoso. Así que los dos machotes de la oficina os entendéis también entre vosotros. Qué morbo, ¿no? —nos soltó maliciosa.

—¡¡Que te largues!! —le chillamos al mismo tiempo.

—A ver si os creéis que he venido a ver vuestras bonitas caras... Nicolette os quiere en su despacho ahora. Supongo que vuestras discusiones las podréis dejar para más tarde.

Lo que me faltaba. Una reunión en el despacho de Nicolette y con Mario. Hubiera preferido cualquier otra tortura, pero en el tema del trabajo toca lo que toca, y punto.

Al entrar por su puerta, los dos quisimos hacerlo al mismo tiempo y no hubo manera. La rivalidad era total y no nos dábamos tregua.

—¿Os dejáis de chaladuras y entráis uno detrás del otro o me vais a tirar la puerta abajo? —nos preguntó con impaciencia.

Mario se apartó y me dejó. Él estaba por la labor de arreglar las cosas conmigo. Aun así, no daba su brazo a torcer y yo no tenía intención de dejar pasar por alto lo ocurrido.

—Chicos, no me voy a andar por las ramas: os necesito unidos—nos comunicó—. Vosotros y yo formamos un excelente trío—opinó y mi mente sucia voló y voló. De eso nada, nunca fue algo así lo que busqué. Tampoco se estaba refiriendo a nada sexual, por mucho que le gustase jugar con las palabras y crear un halo de ambigüedad que resultaba muy propio de ella.

—Seguro que seguiremos siendo una piña—intervino Mario.

—No opino igual, creo que por separado podemos obtener excelentes resultados. A la vista está que en los últimos tiempos hemos ido por libre—dije con retintín mirando a mi amigo—, y a algunos les ha ido fenomenal. Pues nada, seguro que es lo mejor, yo no tengo ninguna duda.

—La cuestión es que a mí me importa un comino lo que tú pienses, Leo. No sé si me explico, porque te acabo de decir que quiero unamos fuerzas y no has parecido entenderme—me aclaró la jefa.

—Es que hay muchas cosas que ya no entiendo, Nicolette, puede que me esté volviendo un poco gilipollas—le solté.

—Creí que te había quedado claro que no pienso tolerarte ninguna impertinencia, Leo. Una más, y tendrás un pie fuera de esta empresa. Tú eliges: o trabajas codo con codo con Mario o...

—Hay que joderse—le contesté.

—Pues sí, es lo que pasa en esta vida, que a veces hay que joderse—me soltó de nuevo con guasa—. Y otras nos joden directamente.

Ella sí que me estaba jodiendo a mí, jugando a ostentar una posición de poder que parecía que le divertía mucho. Me dieron gana de dar un golpe encima de su mesa y largarme sin más, pero eso suponía verme buscando trabajo y por Tania sabía que la cosa estaba peor que mal.

Por primera vez, pensé también en que yo tenía una responsabilidad con Luca, por mucho que ella no me la estuviese exigiendo y cerré el pico.

Vi la sorpresa en la cara de Nicolette, como si no esperase esa reacción por mi parte, ¿acaso me había tendido una trampa, retándome para hacer ver que solo ella ostentaba el poder? Pues aquello que fuese pareció subir su libido, pues la conocía muy bien y volvió a mirarme como lo hacía antes.

Mario pareció complacido por la posibilidad de que tuviésemos que colaborar. Y le noté sincero, como si estuviera verdaderamente arrepentido. Pese a ello, mi orgullo me impedía acercarme a él y darle una nueva oportunidad. Seguía muy escocido y apenas podía mirarle a la cara sin sentir un absoluto desprecio por quien había sido mi amigo del alma.

s

o

s

y

Vi la sorpresa en la cara de Nicolette, como si no esperase esa reacción por mi parte, ¿acaso me había tendido una trampa, retándome para hacer ver que solo ella ostentaba el poder? Pues aquello que fuese pareció subir su libido, pues la conocía muy bien y volvió a mirarme como lo hacía antes.

Mario pareció complacido por la posibilidad de que tuviésemos que colaborar. Y le noté sincero, como si estuviera verdaderamente arrepentido. Pese a ello, mi orgullo me impedía acercarme a él y darle una nueva oportunidad. Seguía muy escocido y apenas podía mirarle a la cara sin sentir un absoluto desprecio por quien había sido mi amigo del alma.

Capítulo 20



Luca cumplía un año el sábado. A Tania le hacía mucha ilusión esa fecha, como era normal, aunque su alegría se veía empañada por el hecho de que no encontraba trabajo ni por cachondeo.

—He echado el currículum hasta en una cadena de comida rápida, y ni eso. Lo mismo han pensado que no me sentaría bien la gorrita—me contó irónica.

—Pues ellos se lo pierden, porque te sentaría mejor que a ninguno—le dije de corazón.

—Ay, Leo, si es que tengo la moral por el suelo...

—De eso nada, ¿eh? Que tenemos que hablar de la fiesta de cumple de Luca.

—¿Te has acordado? —me preguntó casi con la lagrimilla en el ojo.

—Cómo no me voy a acordar, ¿yo cuántos hijos tengo? —le pregunté.

—Ni idea, con la que has liado en este tiempo, igual tienes como para montar un equipo de fútbol, salvo que al final te operases, ¿lo hiciste?

—Pues claro que lo hice, mujer. Yo lo tenía claro...

—O sea, que Luca llegó a lo justito. Fue uno de tus soldaditos, rebelde, que corrió y te la jugó—rio.

—Sí, muy rapidito él. Pero ¿sabes qué te digo? Que no me importa.

—Verás, igual tú crees que me has hecho la confesión de tu vida y que yo debería dar saltos de júbilo por eso, pero la realidad es que no te ha quedado muy bonito.

—Es verdad, soy un animal de bellota. Lo que en realidad he querido decir es que ahora me alegro de que el cabroncete de ese soldadito veloz me la jugara. Luca es un proyecto de persona sensacional.

—¿Un proyecto de persona? Mira, voy a contener la lengua porque sé que, en el fondo, llevas la foto con el niño con mucho orgullo en tu móvil, pero si no fuera por eso, me escucharías el piquito.

—Tú me has entendido, Tania.

—Ya, que al final te has dado cuenta de que un hijo no es lo peor, sino lo mejor...

—Sabes que mi padre no me lo puso fácil y...

—Leo, ¿tú no eres ya muy mayorcito para seguir echándole la culpa de eso a tu padre? Llega un momento en la vida en el que

cada palo ha de aguantar su vela—me recordó ella.

—Perdóname, Tania, creo que he sido un imbécil. Yo sí que te lo puse difícil a ti y no hay derecho. Tú siempre fuiste una pareja sobresaliente, me escuchaste y me apoyaste. Y cuando te llegó lo más grande, tu maternidad, ni siquiera te atreviste a compartirlo conmigo, sabedora de que no soportarías mi opinión.

—Por ahí ya vas mejor, Leíto, ¿te ha costado mucho? Tampoco tanto, ¿no? La confesión no estaba envuelta en terribles sufrimientos como las muertes que desea Antonio Recio.

—Ni me lo recuerdes, cuántas risas echamos juntos con aquel personaje, ¿eh?

—Sí, tantas como lágrimas vamos a echar ahora, ¿qué te pasa, tonto? —me preguntó lagrimeando al ver que mis ojos también se habían empañado.

Tenía que hacer algo para ayudarla. Tania ya había asumido bastantes responsabilidades sola, por mi culpa, como para dejar que se hundiera en la miseria por no ser capaz de tenderle una mano. Se me empezó a ocurrir que, dado que tendría que trabajar con Mario, igual le podía pedir, como mi superior que era, que creásemos una sección nueva en la que ya pensamos en su momento. Sería propia de la empresa, no de ningún cliente, con temática de moda, y la podríamos tratar de posicionar bien, no sería nada descabellado.

La moda le apasionaba a Tania, y ella también tenía sus estudios, por lo que podría ser la solución ideal. Ya que tendría que aguantar carros y carretas por parte de aquellos dos, al menos sacarle partido.

Lo comenté al día siguiente con Mario, y como es lógico, todo le cogió de sorpresa. Lo primero, que le dirigiese la palabra con más humildad que soberbia, porque si le iba a pedir un favor debería ir bajándome del burro.

Me costó, ¿eh? No creáis que me salió por las buenas. Me fue difícil tener que dirigirme a él con normalidad después de lo sucedido. No obstante, recordar la carita de Luca y pensar que por él todo valía la pena fue lo que me ayudó.

—Me has dejado frío, eres padre, Leo. Tania estaba embarazada de ti cuando se fue—repetía incrédulo.

—Cuéntame algo que no sepa, que eso ya te lo he contado yo a ti. Y, de paso, que me alegre. Tío, no te lo pediría si no fuese importante para mí.

—Dalo por hecho, Leo, dalo por hecho.

—Gracias, para mí significa mucho.

—La sigues queriendo, ¿verdad? —me preguntó, aunque igualmente podría haberlo afirmado, puesto que no había un atisbo de duda en sus palabras.

—Es difícil de decir...

—Si no tienes que decir nada. Se nota en cada una de tus palabras, pero mucho más todavía en tus gestos. Te conozco, y no me habrías pedido nada en estas circunstancias si no la quisieras. Te entiendo, estás enamorado, y yo también—me soltó.

—¿De Nicolette? —le pregunté preocupado, porque sabía muy bien qué vi en su mirada el día anterior, cuando estuvimos en su despacho, y no era precisamente que estuviese colada por él. Nicolette jugaba con los hombres, simplemente.

—¿Y de quién si no? Estamos quedando, hacemos muchas cosas juntos. No es sexo, Mario, y eso que el sexo con ella es de otra galaxia, es que comienzo a quererla.

—Te entiendo, tío, te entiendo—le dije sin querer profundizar en el tema, puesto que una discusión con él me podría estallar en

toda la cara en un momento en el que necesitaba su ayuda.

—Estoy muy contento por todo, Leo, por todo. Te he echado mucho de menos.

l

—Hazme el favor de cerrar el pico, no sea que vuelva Tamara y crea que este es el siguiente capítulo del culebrón, so capullo.

toda la cara en un momento en el que necesitaba su ayuda.

—Estoy muy contento por todo, Leo, por todo. Te he echado mucho de menos.

—Hazme el favor de cerrar el pico, no sea que vuelva Tamara y crea que este es el siguiente capítulo del culebrón, so capullo.

Capítulo 21



Llegué a casa y ella estaba como todos los días, es decir, desesperada.

—Leo, me veo viviendo de la caridad, ¿es que no hay un jodido trabajo en este país para mí? Ni siquiera contestan la mayoría de mis candidaturas y, cuando lo hacen, es con un rotundo “NO”, en mayúsculas. Me estoy volviendo loca.

—Aparca ya esa búsqueda, Tania.

—Claro que sí, y me meto a pilingui, que es una de las opciones que estoy barajando—me soltó.

—No digas eso ni en broma—le pedí al notar que mi sangre había entrado en ebullición en mis venas.

—Lo haría, ¿eh? Antes de que a Luca le faltase algo, lo haría.

—Y yo no lo permitiría por nada del mundo. De todas formas, tus problemas en ese sentido se han terminado. Dentro de pocos días comienzas a trabajar en mi empresa—le indiqué.

—¡¡¿Cómo?!! —me preguntó chillando y dando tal salto que terminó aterrizando en mis piernas, cosa que me encantó.

—Lo que has oído, guapísima.

—¿Guapísima y con trabajo? ¿Es que me ha tocado un hada madrina con su varita mágica? —me preguntó con ojos chispeantes.

—No creo en las hadas madrinas. Lo primero te viene de genética y, en cuanto a lo segundo, se me ha ocurrido y ha colado.

—¿Me has buscado trabajo y sin querer introducirme tu varita? ¡¡Es alucinante!! —chilló entre bromas.

—Vamos a omitir lo de mis ganas o no de introducirte la varita—le dije picante porque cada vez me sentía más atraído por ella—. En lo demás, has dado en el clavo: te he buscado trabajo.

—Pero sabes que yo, pese a estar graduada, no estoy al día en nada relacionado con el marketing, y no quiero dejarte mal—se lamentó.

—No lo harás, te pondrás enseguida al día porque además te apasionará. Vas a hacer que suba como la espuma una sección propia de la empresa relacionada con la moda.

—¿Con la moda? ¿He muerto y estoy en el cielo? Te juro que es mucho más de lo que podría haber soñado nunca. Pero mucho más.

—Es lo que te mereces. Llevas luchando contra viento y marea desde que te quedaste embarazada, sola, y como mínimo te voy a poder devolver algo.

—Es un gran favor y encima se lo has tenido que pedir a Mario. Sé lo que eso supone para ti en estos momentos, Leo, y por eso le doy aún más valor.

—Nada, ahora solo tenemos que pensar cómo vamos a organizarnos con Leo, porque me temo que coincidiremos en los horarios y no será tan fácil.

—Es verdad, tengo que tirar de guardería, eso está claro.

—No, perdona, yo no he hablado en singular, lo he hecho en plural, de manera que tendremos que tirar de guardería—le aclaré.

—¿Me estás queriendo decir algo? Porque si es así, este sería un buen momento, ya que estoy a punto de salir corriendo a por un botella de champán.

—Esa es buena idea, aunque la traeré yo...

—¿Me la vas a traer igual que Gladys a ti? —me recordó entre risas.

—Por lo que más quieras, no me piques más. Te estoy hablando en serio, Tania, te estoy queriendo decir que deseo ejercer como padre de Luca.

—¿Incluso cuando nos vayamos de esta casa? —me preguntó.

Quizás habría sido un buen momento para decirle que yo ya no deseaba que se fueran de mi casa, incluso para besarla y confesarle que sentía amor por ella. No obstante, juré que no volvería a comprometerme con una mujer tras su marcha, y aún me faltaba un poco para poder dar ese paso.

—En todo momento, Luca es mi hijo y me siento muy orgulloso de decirlo. Me ha costado un mundo llegar a esta conclusión, aunque es absurdo, porque no puedo esconder que se me cae la baba con él, no puedo...

—Y no tienes por qué hacerlo, Leo. No te imaginas lo feliz que me haces queriendo ejercer como su padre. Nunca me figuré que llegaras a querer hacerlo. Me estás dando las más extraordinarias sorpresas, que han sido dos... Por cierto, dicen que no hay dos sin tres, ¿no tienes que decirme nada más? —me preguntó.

—Que me voy ya a por el champán, eso es lo que quiero decirte.

Lo tenía en la punta de la lengua. Las cosas a su debido tiempo, que tampoco era plan de darme patadas en el culo y acabar con la magia de golpe. Todo se iría desenlazando poco a poco, quizás en una cenita romántica a la luz de las velas en la que me fuera soltando y ella hiciese lo mismo. Por poner un ejemplo, que ya se vería...

Lo pensaba en el supermercado cuando vi a Gladys.

—¿Qué se supone que celebráis? ¿Hay reconciliación a la vista? —me preguntó divertida.

—De momento, celebramos que Tania tiene trabajo y que yo he dejado de ser un necio, porque quiero ocuparme de Luca.

—¡¡Tremenda celebración!!

—Oye, Gladys, ¿tú crees que a ella le gustaría volver conmigo?

—¿Tú no tienes ojos en la cara, Leo? Pues claro que sí. Puede que Tania esté tan asustada como tú por dar el paso, pero todo va a llegar. Te mira el culo cuando te das la vuelta, quiere tomarte—rio.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Joder, porque yo te lo miro también, y entonces las dos nos reímos.

—Qué coordinadas os veo—reí también.

—Sí, pero no te hagas ideas guarras en la cabeza, que ninguna de las dos somos de compartir.

—Yo tampoco lo soy, lo creas o no. Nunca hubiese compartido a Tania, la quise con todo mi corazón y solo de pensarlo... Joder me enervo.

a

—Qué suerte tiene. No veas si me hubiera gustado que llegases a sentir algo así por mí. En fin, que la próxima vez que quiera subir una botella de champán a tu casa, lo haré con tres copas y un jersey de cuello vuelto.

—Bueno, perderás un poco con el dichoso cuello vuelto, pero admito pulpo como animal de compañía.

—Tú sí que estabas hecho un pulpo. Quién te ha visto y quién te ve, vecino.

a

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Joder, porque yo te lo miro también, y entonces las dos nos reímos.

—Qué coordinadas os veo—reí también.

—Sí, pero no te hagas ideas guarras en la cabeza, que ninguna de las dos somos de compartir.

—Yo tampoco lo soy, lo creas o no. Nunca hubiese compartido a Tania, la quise con todo mi corazón y solo de pensarlo... Joder, me enervo.

—Qué suerte tiene. No veas si me hubiera gustado que llegases a sentir algo así por mí. En fin, que la próxima vez que quiera subir una botella de champán a tu casa, lo haré con tres copas y un jersey de cuello vuelto.

—Bueno, perderás un poco con el dichoso cuello vuelto, pero admito pulpo como animal de compañía.

—Tú sí que estabas hecho un pulpo. Quién te ha visto y quién te ve, vecino.

Capítulo 22



La tarde siguiente estábamos haciendo mil cosas a la vez mientras cuidábamos de Luca.

—Va a costar una pasta, Leo, la guardería va a costar una pasta, porque tendrá que quedarse allí a comer y...

—Tania, te lo pido por favor, relájate. Venga, respira conmigo porque estás a punto de hiperventilar.

—Es que va a salirnos por un pico, te lo advierto desde ya—resopló.

—¿Y qué? Tenemos la suerte de que trabajaremos los dos. Te has vuelto demasiado responsable y eso me asusta—le dije sonriéndole—, ¿qué será lo siguiente? ¿Volverte aburrida?

—Ni de coña, sabes que siempre he tenido más gracia que tú, ¡desgraciado! —me soltó con ese descaro y frescura suyos.

Lo más cómico del caso es que lo estaba diciendo cuando abrió la puerta, pues llamaron al timbre, y ella pensó que sería Gladys, quien le dijo que subiría para ayudarle con unas cosillas.

—¿Teresa? —escuché que le preguntó y obvio que, dado que ese era el nombre de mi madre, blanco y en vasija...

—¿Tania? ¿Eres tú, Tania? ¿Qué estás haciendo aquí? —le respondió con desconfianza.

No pude juzgarla. Para ella era como si hubiese visto a un fantasma. Tania era la mujer que tanto daño se suponía que me había hecho, por lo que no debía querer verla ni en pintura.

—Mamá, todo esto tiene una explicación—le comenté, yendo a darle un beso.

Vaya por delante que mi madre es una mujer adorable, pero tiene mucho carácter y jamás admitió que jugasen con su hijo. Yo no podía poner en sus zapatos mejor que en ninguna otra ocasión, porque ya era padre y, por ende, me llevaban los demonios solo de pensar que en el futuro alguien hiciera sufrir a Luca.

—Sí, hijo, claro que la tiene, la de que eres un calzonazos—me sacó de dudas en un momentito.

—Teresa, esto no es lo que parece—le comentó Tania, quien siempre se llevó fenomenal con ella, hasta que supuestamente se fue con otro y mi madre puso su foto como diana a la que tirar dardos.

—No, no lo es, ¿me vas a decir a mí lo que es? Te habrá ido como el culo y ahora vienes a refugiarte en los brazos del pelele de mi hijo, que es lo que está demostrando ser al admitirte de nuevo en su vida. Porque tú estás viviendo aquí, ¿no? Claro que estás viviendo, si esa camiseta que llevas se la regalé yo, ¿te la quitas o te la quito?

No había visto a Luca, quien jugaba feliz al otro lado del sofá, razón por la que se limitó a emprenderla contra nosotros.

—Mamá, no la tomes con Tania. Ella no ha pretendido hacerme daño en ningún momento. Si se fue, únicamente lo hizo por protegerse.

—Hijo de mi vida, ¿es que de unos cuantos revolcones te ha lavado el cerebro? ¿Acaso eres tú un maltratador? ¿De qué tenía esta que protegerse? —se refirió a ella despectivamente.

—Mamá, Tania se fue porque estaba embarazada de mí, por eso. Ya sabes que jamás quise ser padre.

Se quedó paralizada, mirándome y mirándola a ella, con el signo de interrogación en los ojos.

—¿Ha tenido un hijo? ¿Y quién te dice que no es del otro y te la quiere colar?

—Mamá, ella no se fue con nadie. Se fue sola... Luego pudo hacer su vida, como yo, pero de momento se quedó sola.

—No me creo ni una palabra hijo, ¿dónde está ese niño y quién te dice que es tuyo? ¿Te has hecho pruebas? Ahora mismo busquemos un laboratorio y...

—Para el carro, mamá. Tú misma me darás la razón.

Cogí a Luca de detrás del sofá y el muy tunante le echó una sonrisita a su abuela que, de antemano, la derritió.

—La madre que me parió a mí también, pero si es un calco tuyo de pequeño, Leo. Tiene tus ojos y tu hoyuelo—me dijo mientras los suyos se convertían en dos ríos de lágrimas.

—Cógelo, mamá, que quiere ir contigo.

—Ven aquí, corazón mío, yo soy tu abuela, tu abuela Teresa, ¿de dónde has salido tú tan precioso? —le decía mientras se lo comía a besos.

—De tu hijo y de mí, Teresa, ¿me puedo acercar ya o todavía me llevaré algún arañazo? —le preguntó Tania, tan amorosa como era.

—Yo no te puedo arañar después de haberme dado esta preciosidad de nieto, Tania, ¿cómo nos lo ocultaste? Si no querías contárselo al patán de mi hijo, que siempre lo fue para estas cosas, me lo podrías haber contado a mí.

—Gracias por lo de patán, mamá—le sonreí.

e—Calla, Leo, que estamos hablando de cosas importantes—me reprendió como si fuese un chavalín.
e

—Teresa, necesité cortar por lo sano. Lo siento por los daños colaterales que te causé, pero si quería huir de Leo debía hacerlo también de su entorno. No espero que lo entiendas, pero al menos sí que te pongas en mis zapatos y lo respetes.

—No ha debido ser fácil para ti, Tania, nada fácil, ¿no te fue bien, hija?
e

—Las cosas se complicaron y, al final, Leo me ha echado una mano.

—Por eso no me llamabas en los últimos días, truhan, y yo pensando que estarías en las camas de unas y otras.

—Si hasta tu madre lo dice, imagínate—se echó ella a reír.

—Mamá, que me vas a dejar fatal...

—¿He dicho alguna mentira? Has estado despendolado todo este tiempo, Leo, ¿hace falta que te lo recuerde? Ya puedes enderezarte, que ahora tienes un hijo. Y qué hijo. Dios mío, voy a presumir del nieto más bonito del mundo, ¿cómo se puede tener esa carita tan bonita? —le decía mientras se lo comía a besos.

Fue amor a primera vista, porque a Luca también le cayó de escándalo su abuela, con la que comenzó a reírse a carcajadas. Se les veía tan felices juntos que daba gusto verlos.

—¿He dicho alguna mentira? Has estado despendolado todo este tiempo, Leo, ¿hace falta que te lo recuerde? Ya puedes enderezarte, que ahora tienes un hijo. Y qué hijo. Dios mío, voy a presumir del nieto más bonito del mundo, ¿cómo se puede tener esa carita tan bonita? —le decía mientras se lo comía a besos.

Fue amor a primera vista, porque a Luca también le cayó de escándalo su abuela, con la que comenzó a reírse a carcajadas. Se les veía tan felices juntos que daba gusto verlos.

Capítulo 23



El viernes por la mañana, estaba tratando unos asuntos con Mario cuando Expi, la becaria, vino a buscarme.

—Perdona que te interrumpa, Leo, no era mi intención, y menos cuando te veo tan atareado, pero tu madre está aquí y ya se sabe que a las madres no se las puede hacer esperar porque solo hay una cosa que les siente peor que eso, y es que no se les devuelvan los táperes.

—Es verdad, chica, menudas trifulcas he tenido yo con mi madre a consecuencia de eso—le comentó Mario.

—¿Mi madre está aquí? ¿Qué le pasa a esta mujer? —me pregunté porque era la primera vez que se presentaba en mi trabajo. Ni que yo fuera un crío de educación infantil.

Me asomé al hall y allí estaba ella, más a gusto que un arbusto.

—Hijo, he tenido que coger dos autobuses, pero ya estoy aquí—me informó.

—¿Es que acaso te he llamado, mamá? —le pregunté asombrado.

—Ni falta que hace. He venido por mi propia voluntad, porque quería comentar contigo una cosita, ¿nos podemos tomar un cafelito? Es que me tomé uno de buena mañana y ya lo tengo en los pies.

—Claro, claro, mamá.

Justo salíamos cuando nos cruzamos con Nicolette, quien se paró un segundo.

—¿Esta señora es tu madre, Leo? —me preguntó. Estaba de mucho mejor humor, al final iba a resultar que los polvos que echaba con Mario serían mágicos.

—Sí, señora, ¿y usted es la jefa? No me lo diga, claro que lo es, con esos taconazos y con ese glamur que me lleva, que ni la Preysler en sus mejores tiempos. A usted le pega un hombre así de su nivel, un banquero o...

Me quedé loco porque no venía a cuento que mi madre le dijera toda esa serie de memeces, ¿le habría echado un chorro de coñac al café? Pues igual sí, pero vaya, que ya vigilaría yo que ese que se tomase conmigo solo llevase leche. Y hablando de leche, a mí me puso de muy mala.

—Mamá, Nicolette es la jefa, sí, y por ese motivo tiene mil cosas que hacer, así que será mejor que la dejemos marchar.

—No hay prisa, ¿eh? Que tu madre regala muy bien el oído, ya podían tomar nota muchos hombres—decía ella sarcástica.

Me la llevé de allí a empujoncitos...

—Hijo, ni que te avergonzases de mí, ¿a qué vienen estas prisas?

—Mamá, ¿y a qué viene que te metas tú en la vida privada de esa mujer? Tú no sabes cómo se las gasta. A ti te ha mostrado la parte amable, pero...

—Pero es una engreída de categoría, ya lo he visto. Y si le he soltado la chorrada esa del banquero es porque te ha comido con la mirada y eso me ha jodido.

—¿Tú has visto eso? —le pregunté porque avalaba mi teoría de que no se tomaba en serio a Mario.

—Pues claro que lo he visto, ¿o se te olvida que ya me operaron de cataratas?

—Vale, vale...

—Pues eso, que semejante leona se vaya a domar a otro, que yo no parí un hijo para que caiga en las garras de una fiera de esas. Además, que ahora que tienes un hijo con ella, tú lo que tienes que hacer es volverte con Tania, ¿se lo has dicho ya?

—No, mamá, llevan muy poco en mi casa. Vamos dando pasos, lo noto, pero no corras tanto, por favor.

—Pues sin prisa, pero sin pausa. Yo he llorado muchas lágrimas viéndote mal cuando ella se fue, y eso que no sabía el motivo. De hacerlo sabido, te arreo un palo que te avío, pero ahora que todo se ha aclarado, pon de tu parte, Leo. Tania es la mujer de tu vida y la madre de tu hijo.

—¿Y qué te hace pensar que no vaya a ponerlo?

—¿El que te hayas vuelto un golfo en este tiempo? ¿Eso? Porque te las has llevado a pares a la cama, que yo lo sé. Te he visto la ojerías muchas veces.

—A pares tampoco, mamá. No exageres, de una en una...

—Pero desfilando en fila india, que has debido repartir número como en la pastelería de mi barrio. Leo, no te vas a arrepentir de volver a ser el que fuiste. Oye, y hablando de eso, tengo una propuesta que haceros.

—Pues nos la puedes hacer mañana, cuando vengas al cumple del niño, ¿no? Tania también ha invitado a su padre. De mal grado porque sabes que no se lleva con su nueva mujer, que debe ser una bruja, pero aun así creemos que es importante para Luca que su abuelo también esté.

a

—Si quiere ese hombre, que esté, y si no... que le den bien dado. A mi nieto no le faltará el cariño de su abuela, eso ya te lo aseguro yo.

—Vale, mamá, pues entonces ahora te dejo, ¿vale? Tengo que volver al tajo antes de que a la leona de la fiera le dé por arañar—
la piqué un poco.

:

í—Si esa tiene valor, que te saque las uñas que, por muchas tetas de plástico que tenga, no le servirán de escudo para evitar que yo le saque los ojos.

—¿Tú también te has fijado en que son de plástico?

—¿Los dos balones esos que me lleva en la pechuga? Para nada, para nada—se fue riéndose.

Mi madre estaba pletórica. Conociéndome, estaba hecha a la idea de que no sería abuela nunca, con lo mucho que le gustaban los críos.

Regresé al despacho de Mario para volver a departir con él y me lo encontré totalmente acarajotado.

—¿Ha pasado ella por aquí? No solo porque huele tela a perfume caro, sino porque te ha dejado bizco.

—Sí, es que se me ha insinuado. Verás, me ha dicho que su vagina desprende más calor que la caldera central, así que terminemos, que me voy pitando a tratar de regularle la temperatura.

Mario se estaba quedando pillado por Nicolette, como un pipiolo, y el problema era que su furor uterino, obviamente, no solo se lo provocaba él. Parecía gustarle mucho el juegucito de imaginarse jugando a dos bandas, aunque yo ya no tenía la más mínima intención de meterme en la cama con ella. Eso lo sabían hasta los hebreos.

s

,

o

;

Regresé al despacho de Mario para volver a departir con él y me lo encontré totalmente acarajotado.

—¿Ha pasado ella por aquí? No solo porque huele tela a perfume caro, sino porque te ha dejado bizco.

—Sí, es que se me ha insinuado. Verás, me ha dicho que su vagina desprende más calor que la caldera central, así que terminemos, que me voy pitando a tratar de regularle la temperatura.

Mario se estaba quedando pillado por Nicolette, como un pipiolo, y el problema era que su furor uterino, obviamente, no solo se lo provocaba él. Parecía gustarle mucho el jueguito de imaginarse jugando a dos bandas, aunque yo ya no tenía la más mínima intención de meterme en la cama con ella. Eso lo sabían hasta los hebreos.

Capítulo 24



Descubrí lo que era disfrutar en familia en aquella tarde de sábado mientras preparaba la fiesta infantil de Luca con Tania.

No solo asistirían mi madre y su padre, sino que supimos en el último momento que su hermano Jorge también había vuelto a España, y se uniría a nosotros para conocer a su sobrino.

Tania tenía razón en que su padre, Ernesto, había sido muy pasota, pero ya era hora de que tratásemos de hacer piña alrededor de Luca, que era lo verdaderamente importante.

No estaríamos solos sus familiares, sino que Tania y Gladys se encargaron de hacer correr la voz por el vecindario y algunos padres jóvenes se acercarían con sus críos para que Luca se relacionase con otros niños.

Mi madre llegó la primera, con la emoción en el rostro y con una caja tan grande que tuvo que apartarla para que la reconociera.

—El taxista me quería cobrar por el bulto, pero yo le he dicho que el bulto con ojos era él, y que de eso nada. No he cogido yo el correpasillos de mi nieto en oferta para que ahora me lo encarezca él.

Ella era una mujer humilde que tuvo que trabajar mucho para sacarme adelante y que cobraba una pequeña pensión que había de gestionar bien, porque no era para dar y regalar precisamente.

—Mamá, cómo eres, te dije que iría a recogerte.

—De eso nada, tú a ayudar a Tania, que bastantes cosas ha hecho ya sola.

—Gracias, Teresa—le comentó ella dándole un beso—. Mira tu nieto, ya está loco porque lo cojas en brazos.

—Y yo por cogerlo... Además, que os quiero ofrecer una cosa.

—Dinos, por favor.

—Yo es que sé que estáis buscando guardería y me da mucha lástima que os gastéis el dinero cuando yo puedo cuidar del crío.

Tania y yo nos miramos, lo habíamos hablado y llegamos a la conclusión de que una guardería le vendría genial a Luca para socializar con otros niños, pero no queríamos herir sus sentimientos.

—El caso es que creemos que será bueno para él—se lo explicamos y ella, que razonable sí que era, lo entendió.

—Yo lo veo perfecto, pero como hay días que trabajáis también de tarde, ¿qué os parece si esos lo recojo al mediodía y me lo llevo para casa? Pasaría la tarde con él y así evitaría que mi nieto echase en la guardería más horas que un reloj, que una cosa es que asista por las mañanas y otra que se lleve allí todo el día, ¿es una tontería lo que estoy diciendo?

Desde luego que no lo era, porque esos días eran justo los que más nos preocupaban a su madre y a mí, por lo que nos resolvió el tema de un plumazo.

La cara de Tania era de alegría total, porque todos sus problemas se estaban solucionando. La gente comenzó a llegar y si algo la tensaba un poco era el que entrase por las puertas su padre con Pili, esa mujer con la que se llevaba fatal, porque les hizo la puñeta a ella y a su hermano desde el principio. Ni siquiera hacía con Luca, debía ser una joya de mujer.

Por suerte, Jorge y Ernesto llegaron sin ella, y su padre enseguida le explicó, después de que Jorge tomara en brazos a su sobrino por primera vez.

—Pili y yo hemos discutido a consecuencia de la fiesta, ella no quería asistir y yo le he dicho que ya está bien, que cogiera sus cosas y se fuera. Sé que no lo he hecho perfecto, Tania, que debí pararle los pies mucho antes, pero esta ya ha sido la gota que colma el vaso. Esa mujer no es para mí.

Otra buena noticia que sumar al hecho de que nuestro hijo cumpliera un año. El salón se había convertido en el sueño de cualquier peque, con mogollón de globos, adornos, figuras de goma eva... Gladys ayudó a Tania a prepararlo todo, y yo también puse mi granito de arena, y eso que nunca había hecho nada así.

Todos parecían muy contentos y los críos se lo estaban pasando bomba. En el momento de partir la tarta, con su velita encendida Tania me llamó para que adoptara un papel protagonista junto a ella y Luca, a quien tenía cogido en brazos y le indicaba cómo soplar.

—¡Bien, campeón! —le aplaudimos mientras él se partía de risa y entonces, tras un “mamá” alto y claro, balbuceó un “papá” que me volvió las rodillas de gelatina.

—¿Ha dicho papá? ¿Lo ha dicho? —le pregunté a su madre porque llevábamos días intentándolo con nulo resultado.

—Ahora sí, ahora sí que lo ha dicho—me contestó ella con gran emoción y los abracé a ambos.

Nunca había experimentado una felicidad tan completa como en aquel momento en el que sentí que abrazaba a los dos amores de mi vida. Todo comenzaba a ir sobre ruedas, por lo que la fiesta continuó... Duraría toda la tarde y cabía la posibilidad, más que cierta, de que Tania y yo acercásemos posturas definitivamente esa noche y la prolongásemos en la intimidad.

Solo de pensarlo me ponía nervioso, como si fuese la primera vez que estuviese con ella, pero la vida es así de caprichosa y eso era lo que yo sentía.

Hartos de comer, beber, bailar y cantar, nuestros invitados se fueron retirando uno a uno. Nosotros los despedíamos con la sonrisa en la cara, agradeciéndoles su presencia y el habernos ayudado a convertir el primer cumple de Luca en uno memorable y mágico.

—Perdona, que me suena el teléfono—se excusó Tania en el momento en el que lo sacó del bolsillo y yo leí con temor esas dos palabras en su pantalla: “Gabriel amor”.

Desde luego que no lo era, porque esos días eran justo los que más nos preocupaban a su madre y a mí, por lo que nos resolvió el tema de un plumazo.

La cara de Tania era de alegría total, porque todos sus problemas se estaban solucionando. La gente comenzó a llegar y si algo la tensaba un poco era el que entrase por las puertas su padre con Pili, esa mujer con la que se llevaba fatal, porque les hizo la puñeta a ella y a su hermano desde el principio. Ni siquiera hacía con Luca, debía ser una joya de mujer.

Por suerte, Jorge y Ernesto llegaron sin ella, y su padre enseguida le explicó, después de que Jorge tomara en brazos a su sobrino por primera vez.

—Pili y yo hemos discutido a consecuencia de la fiesta, ella no quería asistir y yo le he dicho que ya está bien, que cogiera sus cosas y se fuera. Sé que no lo he hecho perfecto, Tania, que debí pararle los pies mucho antes, pero esta ya ha sido la gota que colma el vaso. Esa mujer no es para mí.

Otra buena noticia que sumar al hecho de que nuestro hijo cumpliera un año. El salón se había convertido en el sueño de cualquier peque, con mogollón de globos, adornos, figuras de goma eva... Gladys ayudó a Tania a prepararlo todo, y yo también puse mi granito de arena, y eso que nunca había hecho nada así.

Todos parecían muy contentos y los críos se lo estaban pasando bomba. En el momento de partir la tarta, con su velita encendida, Tania me llamó para que adoptara un papel protagonista junto a ella y Luca, a quien tenía cogido en brazos y le indicaba cómo soplar.

—¡Bien, campeón! —le aplaudimos mientras él se partía de risa y entonces, tras un “mamá” alto y claro, balbuceó un “papá” que me volvió las rodillas de gelatina.

—¿Ha dicho papá? ¿Lo ha dicho? —le pregunté a su madre porque llevábamos días intentándolo con nulo resultado.

—Ahora sí, ahora sí que lo ha dicho—me contestó ella con gran emoción y los abracé a ambos.

Nunca había experimentado una felicidad tan completa como en aquel momento en el que sentí que abrazaba a los dos amores de mi vida. Todo comenzaba a ir sobre ruedas, por lo que la fiesta continuó... Duraría toda la tarde y cabía la posibilidad, más que cierta, de que Tania y yo acercásemos posturas definitivamente esa noche y la prolongásemos en la intimidad.

Solo de pensarlo me ponía nervioso, como si fuese la primera vez que estuviese con ella, pero la vida es así de caprichosa y eso era lo que yo sentía.

Hartos de comer, beber, bailar y cantar, nuestros invitados se fueron retirando uno a uno. Nosotros los despedíamos con la sonrisa en la cara, agradeciéndoles su presencia y el habernos ayudado a convertir el primer cumple de Luca en uno memorable y mágico.

—Perdona, que me suena el teléfono—se excusó Tania en el momento en el que lo sacó del bolsillo y yo leí con temor esas dos palabras en su pantalla: “Gabriel amor”.

Capítulo 25



Me quedé sin aliento y más cuando ella me hizo un gesto con la mano y se fue para adentro, pidiéndome que me ocupase de Luca.

¿Gabriel? ¿Era una broma? ¿Después de pasar la tarde perfecta en familia? Yo, finalmente, no pensé en prepararle una cenita romántica esa noche, pues estábamos como quien se traga un pavo, pero sí tenía el pensamiento de abrirle mi corazón y pasarla con ella. Y no por abandonar el sofá, por mucho que eso me aliviase, sino porque ya moría porque volviésemos a compartir cama.

Me quedé allí, con el peque entre los brazos, sonriéndome.

—¿Y por qué me sonríes? ¿Me has visto cara de contento, hijo? Me acaba de suceder algo que no me hace ni chispa de gracia. Si fueras mayor y tuvieras dos dedos de frente, tampoco sonreirías, cariño—le decía yo mientras le hacía carantoñas porque lo que acababa de ocurrirme era una putada.

Luca debía bañarse antes de dormir, de modo que me acerqué por la puerta del dormitorio y vi que la había cerrado a cal y canto. Se escuchaba su voz, la voz de Tania, por lo que di por supuesto que seguía hablando con él.

—Me va a tocar bañarte a mí. Y ni se te ocurra arrugar la nariz porque no se me da nada mal, pequeñín, que lo sepas. Al menos, me sé toda la teoría y, además, empeño le pongo, que tampoco es tan difícil.

Todo para mantener la mente ocupada, ya que cuanto estaba sucediendo allí me jodía, y tela.

Le preparé su bañerita y él daba palmitas.

—Papá, papá—repitió mientras me dio lo que parecía ser un beso. Lo digo porque me dejó la cara llena de babas, pero, en contra de lo que me hubiera sucedido en otra época, me encantó que lo hiciese.

—¿A ti qué te pasa? ¿Es que te has creído que por hacerme la pelota te voy a comprar una moto o algo? Pues que sepas que hasta los 16 no habrá nada de eso. Y dependerá de si eres responsable, que no estoy dispuesto a que te partas la crisma—le iba contando eso que me salía del corazón. El primer asombrado era yo, quien no tenía ni idea de que se pudiera querer tanto a una personita tan chiquita y en tan corto espacio de tiempo.

Luca no paraba de hacer monerías en la bañera. Era evidente que se trataba de su gran momento del día, de ese que disfrutaba, y nosotros con él, puesto que nada nos gustaba más a su madre y a mí que ver la carita que ponía en el agua, jugando con sus patitos y con las pompas de jabón.

—Tú tranquilo, ¿eh, hijo? No te creas que voy a consentir que ese tipo os saque de aquí ni a ti ni a ella, porque ya ves que me tienes tonto, ¿lo ves o no lo ves? —le preguntaba como si fuese un adulto, y sacaba su sonrisa todo el rato—. Pues tu madre no me tiene menos. Yo la quiero, Luca, siempre la he querido, aunque llegase un momento en el que pensé que ya no. Maldita sea, pues ha sido aparecer y darme en todas las narices, ¿por qué ejerce este poder sobre mí? Me gustaría controlarlo, pero visto está que no puedo, así que me rindo... Me rindo a sus pies. He desmantelado el picadero, ¿sabes? Sí, sí, tú no le vayas a contar nada, pero realmente ella tiene razón, sí que lo ha sido en todo este tiempo. No te imaginas la de chicas que han pasado por mi cama. Y

vale, que ella exagera en eso de que he dado número, pero que a veces me las he visto y me las he deseado para que no coincidieran unas con otras. Y ahora, mírame, aquí, bañándote, y rezando para que no sea tarde con tu madre.

Escuché algo de ruido en el pasillo y entendí que, por fin, la conversación entre ellos dos había llegado a su fin.

Ella llegó al quicio de la puerta del baño, sonriente, sospechosamente sonriente.

—Voy calentando la cena del crío y luego te cuento, ¿vale? —me comentó y yo tuve que hacer como si no me impacientase a tope saber para qué la había llamado ese tipo, como si todo estuviese en orden cuando lo cierto es que no lo estaba.

—Vale, vale, sin problema—le contesté como si nada cuando lo cierto es que tenía tal pellizco en el estómago que a punto estaba de vomitar toda la comilona del cumple.

Joder, joder, ¿en qué momento una noche que estaba destinada a ser perfecta se convirtió en otra que era una mierda? Sin poder evitarlo, hice el paralelismo con aquella ocasión en la que ella me anunció que se iba con otro, con ese otro que nunca existió, solo por ocultarme su embarazo. Tampoco entonces me lo esperaba y, cuando me lo soltó a bocajarro, sentí como si una cascada de agua helada cayese sobre mi cabeza. El problema era que en ese momento sí que había otro, con nombre, apellidos y una corta, pero breve historia vivida con ella.

¿Qué demonios quería ese tipo? ¿De verdad abandonaría a su esposa enferma? ¿Iba a ser de los pocos que la terminara dejando, encima cuando esa mujer más le necesitaba? Si lo hacía no era de fiar, ya se lo diría yo a Tania, Y si no lo hacía, ¿la llamó para marear la perdiz?

Fuera como fuese, nada de aquello me olía bien. Y Luca no tenía nada que ver con eso, que yo acababa de ponerle los pañales y seguían limpios como la patena.

Abracé a mi niño mientras, nervioso, le terminaba de vestir para llevarle hacia la cocina, ¿no era broma? ¿Ya le quería tanto? Ninguna broma. Y no, yo no permitiría que se marchasen de mi casa, de nuestra casa.

vale, que ella exagera en eso de que he dado número, pero que a veces me las he visto y me las he deseado para que no coincidieran unas con otras. Y ahora, mírame, aquí, bañándote, y rezando para que no sea tarde con tu madre.

Escuché algo de ruido en el pasillo y entendí que, por fin, la conversación entre ellos dos había llegado a su fin.

Ella llegó al quicio de la puerta del baño, sonriente, sospechosamente sonriente.

—Voy calentando la cena del crío y luego te cuento, ¿vale? —me comentó y yo tuve que hacer como si no me impacientase a tope saber para qué la había llamado ese tipo, como si todo estuviese en orden cuando lo cierto es que no lo estaba.

—Vale, vale, sin problema—le contesté como si nada cuando lo cierto es que tenía tal pellizco en el estómago que a punto estaba de vomitar toda la comilona del cumple.

Joder, joder, ¿en qué momento una noche que estaba destinada a ser perfecta se convirtió en otra que era una mierda? Sin poder evitarlo, hice el paralelismo con aquella ocasión en la que ella me anunció que se iba con otro, con ese otro que nunca existió, solo por ocultarme su embarazo. Tampoco entonces me lo esperaba y, cuando me lo soltó a bocajarro, sentí como si una cascada de agua helada cayese sobre mi cabeza. El problema era que en ese momento sí que había otro, con nombre, apellidos y una corta, pero breve historia vivida con ella.

¿Qué demonios quería ese tipo? ¿De verdad abandonaría a su esposa enferma? ¿Iba a ser de los pocos que la terminara dejando, y encima cuando esa mujer más le necesitaba? Si lo hacía no era de fiar, ya se lo diría yo a Tania, Y si no lo hacía, ¿la llamó para marear la perdiz?

Fuera como fuese, nada de aquello me olía bien. Y Luca no tenía nada que ver con eso, que yo acababa de ponerle los pañales y seguían limpios como la patena.

Abracé a mi niño mientras, nervioso, le terminaba de vestir para llevarle hacia la cocina, ¿no era broma? ¿Ya le quería tanto? Ninguna broma. Y no, yo no permitiría que se marchasen de mi casa, de nuestra casa.

Capítulo 26



Llegué a la cocina cariacontecido y ella me lo notó. Me conocía muy bien, para qué iba a negarlo.

—Era Gabriel, ¿sabes? —me dijo mientras probaba la cena de Luca, la cual habíamos preparado entre ambos, con verduras, y solo hubo que calentar.

Ese era el problema: que yo ya me había acostumbrado a hacerlo todo de nuevo con ella. Pero en esa ocasión sin egoísmo de por medio, porque no era que la necesitase, era que la quería. Finalmente, me hice a vivir solo y estaba bien, hasta que de nuevo apareció en mi vida, provocando el tambaleo de cada uno de los pilares que levanté con tanto esfuerzo, tratando de olvidarme de todo lo que construimos a dúo.

—Sí, lo vi en la pantalla del móvil, ¿qué quería? ¿Su mujer está peor y necesita desahogarse con alguien? —le pregunté temeroso. No le deseaba ningún mal a esa chica, pero toda respuesta que me pudiese dar y que no tuviera que ver con eso me perjudicaría.

—No, qué va. A ver, es que no te lo vas a creer, Leo—pronunció con emoción y yo me fui por la patilla, porque no sonaba bien.

—¿Tan extraño es? ¿Qué sucede?

—Se equivocaron con el diagnóstico de Lorena. La naturaleza del tumor que le encontraron no es maligna, sino benigna, y es una suerte.

—Sí, sí que lo es—le dije temblando de pies a cabeza.

—Se lo han comunicado hace pocos días y él dice que no puede dejar de darle vueltas a la cabeza desde entonces.

—Pero yo supongo que una experiencia así les habrá unido más, ¿no? Digo yo que han pasado por algo muy traumático juntos y eso crea vínculo—argumenté.

—No, no, qué va. Entre él y Lorena las cosas estaban fatal cuando les dieron el primer diagnóstico, aunque fue incapaz de dejarla. A mí me dolió, pero en el fondo ahora me alegro.

—Ah, vaya—le dije antes de apretar tanto las dientes que me terminaron doliendo hasta las orejas.

—Sí, es que eso dice mucho a su favor. Un hombre que no es capaz de abandonar a su esposa en una situación así es de fiar—sentenció.

—Discrepo un poco, porque es el mismo hombre que tenía un lío con otra antes de todo eso—arrimé el ascua a mi sardina.

—Si nos ponemos así, ¿quién no ha metido la pata alguna vez? ¿O es que los demás somos perfectos, Leo? Te recuerdo que tú...

—Ya, que te fallé en lo de la maternidad y luego me convertí en un golfo. Ok, lo admito, Pero nunca te engañé con otra.

—Cada uno comete sus propios fallos. No somos clones para cometer los mismos que los demás. Bueno, que ya todo eso da igual. Ahora lo importante es que quiere que nos demos otra oportunidad—pronunció alegre y yo... Yo mejor me callo en relación con lo que pensaba sobre todo eso.

—¿Y tú qué le has contestado? Porque claro, ahora tus circunstancias han cambiado. Te has venido aquí, vas a comenzar a trabajar... Allí ya no tienes curro.

—Y se lo he comentado, no creas que estoy loca. Una cosa es apostar por una relación y otra muy distinta darlo todo, ¿y sabes lo mejor?

—Que habéis decidido dejar las cosas como están, ¿no? —habló mi deseo—. Yo habría hecho lo mismo, porque segundas partes nunca fueron buenas—conjeturé sin darme cuenta de que estaba metiendo la pata.

—Pues sí, es lo que pensé yo de lo nuestro también, pero con él es distinto.

—A ver, a ver, ¿me lo puedes explicar?

—¿Recuerdas hace unos días cuando me dijiste que deseabas ejercer de padre del crío y también lo del curro?

—Claro, no estoy amnésico...

—Pues yo creí que en ese momento me propondrías también volver, tú sabes... Joder, Leo, es que me da hasta corte decirlo, pero pensé que tenías en mente pedirme que volviésemos a intentarlo, por eso te tanteé. Pero tú me comentaste que no tenías nada más que añadir y entendí que habías madurado de verdad, que entendías que ya no era buena idea. Y eso que yo lo estaba deseando, no te lo voy a negar.

—¿Y entonces? —le pregunté con pavor.

^a —Entonces le echaste cordura al asunto y lo dejaste estar. En realidad, es lo mejor, me he sentido genial contigo estos días e incluso te confieso que he vuelto a sentir cosas por ti que creía enterradas. No obstante, lo nuestro ya se jodió una vez, Leo, y dejar las cosas estar ha sido lo mejor. Por suerte, nos hemos convertido en buenos amigos, hacemos piña por Luca, y eso es genial. Efectivamente, segundas partes nunca fueron buenas, por mucho que todo apuntase a que sí.

—¿Y con Gabriel? ¿Con él sí que lo serán?

—Es que eso es distinto. Se trató de fuerza mayor. Gabriel estaba más que dispuesto a dejar a Lorena cuando ese diagnóstico erróneo dinamitó nuestra relación. Como ya te he confesado, eso le hizo ganar puntos conmigo, porque habla muy bien de él y de sus principios.

—Esto no puede estar pasando, cariño—le solté tal como me salió.

—¿Qué te pasa, Leo?

—Que yo no pensé nada de lo que tú crees. Solo quería ir un poco más despacio hasta decirte, esta noche, que ya vuelvo a amarte...

—Leo, estás confundido y lo comprendo. Teníamos una rutina, y ahora de pronto se vuelve a interrumpir. Por eso me lo estás diciendo, solo por eso.

—No, no, Tania, ¿es que vas a saber tú mejor que yo lo que me ronda la mente? ¿O lo que me dice mi corazón?

—Leo, por favor, no me lo pongas más difícil.

—Es que yo no quiero que te vayas, y menos que te vuelvas a llevar a Luca de la ciudad.

—Eso no pasará. Gabriel lo tiene todo pensado: él puede pedir un traslado aquí, ya sabes que la cadena también tiene sucursales ; es un jefe. Todo apunta a que se lo concederían. Mañana vendrá a verme y lo hablaremos todo.

)

s

2

—Leo, por favor, no me lo pongas más difícil.

—Es que yo no quiero que te vayas, y menos que te vuelvas a llevar a Luca de la ciudad.

—Eso no pasará. Gabriel lo tiene todo pensado: él puede pedir un traslado aquí, ya sabes que la cadena también tiene sucursales y es un jefe. Todo apunta a que se lo concederían. Mañana vendrá a verme y lo hablaremos todo.

Capítulo 27



El domingo amaneció muy distinto a lo que yo planeé. Llevaba días pensando que lo comenzaríamos ya en familia, con todo hablado entre Tania y yo, tras lo cual habríamos pasado una noche ardiendo en llamas...

En eso fue en lo único en lo que no me equivoqué, puesto que sí que ardí en llamas, yo solito. Concretamente, en las llamas del infierno...

Me levanté sin fuerzas para nada después de un buen montón de horas en vela. Apenas pude descansar y, en cuanto escuché a Luca balbucear, me lo llevé al salón, permitiendo que su madre durmiese algo más.

Mis sentimientos se encontraban porque yo le deseaba a Tania toda la felicidad del mundo, pero conmigo. Puede que suene muy egoísta y también puede que incluso lo sea. Yo no lo voy a negar. Solo digo que pensaba que nadie podría ofrecerle tanta felicidad como yo.

Era consciente de que cometí mis errores en el pasado, sobre todo en el terreno de la paternidad, si bien esos no volvería a cometerlos, puesto que Luca ya estaba en el mundo y, además, para mi total alegría.

Es increíble cómo la aparición de una personita tan chiquita en tu vida puede llevarse todos tus miedos de un plumazo. Yo ya sabía que nada tendría que ver con mi padre porque jamás podría desentenderme de ese chiquitín que me seguía con la mirada a todas partes, curioso, y por quien yo lo hubiese dado todo ya entonces.

No tuve ganas de prepararle tortitas a su madre. También tengo mi corazón y me sentía dolido. Cualquiera puede pensar que tiré la toalla demasiado pronto y no lo niego, sé que fue así, lo reconozco, pero mi orgullo volvió a hacer de las suyas.

No pensaba suplicarle a Tania. Yo ya le había abierto mi corazón la noche anterior y, si ella le prefería a él... Maldita sea, cómo escocía todo aquello. Escocía como si a una herida abierta le echas un buen puñado de sal.

Ella se despertó un rato después y, bostezando, se sentó a mi lado.

—Pase lo que pase, esto no va a cambiar, ¿vale? —me aseguré—. Tú ya te habías convertido en el padre de Luca antes de que él volviese a aparecer.

Ella lo daba todo por hecho, ¿tanto la trastocó esa llamada? Ya se veía con él, con quien por cierto había quedado para almorzar porque el tipo movió ficha rápido.

—Eso sí que te lo pido por favor, Tania. Luca es muy importante para mí. No estoy haciendo ningún paripé con él. Es mi hijo y le quiero.

—Lo sé, las cosas se notan y eso salta a la vista, Leo. No te preocupes por nada, ¿vale? Que todo va a salir bien—me aseguró mientras me daba un beso en la mejilla.

Claro, qué fácil es hablar. Sobre todo, saldrían bien para ella, porque yo me sentía como un crío al que le han puesto el caramelo

en la boca para luego quitárselo.

Durante la mañana, vi cómo se arreglaba para él, algo que me mató. Recordé todas aquellas ocasiones en las que lo hizo para mí. Vale, que Tania era coqueta y se arreglaba primero para ella, de acuerdo, lo que no evitaba que cuando estaba en pareja lo hiciera aún más.

Me acordé también de las palabras de Gladys cuando me contó que Tania me miraba el culo cuando yo no la veía, y hasta hice la prueba, solo para ponerle una tirita a mi orgullo. De refilón miré y nada, esa mañana iba a lo suyo, empolvándose la cara... Mala cosa pensé, pues no quería asociar nada relativo a polvos, Tania y ese tipo.

A la hora de salir de casa, hizo ademán de preparar a Luca y le di el alto. De haber sido malillo, podría haber jugado con la posibilidad de que el niño les pudiese fastidiar la conversación, exigiendo atención. No, yo no iba a utilizar a Luca ni para eso ni para nada, por mucho que desease que en esa cita ambos salieran como el rosario de la aurora.

Mi niño era demasiado importante ya para mí en esos momentos.
—¿Me lo puedes dejar a mí hoy? —le pedí antes de que se vistiese.

—¿Quieres? Vale, me parece bien. Ya me fío de ti, sé que sabrás hacérselo todo. Y, si no, pídele ayuda a alguna de las madres del parque, que seguro que estarán deseosas de echarte un cable—me guiñó un ojo.

—Por ahí no vayas. No me interesa ninguna—le aclaré.

—De momento, se dice de momento—rio dándome unos golpecitos en el brazo.

Se hizo un arreglo informal con el que iba realmente guapísima, para partir cuellos. Tania estaba en el mejor momento de su vida bella hasta la saciedad y yo... Yo me quedé allí, con Luca en brazos, viendo cómo el amor de mi vida corría a los brazos de un tí que, en el mejor de los casos, no podría quererla como yo.

Hice muchas cosas con Luca ese día, incluido llevarle al parque y encontrarme allí con Luz, los cuatro con gafas de sol. Ella se alegró de verme, pero yo ni lo más mínimo.

Me hice algunas fotos con el crío, y no las borré porque salía él, ya que mi cara de cordero degollado era evidente.

Tania volvió a la hora de la cena y Luca ya dormía. Me pareció que tuvo que “hablar” mucho con ese tipo y los demonios me llevaron, si bien nada pude reprocharle. Por lo que me dijo antes de irse, era el primer día que se separaba de Luca por algún motivo de ocio.

Estaba en su derecho de pasárselo bien, pero ¿tenía que ser con él?

—¿Qué tal te ha ido? —le pregunté en cuanto se puso cómoda, puesto que no podía más. La intriga me está matando.

—Bien, Leo, bien... Hemos decidido retomar lo nuestro. Se vendrá el próximo fin de semana para que lo pasemos juntos. Su traslado tardará todavía un poco y al principio tendremos que vernos así.

Me cayó como un tiro de mierda, cómo me iba a caer.

—¿Va a pillar un hotel para el finde? —le pregunté.

—Depende—titubeó.

—¿De qué?

—De si encuentro un piso de alquiler esta semana. Verás, Leo, puede que te parezca un poco precipitado, pero nosotros necesitamos intimidad y...

—Y él no quiere que sigáis viviendo conmigo, ¿no hay también algo de eso? —le pregunté enfadado, aunque tratando de que no se me notase demasiado. No quise darle el gusto al tipo.

—Es normal, si lo piensas es normal, ¿a ti te gustaría? Gabriel está dispuesto a pagarlo todo hasta que yo comience a cobrar mi primer sueldo, se hará cargo de la fianza, del primer mes y de todo lo demás. Oye, Leo, salvo que te lo hayas pensado mejor y ya no quieras que trabajemos juntos—me comentó con mucha honestidad.

—Tania, eres la madre de mi hijo y yo nunca te perjudicaría. Además, que ese trabajo te sentará como un guante y que sé que lo harás genial.

—Gracias, Leo, tus palabras significan mucho para mí. Por favor, si me quieres bien...

—Claro que te quiero bien, Tania, ¿qué me vas a pedir?

—Simplemente que todo siga así, que nos podamos llevar bien, ¿vale? Para mí es muy importante. Lo pasé muy mal en el pasado y ahora siento como si la vida me estuviese recompensando. Es cierto que veo que ahora lo tengo todo, contigo como el padre de mi hijo y con Gabriel nuevamente a mi lado. Es como si mi vida se hubiese recolocado. Por primera vez noto que tengo suerte y estoy contenta.

Y yo notaba que tenía un gafe que no era normal, pero la veía tan feliz que me sentía incapaz de aguarle la fiesta.

¿Y si había dado con alguien que de verdad era capaz de dejarlo todo por ella? Ese tipo aceptó a Luca en su vida desde el primer momento, ganándose el corazón de Tania, y en esos momentos estaba dispuesto a darle un vuelco total con tal de permanecer a su lado.

De nuevo me esperaba una noche toledana, porque se me había jodido la vida de un momento para otro. Me costaría remontar después de aquello. Suerte que tenía a Luca, al menos, y que él sí que me daba alegrías. Quién me lo iba a decir... Un mico como él y, de pronto, se había convertido en mi tabla de salvación.

Qué ganas de que llegase la mañana para irme a trabajar, así no tendría que ver a Tania y dolería menos. El problema estaba en que pronto andaría también por la oficina y eso picaría. Yo solito me había metido en la boca del lobo.

Lo que fuera que el karma tratase de cobrarme, se lo cobraría con creces. De nuevo sin poder planchar la oreja, una noche más.

—De si encuentro un piso de alquiler esta semana. Verás, Leo, puede que te parezca un poco precipitado, pero nosotros necesitamos intimidad y...

—Y él no quiere que sigáis viviendo conmigo, ¿no hay también algo de eso? —le pregunté enfadado, aunque tratando de que no se me notase demasiado. No quise darle el gusto al tipo.

—Es normal, si lo piensas es normal, ¿a ti te gustaría? Gabriel está dispuesto a pagarlo todo hasta que yo comience a cobrar mi primer sueldo, se hará cargo de la fianza, del primer mes y de todo lo demás. Oye, Leo, salvo que te lo hayas pensado mejor y ya no quieras que trabajemos juntos—me comentó con mucha honestidad.

—Tania, eres la madre de mi hijo y yo nunca te perjudicaría. Además, que ese trabajo te sentará como un guante y que sé que lo harás genial.

—Gracias, Leo, tus palabras significan mucho para mí. Por favor, si me quieres bien...

—Claro que te quiero bien, Tania, ¿qué me vas a pedir?

—Simplemente que todo siga así, que nos podamos llevar bien, ¿vale? Para mí es muy importante. Lo pasé muy mal en el pasado y ahora siento como si la vida me estuviese recompensando. Es cierto que veo que ahora lo tengo todo, contigo como el padre de mi hijo y con Gabriel nuevamente a mi lado. Es como si mi vida se hubiese recolocado. Por primera vez noto que tengo suerte y estoy contenta.

Y yo notaba que tenía un gafe que no era normal, pero la veía tan feliz que me sentía incapaz de aguarle la fiesta.

¿Y si había dado con alguien que de verdad era capaz de dejarlo todo por ella? Ese tipo aceptó a Luca en su vida desde el primer momento, ganándose el corazón de Tania, y en esos momentos estaba dispuesto a darle un vuelco total con tal de permanecer a su lado.

De nuevo me esperaba una noche toledana, porque se me había jodido la vida de un momento para otro. Me costaría remontar después de aquello. Suerte que tenía a Luca, al menos, y que él sí que me daba alegrías. Quién me lo iba a decir... Un mico como él y, de pronto, se había convertido en mi tabla de salvación.

Qué ganas de que llegase la mañana para irme a trabajar, así no tendría que ver a Tania y dolería menos. El problema estaba en que pronto andaría también por la oficina y eso picaría. Yo solito me había metido en la boca del lobo.

Lo que fuera que el karma tratase de cobrarme, se lo cobraría con creces. De nuevo sin poder planchar la oreja, una noche más.

Capítulo 28



Agradecí estar trabajando aquella mañana en la que el tema de Tania no se apartaba de mi cabeza.

—¿Dónde estás, tío? Al proyecto hay que terminar de darle un empujoncito, creo que en pocos días ya se podrá incorporar Tania así que alegra esa cara—me decía Mario.

—Ya, ya lo sé, gracias...

—¿Qué te pasa, Leo? Estabas contento y ya no lo estás, ¿te enfadaste conmigo porque no fui al cumple de Luca? Sabes que estoy deseando conocerle, pero no me veía en una fiesta infantil.

—Ya, y menos cuando supongo que habrás pasado un finde de esos que quitan el hipo con Nicolette, ¿no?

—Pues sí, no te lo voy a negar. La quiero, tío, y siento que ella también está por mí—me contó.

A mí me daba escalofríos solo escucharle. Ese no sabía que estábamos a un paso de volver a convertirnos en dos jueguistas, porque ni a mí me salió la jugada con Tania, ni a él le saldría con Nicolette, para quien no era más que un capricho.

Pensándolo bien, eso de jueguista lo volvería a ser yo a tiempo parcial, porque los fines que tuviera a Luca me dedicaría por completo a él. Incluso igual ya no me apetecía ni volver a la juerga los que estuviese solo, porque lo de ser un golfo es como un estado permanente, una filosofía de vida que me daba la impresión de que no era compatible con una paternidad responsable.

Yo estaba cambiando, lo estaba haciendo a marchas forzadas.

—Pues yo estoy, estoy jodido, Mario—le confesé sin decirle que él no tardaría en estar como yo.

—¿Y eso? ¿No te has lanzado con Tania? Creí que lo harías este finde, ¿te ha rechazado?

—No, solo me ha tomado la delantera Gabriel, el tipo ese que te conté que se lio con ella en los últimos meses.

—Joder, qué mala pata, ¿y eso cómo ha sido?

—Porque mi jodido orgullo me llevó a dar pasitos lentos sin darme cuenta de que el tío ese avanzaba hacia ella a grandes zancadas.

—Y te cogió la vez. Menuda putada, tío, lo siento...

—Lo sé, y ahora estoy jodido, muy jodido...

—Pero ¿ese no era el tío cuya mujer estaba enferma?

—Un diagnóstico erróneo. Me alegro por ella, aunque imagínate lo que ha supuesto eso para mí. Lo que debía ser una buena noticia, a mí me ha hundido.

—¿Y si todo fuese un camelo? —arqueó una ceja.

—¿Qué dices de un camelo? No le des más vueltas, Mario, que este tema me pone de muy mala leche.

—Yo solo digo que el tío podría estar mintiendo, solo eso. Igual se inventó todo ese rollo de la enfermedad de su mujer para que Tania no se la montase más gorda al dejarla. E igual ahora le conviene, por lo que sea, volver a acercarse a ella, y le da la vuelta a la tortilla.

—Pedazo de agobio me está entrando, colega, ¿tú no serás un poco enrevesado? —le pregunté.

—Pues igual sí, ya me lo decían mis hermanos de pequeño, que siempre le buscaba los tres pies al gato.

—Mira, por lo visto está interesado en Tania y ha visto el cielo abierto cuando las cosas se le han solucionado. No es de extrañar porque ella vale un potosí, y él está loco por emparejarse con ella.

—Tío, pues cuando no tocan las de ganar, tocan las de no perder... Y hablando de todo, Nicolette me dijo antes que vayas por su despacho, que necesita comentar contigo un par de cosas.

Me terminó de alegrar la mañana, para qué decir otra cosa. Yo no me fiaba de ella y toqué su puerta con un mal cuerpo impresionante.

—Vaya, por fin te dignas aparecer por aquí, Leo. Anda que si me hubiese estado quemando—me soltó por todo saludo.

—Nicolette, lo siento. Mario no se ha acordado de comentármelo hasta ahora, disculpa.

—No, no pasa nada. Verás, si quemándome no estaba, y eso que sí que me siento arder—me dijo levantándose de la mesa y viniendo hacia mí con un vaivén de caderas que, por sí solos, hubieran desmayado a más de uno.

—Nicolette, tengo la sensación de que conmigo te estás equivocando—le comenté.

—No, no me estoy equivocando. Me deseas, otra cosa es que no quieras joder al tontaina de tu amigo, No te lo voy a negar, me divierte ver cómo alguien tan inteligente se vuelve un títere en mis manos, ¿de verdad se cree que he firmado con él un contrato de exclusividad? —me espetó llegando hasta mí.

Me costó mantenerme firme cuando ella era la tentación hecha mujer, aunque jugó en su contra que yo le estuviese cogiendo un evidente asco al ver cómo jugaba con Mario.

—No lo intentes, Nicolette, no lo hagas—le advertí antes de que besara mis labios, porque lo hizo.

Me di la vuelta de inmediato, escuchándola hablar antes de alcanzar la puerta.

—Esto no acaba aquí, imbécil. Nadie me deja así y menos siendo su jefa. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, ¿me oyes? Y me la pienso cobrar.

No dudaba que hablaba en serio. Era un demonio. Por suerte, sin rabo, pero un demonio. Claro, se trataba de una diablesa, de una con buena memoria que no olvidaría aquella afrenta. Podía hacerme daño de muchos modos, pero, principalmente, enemistándose con Mario... Otra vez no, yo no estaba para tantos berenjenales.

1

,

.

1

Capítulo 29



Esperé a que Mario saliera para tomarse un café y le abordé en el pasillo.

—¿Con tiempo para que vayamos a la cafetería esa que tanto nos gusta? Son solo un par de calles, apenas tardaremos unos minutos más—le indiqué.

—Preferiría tomar algo rápido aquí. Estoy hasta arriba de trabajo y luego es que quiero ir a almorzar con Nicolette, pero ¿qué demonios? Venga, que sé que estás de capa caída y no quiero ser un aguafiestas.

Era un buen tío, Mario lo era y por eso me jodería hacer lo que debía hacer.

—Mario, tengo que contarte algo que no te va a gustar, ¿vale? No sé ni por dónde empezar, así que será mejor que vaya al grano —le conté una vez sentados en la mesa.

—¿Y qué se supone que es? Calla, que ya me lo imagino. Ahora resulta que Tania no quiere trabajar contigo por eso de que está con el otro, ¿no? Joder, Leo, que tú sabes que este proyecto lo hemos montado más que nada por ella.

—No, no es eso. Ojalá lo fuese, pero no lo es.

—¿Y entonces?

—Entonces es que Nicolette me ha besado—le solté sin paños calientes.

—¿Qué Nicolette? —me preguntó como si hubiese alguna posibilidad de que fuese otra.

—No me pongas esa cara, hombre, que se me parte el alma, ¿qué Nicolette va a ser? Pues tu Nicolette, la jefa.

—No, no, tienes que haberte equivocado, Leo, ella no me haría eso.

—¿Equivocado? Mira, me puedo equivocar a la hora de pedir un sándwich, pero al decirte que me ha metido la lengua hasta la campanilla, ahí no me equivoco. No estoy tan tarado...

—Pero es que eso no puede ser, Leo, no puede ser. Te digo yo que no.

—Y yo te digo que sí.

—Tengo que ir a hablar con ella—me dijo mientras, con los ojos en blanco, se levantó y se fue.

Iba como un zombi y yo no podía dejar de darle vueltas a que las cosas se estaban complicando mucho, porque Nicolette no se quedaría de brazos cruzados y allí se formaría la de Troya.

Quizás hubiera sido más inteligente actuar como un zorro y mantener mis labios sellados. Incluso echarle un polvo, o los que se terciara a Nicolette, quitarle el capricho y evitar problemas, pero ese no era el tipo de comportamiento que yo quería tener en el futuro.

Igual hay a quien le suena moñas, pero yo ya priorizaba a Luca en ese momento y no deseaba que tuviese un padre que actuase como una sabandija, no quería ser ese tipo de referente para él.

Me quedé allí, saboreando el café, y temiendo que tendría que capear el temporal a mi vuelta a la oficina. Igual me encontraba, esa vez sí, con el finiquito en la mano. Ya sería lo que me faltase.

Cuando un rato después entré en el despacho de Mario, ella estaba allí con él.

—Ahora lo entiendo todo, Mario me lo ha contado, y te digo una cosa, Leo: no se te ocurra volver a hacer algo así en tu vida, ¿me oyes? —me preguntó con voz furiosa la jefa.

No sabía a qué se refería exactamente, tampoco me importó tanto como ver la ira que desprendían los ojos de mi amigo al mirarme,

—¿Qué estás diciendo, Nicolette?

—Que, cuando has entrado en mi despacho, te he visto muy mala cara. No entendía la razón y encima te has permitido el lujo de besarme. Mario me acaba de contar que seguramente haya sido porque las cosas te van fatal con tu ex, con la madre de tu hijo, pero eso no te da derecho a asaltarme de ese modo. Y menos cuando sabes que mantengo una relación con él, que encima es tu mejor amigo, ¿no te da vergüenza?

—¡Eso es mentira!! —le chillé.

—No se te ocurra volver a levantarle la voz, Leo, ¡¡ya está bien!! —me gritó Mario.

—Yo os dejo y lo único que os pido es que este desagradable incidente no salga de este despacho. No soy persona de airear los trapos sucios con el personal, y este asunto ya es lo suficientemente turbio—nos dejó aquella serpiente venenosa dando un portazo.

—¡Es una jodida mentirosa!! —protesté ya a solas con mi amigo.

—Ya está bien, Leo, ya está bien... Creí que de veras me habías perdonado, pero no... En cuanto las cosas se te han torcido, me la has jugado. No puedes soportar lo que sientes por lo de Tania y te has tirado a degüello por Nicolette. No me la vas a quitar, te juro que no me la vas a quitar. Y, a partir de ahora, vuelvo a ser tu superior y no tu amigo. No me dirijas la palabra más salvo para asuntos laborales.

—No solo eres enrevesado, sino imbécil—le contesté.

—Igual sí, pero no soy un traicionero como tú. Vete a la mierda, Leo. Si tienes movidas es porque te las buscas. Y no paras, a la vista está. Jamás creí que pudieras decepcionarme tanto, pero te has lucido.

—Si es eso lo que piensas de mí, me compraré un cartucho de pipas y esperaré a que ella dé la cara. Terminaré por caérsele la careta y entonces vendrás a pedirme perdón.

—Pero no te entretengas mucho, con las pipas digo. Te recuerdo que soy tu superior y te pienso tener más controlado que a un cangrejo en una cesta. Que te den, Leo.

—Que te den a ti, Mario.

Capítulo 30



Llegué a casa con un resquemor insoportable. Y entonces la vi enfrascada en una nueva búsqueda. En el fondo me sentí como un idiota. Yo le encontré trabajo, así que solo le restaba dar con un piso en el que establecer su nidito de amor con su nuevo novio.

Yo no daba ni una en el clavo, todo se me estaba jodiendo, y el único que me hacía sonreír era Luca.

—Ha estado preguntando por ti—me comentó alegre.

—¿No me digas? ¿Este granujilla ha echado de menos a su papá?

—Sí, sí, repetía “papá” a cada momento, se ve que te ha cogido un poquito de cariño, pero solo un poquito—bromeó.

—Te veo de buen humor...

—Bueno, sí, no te voy a decir que buscar un piso en condiciones sea coser y cantar, pero al menos es mucho más agradable que buscar curro y no encontrarlo ni debajo de las piedras. Me ilusiona, Leo—me confesó—. Oye, ¿tú tienes esa cara porque me voy con él? —hurgó en la herida.

Me jodía. Mi orgullo seguía ahí y no quería que me viese como un segundo plato, esperando a que ella desechase el primero.

—Lo que me pasa es que he tenido una movida sensacional en el curro—le conté.

—¿Qué dices? Espero que no te echen...

—Si lo dices por tu puesto, tranquila. Ese lo tienes asegurado. Son cosas independientes y Mario se ha vuelto un gilipollas total, pero no te dejaría en la calle por esto.

—¿Has vuelto a discutir con Mario? ¿Por qué? Si por fin os llevabais bien, ¿no? Joder, qué mal.

—Nicolette me ha besado y luego le ha ido con el cuento a él de que ha sido al contrario—le solté sin rodeos.

—¿Y estás seguro de que no tiene razón? Mira que a veces esas cosas se prestan a confusión.

—A ver, Tania, muchas gracias por la confianza. Mira, resulta que yo estaba delante de su mesa, parado, y ella ha venido con aires de Mata Hari y me ha metido la lengua hasta... Mira, paso de darte más explicaciones. Total, tú tampoco me crees...

—Yo no digo eso, solo que pensé que igual las cosas no eran así, pero si lo tienes tan claro—se excusó.

—Claro que sí, ¿no ves que el golfo de Leo se tira a todo lo que se menea? ¿Cómo se le iba a resistir Nicolette? Muchas gracias, de verdad, muchas gracias—le solé con total retintín.

—Perdona, Leo, pero es que...

—Es que tú ya no confías en mí—le espeté iracundo—. Sin embargo, en otros sí que confías a pies juntillas, y eso que igual te la están dando con queso—le solté.

No pensé en lo que estaba haciendo, sino que actué totalmente cegado por la ira. Se me ocurrió hacerle daño con eso que sugirió el enrevesado de Mario, pues eso le haría pupa.

—¿Lo dices por Gabriel? ¿Qué tienes tú que decir de él? ¿Me lo quieres contar? Mira, Leo, si te jode que ahora estemos juntos, tendrías que haber sido más rápido. O menos egoísta en el pasado, y entonces ni siquiera nos hubiéramos separado. Lo siento mucho.

—Pues nada, Tania, como yo no paro de cagarla, espero que te vaya de puta madre con él. Ah, y de paso, también espero que todo lo que te haya contado sea cierto.

—¿Qué coño estás insinuando, Leo? Porque, llegados a este punto, sería mejor que hablaras claro.

—Pues que me extraña mucho todo eso de que su mujer estuviese enferma y de pronto no. Que puede ser un camelo y que...

—¡Y que te den, Leo! Sabía que habías cambiado mucho en este tiempo, pero no imaginé que tanto como para pretender hacerm este daño gratuito—me dijo levantándose y yéndose para el dormitorio, donde abrió el armario y comenzó a sacar su ropa y la de Luca.

—¿Qué estás haciendo, Tania? ¿Qué se supone que estás haciendo?

—Nos vamos. Luca y yo nos vamos de esta casa. Sigues siendo un egoísta que solo pretende volverme loca, y eso es algo que no estoy dispuesta a permitirte. No me da la gana de que trates de jugar conmigo a tu antojo, ¡nos vamos!

El niño, que escuchó revuelo, se echó a llorar y a mí se me partió el alma.

—Luca está haciendo pucheros, por favor, estate quieta.

—No trates de escudarte en el niño, porque no te va a servir. Vete a la mierda, Leo, vete a la misma mierda...

—¿Y tú dónde te irás? —le pregunté aterrado, como hacía mucho que no me sentía.

—Buscaré un hotel para pasar la noche con él. Para eso me llega, tranquilo. Y, si no, Gabriel me ayudaría, en la calle no nos quedaremos.

—No, si al final él será tu salvador y yo el mismo capullo de siempre.

—No voy a olvidarme de cómo quieres a Luca y de que me has buscado trabajo, si es eso lo que temes, aunque a mí me hayas vuelto a fallar en lo personal. Y tranquilo, Leo, que ya estoy acostumbrada, porque no es la primera vez que me lo haces.

Se marchó con Luca en brazos y dando un portazo, diciéndome que se llevaba solo lo indispensable y que ya volvería a por el resto cuando tuviese un piso de alquiler.

Capítulo 31



No fui a trabajar el martes. No cuando el mundo entero estaba en mi contra y yo no podía ni con mi alma.

De nuevo, había perdido a la mujer de mi vida y a mi mejor amigo, quienes no podían ni mirarme a la cara.

Me sentía perdido y derrotado, hundido y hecho un mar de lágrimas, cuando al mediodía llamó a mi puerta Gladys.

—¿Estás enfermo, Leo? ¿Qué haces en casa a estas horas? ¿Y Tania? ¿Dónde está Tania? —me preguntó mientras con los ojos cotilleaba el estado del salón, que era un tanto lamentable, con varias botellas por el suelo y todo regado.

—Ni idea, ¿tú lo sabes? Porque yo tampoco. Se largó anoche con Luca, con mi hijo, sin decirme a dónde iba. Soy un pringado, Gladys, vuelvo a ser el mismo pringado de siempre, solo que ahora estoy acabado.

—Espera, no sé qué habrá pasado entre vosotros dos, pero sí que estás hecho una mierda. Y el salón no te digo nada... Te ayudaré a recogerlo antes de que ella vuelva, no voy a consentir que lo vea todo así y salga corriendo. No eres mal tipo, Leo, no quiero que tenga ese concepto de ti.

—¿No soy mal tipo? Pues pregúntaselo a ella, que piensa que le he jodido la vida solo porque le solté...

—¿Qué le soltaste, Leo? ¿Tengo que taparme los oídos? —me preguntó negando con la cabeza.

—Le dije que igual Gabriel no es trigo limpio y se lo ha inventado todo a su conveniencia. Me refiero a lo de su mujer...

—Así me gusta, que te cubras de gloria. No puedes hacer esas cosas, no puedes.

—Ya, echarle mierda encima a los demás solo porque tengo una pataleta que ni las de Luca, ¿no? Yo la quiero, Gladys, la quiero... Y no puedo soportar perderla.

—Pues así no la vas a conseguir, está claro. Mira, a mí me insinúas eso de un tema tan delicado, y te meto puño, con eso te lo digo todo.

—Por lo que veo, todo lo hago mal, ¿no?

—No, todo no—me respondió con miradilla libidinosa—, pero eso ahora no viene al caso.

—Ya, eso mismo opinaba Tania, aunque no pude volver a tenerla entre mis brazos para demostrárselo. A ti sí puedo—le comenté yéndome hacia ella con la intención de besarla.

—Leo, ni en broma, estás dolido y a mí no me vas a usar. Yo no soy tan buena como para liarme contigo sabiendo que estarás pensando en Tania. No cuentes conmigo para eso.

—Joder, Gladys, perdóname. Otra cagada, ¿lo ves? Voy de una en otra.

—Lo que tienes que hacer es meterte en el baño, darte una buena ducha, y dejar que yo mientras recoja este puto desastre. He visto cochineras mucho más decentes.

Le hice caso y tomé esa ducha, durante la cual reflexioné sobre el complicado panorama que tenía por delante, y más en una semana en la que tendría que volver a ver a Tania, puesto que Mario la citaría para una primera toma de contacto el viernes, con la intención de que comenzase a trabajar el lunes siguiente.

Esperé ese momento con agonía, puesto que mientras ella no me cogió el teléfono ni yo tampoco quise insistir más para no contrariarla y empeorar las cosas. Gladys se convirtió en mi consejera. Ella opinaba que debía dejarle su espacio y que las aguas volverían a su cauce si era capaz de hacerlo.

Mientras, el panorama con Mario era fatal, porque tan solo me dirigía la palabra para darme órdenes y, encima, cada vez que me cruzaba con Nicolette ella me sonreía con tanta malicia que yo entendía que no podría seguir demasiado tiempo en la empresa.

Para colmo, estaba también lo de mi madre, que no podía mostrarse más disgustada con todo lo relacionado con la ruptura, aunque seguía en pie lo de que ella cuidaría del crío en las tardes que su madre trabajase, porque Tania siguió en contacto con ella durante aquellos días.

El jueves por la noche los nervios me atacaban porque estaba a solo unas horas de volver a verla. Sufrí lo indecible aquella semana sin saber de ella y de Luca, por lo que contaba las horas para que pudiésemos hablar civilizadamente, y en persona.

No es que la oficina fuese el lugar idóneo para hacerlo, pero sí imaginaba que encontrarnos cara a cara serviría para suavizar las cosas. Así se lo rogaba al universo, porque a ella la había perdido, pero al menos recuperaría a Luca, cuya sonrisa echaba tanto de menos que no podía ni mirar sus fotos sin llorar. Ese pequeñajo se había colado por las rendijas de mi corazón, haciendo que le adorase.

—Joder, Gladys, perdóname. Otra cagada, ¿lo ves? Voy de una en otra.

—Lo que tienes que hacer es meterte en el baño, darte una buena ducha, y dejar que yo mientras recoja este puto desastre. He visto cochineras mucho más decentes.

Le hice caso y tomé esa ducha, durante la cual reflexioné sobre el complicado panorama que tenía por delante, y más en una semana en la que tendría que volver a ver a Tania, puesto que Mario la citaría para una primera toma de contacto el viernes, con la intención de que comenzase a trabajar el lunes siguiente.

Esperé ese momento con agonía, puesto que mientras ella no me cogió el teléfono ni yo tampoco quise insistir más para no contrariarla y empeorar las cosas. Gladys se convirtió en mi consejera. Ella opinaba que debía dejarle su espacio y que las aguas volverían a su cauce si era capaz de hacerlo.

Mientras, el panorama con Mario era fatal, porque tan solo me dirigía la palabra para darme órdenes y, encima, cada vez que me cruzaba con Nicolette ella me sonreía con tanta malicia que yo entendía que no podría seguir demasiado tiempo en la empresa.

Para colmo, estaba también lo de mi madre, que no podía mostrarse más disgustada con todo lo relacionado con la ruptura, aunque seguía en pie lo de que ella cuidaría del crío en las tardes que su madre trabajase, porque Tania siguió en contacto con ella durante aquellos días.

El jueves por la noche los nervios me atacaban porque estaba a solo unas horas de volver a verla. Sufrí lo indecible aquella semana sin saber de ella y de Luca, por lo que contaba las horas para que pudiésemos hablar civilizadamente, y en persona.

No es que la oficina fuese el lugar idóneo para hacerlo, pero sí imaginaba que encontrarnos cara a cara serviría para suavizar las cosas. Así se lo rogaba al universo, porque a ella la había perdido, pero al menos recuperaría a Luca, cuya sonrisa echaba tanto de menos que no podía ni mirar sus fotos sin llorar. Ese pequeñajo se había colado por las rendijas de mi corazón, haciendo que le adorase.

Capítulo 32



Estaba en mi despacho cuando escuché la voz de Tania. Fue Mario quien salió a darle la bienvenida, cosa que hizo con mucha efusividad, pues se conocían desde hacía años.

En secreto, agradecí que no la hubiese tomado con ella, solo conmigo, y escuché cómo se la llevaba a su despacho. Me asomé para verla y lo hice cuando estaba de espaldas. Venía impecable, con su traje de chaqueta. Imposible contar con más saber estar... Cómo la echaba de menos.

Expi se asomó un rato después por mi puerta para decirme que Mario reclamaba mi presencia. Había llegado el momento de enfrentarme a ambos al mismo tiempo. No era un capricho que él quisiera verme, sino que muchos aspectos del proyecto los controlaba yo, y solo yo podía contárselos a Tania.

Entré en su despacho y la tensión podía apartarse a cucharadas. Mario seguía mirándome encolerizado y, en cuanto a ella, no esperaba desde luego que se levantara a darme dos besos.

El ambiente de trabajo no pudo enrarecerse más, y eso que todavía existía la posibilidad de que Nicolette apareciese por allí y entonces ya estuviese el cuarteto completo, y no precisamente uno de esos tan divertidos del Carnaval de Cádiz.

Después de saludarles, y de que ellos me devolviesen el más frío de los saludos, me dispuse a explicar mi parte.

Tania tomaba nota mental de todo. No solo era inteligente, sino trabajadora, y yo contaba con la certeza de que se dejaría la piel en ese proyecto que tan alto podría llegar.

Cuando se lo hube explicado todo, Mario me invitó a marcharme, por lo que hice por coincidir con ella a la hora del café, cuando la abordé.

—Tania, tenemos que hablar, esto no puede seguir así—le rogué.

—Está bien, hablemos, ¿no tienes nada de lo que excusarte?

—Sí, lo siento. Siento si me pasé. Lo estoy pagando, no quería reconocértelo por orgullo, cuando la verdad es que creía que volveríamos a estar juntos y todo esto me ha sentado como una patada en los mismísimos.

—Vale, ya por ahí vas mejor.

—¿Dónde estáis? ¿Aún en un hotel? Necesito ver a Luca, no te imaginas cuánto lo extraño.

—Lo sé, Leo, por muy enfadada que esté contigo sé que eres sincero. No, ya no estamos en un hotel, ayer por la tarde me dieron las llaves de mi piso de alquiler y nos hemos instalado allí.

—¿Ya lo tienes? ¡Qué rápido! —exclamé.

—Sí, tuve que moverme a toda pastilla y he tenido suerte.

—Me alegro por ti, mucho, yo mismo te acercaré todas las cosas. Te harán falta, hay muchas del niño y está incluso su elefantito de peluche, ese al que le gusta dormir abrazado, que te lo dejaste.

—Sí, me di cuenta la primera noche, que no paró de berrear. También se dieron cuenta el resto de los clientes del hotel.

—Si me hubieses llamado, te lo habría llevado volando.

—No quería verte, no para que me hicieses más daño, Leo.

—Siento todo el que pueda haberte hecho en la vida y te prometo que trataré de no hacerte más—me sinceré.

—Pues entonces, deja de meterte en mi relación con Gabriel y límitate a hacer de padre de Luca, es muy fácil.

—Así lo haré, ¿firmamos un tratado de paz, entonces?

—Lo firmamos, claro—me respondió aliviada.

—Pues me paso esta noche y os llevo las cosas, así le veo, ¿vale?

—Mejor mañana, ¿ok? Gabriel llega esta tarde y no creo que sea la mejor idea.

—Ah, claro—le respondí pensando en que era un necio por no contemplar tal posibilidad, ¿cómo se dejaría ese tipo perder la oportunidad de acostarse con ella en noche de viernes? Las tripas se me revolvían de pensar en eso, me seguía cayendo fatal, por mucho que tuviera que disimularlo.

—¿Y Luca? ¿Cómo está mi niño? —le pregunté.

—Está de maravilla, aunque también te echa de menos. Te menciona y sé que estará encantado de verte.

—¿Crees que podrías dejármelo mañana unas horas? Sé que no tenemos convenio ni nada de eso aún, pero yo le quiero. Es más, tenemos por medio lo de ponerle mi apellido, ¿no es así? —le pregunté con miedo de que hubiese cambiado de opinión.

—Claro que sí, Leo. Yo no soy una veleta y, si tú cumples con tu parte del trato, yo no tendré ningún problema con nada. No deseo un enfrentamiento contigo en los tribunales. No me olvido de que me abriste de nuevo las puertas de tu casa y de que miras a Luca de un modo que me emociona.

—Es que se trata de mi hijo, de mi hijo...

Horas después, al final de la tarde, llegaba a casa con las bolsas del supermercado cuando me crucé con Luz, la madre de Alba.

—¿No me digas que hoy no tienes a Luca? —me preguntó.

No era una persona a la que yo soliera hablarle de mis cosas, por lo que en ningún momento le llegué a explicar mi situación con mi hijo ni con su madre.

—No, hoy no... Tampoco veo que tú vayas con Alba, salvo que la lleves metida en esa gran bolsa que llevas colgada—le indiqué entre bromas.

—No, es la del gym. Esta noche estoy sola. Oye, ¿te apetecería que luego tomásemos algo?

Lo tomamos. Y desde ya os digo que acabamos revolcándonos en mi cama, cosa que supe que ocurriría desde el mismo instante en el que acepté quedar con ella.

No me sentí bien, solo necesitaba olvidar. Había vuelto al punto de partida, a ese momento en el que tiempo atrás extrañé tanto a Tania que dolía. Volvía a doler, y el dolor no lo mitigó el revolcón con aquella fiera cuyos ojos lujuriosos y entrepierna chorreante no calmaron mi sed. Probablemente porque no la tenía de sexo, sino de amor. Y eso era algo en lo que Luz no podía ayudarme. Nadie podía hacerlo, salvo Tania.

Lo tomamos. Y desde ya os digo que acabamos revolcándonos en mi cama, cosa que supe que ocurriría desde el mismo instante en el que acepté quedar con ella.

No me sentí bien, solo necesitaba olvidar. Había vuelto al punto de partida, a ese momento en el que tiempo atrás extrañé tanto a Tania que dolía. Volvía a doler, y el dolor no lo mitigó el revolcón con aquella fiera cuyos ojos lujuriosos y entrepierna chorreante no calmaron mi sed. Probablemente porque no la tenía de sexo, sino de amor. Y eso era algo en lo que Luz no podía ayudarme. Nadie podía hacerlo, salvo Tania.

Capítulo 33



No le fallé a Luca esa mañana, en la que me levanté temprano, me afeité, me aisé y, como si hubiese dormido como un lirón toda la noche, cargué el coche con la mayoría de sus pertenencias y las de su madre, para ir a llevárselas y verle.

He comentado que con la mayoría de sus pertenencias porque no resistí la tentación de quedarme con alguno de sus juguetes, tanto para que me recordase a él, como con la ilusión de que pronto pudiese pasar algún tiempo en casa, y entonces lo encontrase allí.

El piso de Tania era un bajo, algo que me favoreció por no tener que andar subiendo en el ascensor tantas cosas, entre las que se encontraban su trona de comer y otro montón de cachivaches de todos los tamaños.

No esperaba que fuese él quien me abriera la puerta. Lo hizo porque ella estaba cambiándole los pañales al crío.

No puedo definir con palabras lo que sentí al tener enfrente al hombre que ocupaba el lugar que consideraba mío, y el que me moría por ocupar.

—Hola, tú debes ser Leo. Pero espera, que te ayudo. Cielo santo, cuántas cosas—se ofreció.

—Nada, nada, no hace falta. Y, por cierto, ¿dónde las dejo?

—Aquí mismo. Tania y yo nos ocuparemos de colocarlo todo ahora. Por cierto, soy Gabriel—me tendió la mano.

—Ya lo imaginaba. Y yo soy Leo, como también imaginarás.

—Sí, claro. Bueno, Leo, supongo que la situación no es la más cómoda, pero confío en que con el tiempo todo se normalice y no llevemos con total cordialidad—me indicó sin dejar de estrecharme la mano.

Se la hubiese partido, lo digo en serio. De lo mucho que hubiese apretado, porque lo que más me jodió es que parecía un buen tío súper amable, educado y cercano.

Llevaba días haciendo cábalas sobre la clase de imbécil que sería y me encontré con que me había equivocado por completo, porque se trataba del típico tipo con el que te topas, por ejemplo, en el gym, y te pones a hablar con él como si le conocieras de toda la vida.

—Hola, veo que ya os habéis presentado—nos comentó Tania, quien salió con Luca en brazos, y el peque comenzó a dar saltitos—. Míralo, anda que no se alegra de verte. Te he preparado su bolsa. De todas formas, por favor, te agradecería que me lo trajeses a la hora del almuerzo—me pidió.

—¿Tan pronto? —le pregunté con disgusto.

—Tienes razón, ¿a media tarde estará mejor?

—Mucho mejor, sí—asentí pensando en que era más de lo que inicialmente preví, por lo que había triunfado.

—Venga, Luca, dile adiós a mami, que nos vamos. Y también a Gabriel—añadí condescendiente porque por el bien de mi hijo lo tendría que hacer todo, y su bien pasaba porque nos llevásemos civilizadamente.

Le coloqué en su sillita del coche mientras comprobé cómo Gabriel la tomaba por la cintura antes de cerrar la puerta. La trataba con mucho cariño y delicadeza. Más le valía o yo le haría escupir sus dientes uno por uno. Con Tania no me la jugaría...

Ya me estaba embalandando cuando no había ningún motivo. De hecho, reitero que la actitud de Gabriel me sorprendió gratamente, lo cual era de agradecer, puesto que no solo compartiría su vida con Tania, sino también con Luca.

La mañana la pasamos jugando en el parque. Por la tarde quedé con mi madre para que también viese a su nieto, pero antes necesitaba compartir unas horas con mi hijo al aire libre, disfrutando de los juegos y del sol que iluminaba un día que la presencia de Luca me hizo mucho más feliz. Y eso que yo todavía no esperaba ese regalo que mi hijo quiso hacerme y que pronto disfruté con el mejor sabor de boca cuando vi cómo él se cogió a un banco y, tras sostenerse en pie, comenzó a dar pasos hacia mí, ya suelto.

—¡Así se hace, campeón! —le animaba yo con los ojos empañados al comprobar atónito cómo daba sus primeros pasos. Unos pasos inicialmente inseguros que pronto daría con mucha más seguridad, porque Luca tenía carácter y lo demostraría en todo.

Flipé con eso, tanto que cuando comprobé que ya estaba un poco más suelto, grabé un vídeo de unos segundos que le envié a su madre.

Por cierto, que no lo vio en el momento y las tripas se me revolvieron de nuevo al figurarme que Gabriel la tuviese demasiado entretenida. Que me pareciese buen tipo no evitaba que odiase lo que estaba pasando.

Cuando Tania por fin visualizó el vídeo, me devolvió un audio en el que chillaba como una loca, con esa alegría tan propia de ella.

Me encantó verla así de animada y de feliz, y entonces le pedí al universo que si yo no podía darle esa felicidad, que se la diera Gabriel, pero que siempre estuviese igual de contenta.

Mi hijo daba sus primeros pasos y yo también di uno: el de tratar de dejar mi clásico egoísmo atrás.

Lo había meditado bastante en los últimos días y todos ellos tenían razón al acusarme de haber mirado más por mí que por nadie. Y así me había ido...

Demasiada suerte tenía de contar al menos con Luca. A mi hijo no le fallaría, yo quería ser una de las manos que le guiaran en la vida, y para eso habría de comportarme como Dios manda, que diría mi madre.

Por cierto, que esa madre mía también chilló de alegría al ver caminar por primera vez a su nieto, a un nieto al que apenas conocía, pero al que ya adoraba. Y es que Luca, una vez que le cogió el gusto a eso de caminar, no quiso dejar de hacerlo en todo el día. Cuando se caía, se levantaba enseguida y yo celebraba su caída, enseñándole que el truco no está en no caerse, sino en saber seguir adelante sin vacilar.

—Mucho mejor, sí—asentí pensando en que era más de lo que inicialmente preví, por lo que había triunfado.

—Venga, Luca, dile adiós a mami, que nos vamos. Y también a Gabriel—añadí condescendiente porque por el bien de mi hijo lo tendría que hacer todo, y su bien pasaba porque nos llevásemos civilizadamente.

Le coloqué en su sillita del coche mientras comprobé cómo Gabriel la tomaba por la cintura antes de cerrar la puerta. La trataba con mucho cariño y delicadeza. Más le valía o yo le haría escupir sus dientes uno por uno. Con Tania no me la jugaría...

Ya me estaba embalando cuando no había ningún motivo. De hecho, reitero que la actitud de Gabriel me sorprendió gratamente, lo cual era de agradecer, puesto que no solo compartiría su vida con Tania, sino también con Luca.

La mañana la pasamos jugando en el parque. Por la tarde quedé con mi madre para que también viese a su nieto, pero antes necesitaba compartir unas horas con mi hijo al aire libre, disfrutando de los juegos y del sol que iluminaba un día que la presencia de Luca me hizo mucho más feliz. Y eso que yo todavía no esperaba ese regalo que mi hijo quiso hacerme y que pronto disfruté con el mejor sabor de boca cuando vi cómo él se cogió a un banco y, tras sostenerse en pie, comenzó a dar pasos hacia mí, ya suelto.

—¡Así se hace, campeón! —le animaba yo con los ojos empañados al comprobar atónito cómo daba sus primeros pasos. Unos pasos inicialmente inseguros que pronto daría con mucha más seguridad, porque Luca tenía carácter y lo demostraría en todo.

Flipé con eso, tanto que cuando comprobé que ya estaba un poco más suelto, grabé un vídeo de unos segundos que le envié a su madre.

Por cierto, que no lo vio en el momento y las tripas se me revolvieron de nuevo al figurarme que Gabriel la tuviese demasiado entretenida. Que me pareciese buen tipo no evitaba que odiase lo que estaba pasando.

Cuando Tania por fin visualizó el vídeo, me devolvió un audio en el que chillaba como una loca, con esa alegría tan propia de ella.

Me encantó verla así de animada y de feliz, y entonces le pedí al universo que si yo no podía darle esa felicidad, que se la diera Gabriel, pero que siempre estuviese igual de contenta.

Mi hijo daba sus primeros pasos y yo también di uno: el de tratar de dejar mi clásico egoísmo atrás.

Lo había meditado bastante en los últimos días y todos ellos tenían razón al acusarme de haber mirado más por mí que por nadie. Y así me había ido...

Demasiada suerte tenía de contar al menos con Luca. A mi hijo no le fallaría, yo quería ser una de las manos que le guiaran en la vida, y para eso habría de comportarme como Dios manda, que diría mi madre.

Por cierto, que esa madre mía también chilló de alegría al ver caminar por primera vez a su nieto, a un nieto al que apenas conocía, pero al que ya adoraba. Y es que Luca, una vez que le cogió el gusto a eso de caminar, no quiso dejar de hacerlo en todo el día. Cuando se caía, se levantaba enseguida y yo celebraba su caída, enseñándole que el truco no está en no caerse, sino en saber seguir adelante sin vacilar.

Capítulo 34



Tenía que enfrentarme a una nueva semana de trabajo y no me resultaba nada fácil en las condiciones que estaba viviendo. Además, debería poner el foco en Tania, para ir introduciéndola poco a poco en el proyecto, y eso me sería muy complicado.

Soy de los que cree que, cuando llegas a la conclusión de que no puede ser con la persona a la que amas, lo mejor es poner en muro entre ambos. Cuando ella salió de mi vida por primera vez, lo hizo, y eso me ayudó.

En esa nueva ocasión no lo tendría tan fácil, porque debería verla todos los días en el trabajo y porque era la madre de mi hijo, por lo que nos quedaba mucho que debatir al respecto.

En resumidas cuentas, que tenía la sensación de que el destino me había tendido una trampa, puesto que ella seguiría estando en mi vida, pero sin ser mi pareja, y esa sí que sería una verdadera prueba de fuego.

Coincidimos a la hora del café y me contó.

—Gabriel ya se ha marchado, aunque por suerte su traslado será inminente. En nada podrá quedarse en la ciudad de manera definitiva—me comentó—. Sé que esto no es lo que esperabas, Leo, pero también te quiero agradecer que te comportases como lo hiciste el sábado cuando viniste a por Luca.

—Vale, y yo que me alegro, pero ¿cómo pensabas que me comportaría? ¿Creíste que me tiraría a su yugular? Ya te dije que lamentaba lo sucedido, lo de haber pensado así de mal de él. En realidad—hice de tripas corazón para hacerle esa confesión—, he de decirte que me pareció buen tío.

—Esto sí que es una sorpresa. También a él le gustará saberlo. Sí que lo es, Leo, no tienes que preocuparte por nada.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy—le dije de corazón. Y no le mentía, trataría de serlo por ella, porque se merecía vivir una bonita vida y porque yo no la quise como tuve que quererla.

Lo hablábamos cuando Nicolette pasó por allí, con su sonrisa zorrón, la cual me alteró.

—Ahora sí que te creo. Mario está muy ciego, esa mujer siempre tuvo lo suyo, pero ahora es todavía peor... Está hecha de la mismísima piel del diablo. Ojalá pudiese ayudarte para que Mario abriese los ojos. Me duele que le engañe porque le aprecio. Siempre fue buen amigo tuyo, y también odio que ella se pavonee saliéndose así con la suya. Es detestable, vaya mujer. Me dan ganas de vomitar cuando la veo. Trata a todo el mundo con la punta del pie, ¿quién mierda se ha creído que es?

—La jefa, eso es...

—Yo te debo este trabajo, Leo, y ahora que las cosas vuelven a estar bien entre nosotros, te prometo que voy a ayudarte a desenmascararla ante Mario.

—No se te ocurra ganarte su enemistad. Nicolette no te lo perdonará y volverás a estar en el paro. Hazlo por Luca.

—Pero no es justo. Tiene que haber alguna manera de tirar de la manta sin jugarnos nuestros puestos. No se puede salir con la suya. Es fastidiosa y te está haciendo daño.

—Mario también ha elegido, ¿no te parece? Él ha optado por creerla, sin reservas.

—Mario está capado ahora mismo...

—¿Cómo capado?

—Capado, incapacitado transitoriamente por culpa del enamoramiento. Está loco por sus huesos, no ve más que por sus ojos y piensa que ella dice la verdad, cuando de su viperina lengua no debe salir una de esas desde hace años. Me revienta que os haya vuelto a enfrentar. Y encima es que lo disfruta.

—Tania, yo te voy a pedir un favor, y espero que no me lo tomes a mal—le dije.

—Venga, dispara, que tengo la sensación de que vas a soltarme algo profundo. Tienes esa miradita tuya de “ahí va la bomba” que me hace temblar.

—No se trata de ninguna bomba, sino de una necesidad que tengo. Verás, estoy encantado de que trabajes aquí y de que se te hayan acabado los apuros económicos...

—Pero... Porque ahora viene el pero, claro.

—Pero te ruego que no te inmiscuyas en mis cosas, y no solo por las posibles consecuencias que pudiera traerte, sino porque yo necesito poner ciertos límites para que no me afecte.

Puede que se tratase de la primera vez en mi vida que lograra aparcarme del todo mi orgullo y abrirme con ella.

—¿Tanto te afecta mi presencia? —me preguntó algo consternada.

e—No sabes cuánto y, aun así, ya te digo que me gusta que trabajes aquí. No consentiría saber que te vuelves al paro y lo pasas mal. Antes de eso, prefiero irme yo, fíjate. Y eso si no me echa Nicolette, que todo puede ser—afirmé.

—Leo, ¿entonces es verdad que estabas dispuesto a volver conmigo? ¿Por ese motivo te afecta? —me preguntó.

—Pues claro que sí, Tania, claro que sí. Admito que no haya podido ser y te repito que Gabriel me pareció un buen tío. Y más le vale serlo, porque no pienso consentir que nadie te trate mal, jamás en la vida, ¿me oyes? Y ahora voy a seguir currando, porque no quiero darle un motivo a la parejita feliz para ponerme de patitas en la calle. Sobre todo, a ella no le temblaría el pulso.

—Lo sé, menuda arpía. Gracias por todo.

—Oye, ¿podría pasar a ver a Luca esta tarde?

—¿Esta tarde? ¿Olvidas que nos toca currar? Pues sí que tienes la cabeza a pájaros. Esta tarde la pasa con tu madre. Eso sí, puedes recogerlo tú y me lo acercas a casa, si te parece bien.

—Me parece sensacional...

—Ayer daba ya sus pasos con más seguridad. Vas a notar la diferencia cuando le veas, sus adelantos son diarios en esta edad.

—Sí, está para comérselo.

—Y yo no voy a hacer el chistecito de que igual nos terminamos arrepintiendo de no habérselo comido, porque cuando llegue a la adolescencia seguro que será así.

—Pues seguro que sí. Vamos a tratar de disfrutar de él antes de que nos vea como al enemigo.

—Y yo no voy a hacer el chistecito de que igual nos terminamos arrepintiendo de no habérselo comido, porque cuando llegue a la adolescencia seguro que será así.

—Pues seguro que sí. Vamos a tratar de disfrutar de él antes de que nos vea como al enemigo.

Capítulo 35



Subestimé a Tania. Ya no recordaba lo inteligente que era y lo mucho que sabía hacer eso de nadar y guardar la ropa.

Ella no expondría su puesto de trabajo ni tampoco pondría en peligro el mío. Ni siquiera se me ocurrió que estuviese pendiente cuando el viernes por la mañana Nicolette me llamó de nuevo a su despacho.

Ya me daba un poco igual, en el sentido de que estaba cabreado con Mario por creer a su supuesta novia y no a mí, así que no pensé en él cuando traspasé su puerta.

Me la encontré tan subidita como siempre, con esos aires que se daba, y con calor... Con evidente calor, ese que parecía asaltarla cada vez que una de sus presas cruzaba el umbral de esa puerta.

—Pasa y cierra, Leo—me ordenó mientras vi que su explosivo escote estaba más a la vista que de costumbre, puesto que se había quitado algún botón de más de su camisa.

—¿Qué se te ofrece, Nicolette? —le pregunté con retintín.

—Más bien, dirás que qué puedo ofrecerte... Leo, no nos llevamos muy bien tú y yo últimamente, ¿o solo me lo parece a mí? —me preguntó juguetona.

—No, no solo te lo parece a ti. A mí es que no me gusta que me preparen emboscadas, tengo esa rara costumbre, Nicolette. Supongo que seré un tanto rarito.

—¿Lo dices por lo del otro día? Leo, Leo, no me digas que todavía estás cabreado por eso. Sé que te ponen las mujeres traviesas y yo lo soy más que ninguna. En tus ojos vislumbro que te pondría cachondo darme una nalgada.

—Pues igual te tienes que graduar la vista, porque no ves demasiado bien—le dije porque había perdido por completo las ganas de follarme a una tiparraca así, que estaba jugando con todos nosotros.

—Lo dices por orgullo, ¿o también vas a negarme que eres orgulloso? Eso lo llevas en la frente, Leo. Igual voy a tener que ser un poco más persuasiva—me sugirió mientras comenzó a desabotonar el resto de su camisa.

—Te lo puedes ahorrar, no quiero nada que venga de ti, salvo el trabajo—le dije dándome media vuelta.

—Ni se te ocurra marcharte sin mi permiso—me ordenó y en ese momento recordé lo lejanos que quedaban en mi mente los tiempos en los que la deseé.

—Ya está bien, ¿no te parece? —resoplé volviéndome y entonces comprobé cómo se había quitado también la falda, quedándose en delicada ropa interior, con sus impresionantes curvas pidiendo guerra.

—¿Y a ti? ¿No te parece que no tendrás otra oportunidad como esta? No deberías ser desagradecido o podrías pagarlo muy caro.

—¡No pienso tocarte ni un pelo, Nicolette! —le chillé justo en el momento en el que se abrió la puerta.

Nadie pidió permiso para entrar y sus ojos también se abrieron como dos platos, al no darle tiempo a vestirse.

—¿Nicolette? —le preguntó Mario, entrando y viéndola de esa guisa, casi desnuda y provocándome.

—¿Qué mierda haces tú aquí? ¿Nadie te enseñó que se llama a las puertas? —le preguntó ella con muchísima ira acumulada.

—¿Y a ti? ¿Nadie te enseñó que no se miente? Maldita sea, ¿de qué va esto? —su asombro era evidente.

—Esto va de que yo no soy propiedad de nadie, y menos de un mindundi como tú, ¿creías que te debía fidelidad o que me dejaría poner un anillo en el dedo? Nos lo hemos pasado bien, pero ya me estaba empezando a cansar de ti, así que me alegro de que hayas descubierto quién manda aquí—le soltó con esa soberbia tan suya—. Y si dices algo de esto, te juro que estás en la puta calle y tu amigo también. Me refiero a este, al que no ha tenido huevos de follarme—especificó.

—Más que falta de huevos, yo lo llamaría reparos—le aclaré de inmediato—. A mí es que me das asco, Nicolette,

—Atrévete a repetir esto y estás fuera de esta empresa—me retó.

—Mi amigo dice que le das asco, Nicolette, cosa que no me extraña. Y a mí me das más, por si tienes dudas. Atrévete a despedirnos y esto se sabrá—la retó Mario.

—¿Me vais a denunciar? Antes seré yo quien diga que esto es una maniobra por parte de dos infelices que me han estado persiguiendo sin conseguirme. Sois dos hombres, me haré la víctima y me creerán. Sería lógico que me desearais y que os lo inventarais todo, os haría quedar como dos manipuladores de mierda y terminaríais entre rejas.

—Mejor no lo hagas, Nicolette, o yo misma tendré que declarar lo que ha pasado en este despacho. Como ves, yo no soy un hombre, de modo que igual las fuerzas se vuelven a equilibrar—le dijo Tania, entrando por la puerta en ese momento—. Por tu bien, será mejor que todo esto quede oculto, ¿no lo crees? No te conviene un escándalo, y te juro que yo formaré tanto ruido que todos los medios se terminarían haciendo eco de la noticia. Al final, serviría para un guion de Hollywood—le aseguró ella, quien había llamado a Mario y quien permaneció fuera hasta ese momento.

Jugó sus cartas y resultó llevar varios ases, logrando quitarle la máscara a Nicolette delante de Mario y que ella no pudiera tomar represalias contra ninguno de los tres.

Sabía que me reportaría grandes satisfacciones cuando pensé en aquel puesto de trabajo para ella, pero no que fueran tan pronto ni de ese calibre. Me iba a costar página cuando cada vez la tenía más presente, sintiéndome orgulloso de mi ex, admirándola y, en una sola palabra, queriéndola.

—Has estado increíble—le dije cuando salimos los tres del despacho de aquella maquinadora.

—¿Y no lo esperabas? No pensaba quedarme de brazos cruzados viendo cómo os destrozaba por separado y acababa con vuestra amistad—me contestó con una amplísima sonrisa.

—Yo también tengo que agradecerte mucho, Tania. Y en cuanto a ti, amigo, he de pedirte perdón. Qué ciego he estado—nos habló Mario.

—Invita a unas birras y estamos en paz, colega. Ven aquí—le di un abrazo.

Capítulo 36



A partir de ese día, la calma volvió a nuestras vidas. Me refiero en cuanto al huracán Nicolette, el cual comprendió que sus caprichos y tejemanejes podrían salirle caros cuando se trataba de nosotros tres, que hicimos piña.

En cuanto a mí, yo tendría que aprender que Tania estuviese en mi vida, pero de otra manera. Quizás ella hubiese vuelto para darme una serie de lecciones que me centraron, dejando de actuar como pollo sin cabeza y focalizando en Luca.

En el trabajo, también comprendí que no necesitaba pasar por encima de nadie para destacar, que lo mío se me daba bien, que yo tenía ideas brillantes y que, precisamente si las compartía con otros, podrían brillar más.

En fin, que pasaron un par de semanas y yo tenía una propuesta que hacerle a Tania, puesto que aún no habíamos arreglado nada de papeleo, pero nos llevábamos lo suficientemente bien como para que me atreviese a dar el paso.

—Se me estaba ocurriendo una cosita—le comenté a media semana para que tuviese tiempo de reacción.

—Ya te veía mirándome mucho, como sin atreverte a hablar.

—No necesito traer nada entre manos para mirarte—bromeé porque incluso me permitía hacerle bromas para que tenerla al lado se me hiciese más llevadero, al saber que no tenía posibilidades de volver con ella.

—Ok, ok, venga, no me hagas la rosca, ¿qué tripa se te ha roto, Leo?

—De momento ninguna, aunque todo se andará si no cambian el jodido café de la máquina, que es de pena. Incluso te prometo que a Luca tampoco se le romperá nada si dejas que me lo quede este finde.

—¿Un finde entero? —me preguntó mordiéndose el labio de abajo, nerviosilla.

—Sé que te suena un poco fuerte, pero sabes que estoy preparado para ello. Puedo hacerte la lista de todas las cosas que ya sé de él y te dejaría loca.

—Loca me dejas igualmente, ¿en qué momento tu casa dejó de ser un picadero para convertirse en una guardería? Asombradita me tienes—bromeaba.

—Pues en el momento en el que ese pequeñajo apareció en mi vida. La culpa la ha tenido él, que me mira con esos ojazos que tiene y me hipnotiza.

—Fíjate lo que son las cosas, antes te hipnotizaban un par de tetas—rio ella.

—Pues sí, pero ahora me encuentro capacitado para hacerte esta petición. Incluso, mira, he creado un documento en el que te especifico cuáles son las actividades que llevaremos a cabo, por tramos horarios, y hasta he pensado que, si no te fías del todo, te puedo activar la ubicación en tiempo real y así verás que estamos en casa tempranito para acostarle y...

—Y ya, Leo. Prometo que no repetiré esto delante de nadie más, pero me fío de ti. Y de que le acostarás a su hora, por la cuenta que te trae—me dijo con una sonrisa.

—¿Eso es un sí? Además, que tú también podrás hacer plan así con Gabriel. Oye, verás que ya pronuncio su nombre y lo hago si retintín. También es un gran avance, ¿no te parece?

—Sí, sí que me lo parece. He de reconocer que son muchos grandes avances por tu parte.

—Pues nada, dime eso de “buen chico”, dame una galletita y prometo no lamerte, por muchas ganas que tenga—reí.

—Ay, Leo, Leo... Genio y figura...

Me puse muy contento. Tania comenzaba a confiar en mí e incluso podría pasar con Luca todo el finde.

En otro momento, por muy jodido que me hubiese resultado, habría aparcado esa idea con tal de jorobar a Gabriel y no permitirle pasar esos días a solas con Tania, con la que en secreto seguía considerando mi Tania y, sin embargo, llegué a la conclusión de que ese comportamiento era miserable y ruin, y de que ella se merecía todo lo mejor.

Me dediqué a planear ese finde como si no hubiese un mañana, y en la tarde del viernes me fui a recoger al peque. La zona en la que ellos vivían estaba genial, solo que el aparcamiento no abundaba, y ese día no tuve suerte, por lo que encontré un sitio a un par de calles.

Ya iba llegando a su casa, cuando vi a Gabriel de lejos, el cual portaba una bolsa del supermercado y ya iba de vuelta.

Por Luca, apreté el paso con la intención de saludarle. Cuanto mejor nos llevásemos todos, más favorecido se vería mi niño. Y por ver su sonrisita yo haría lo que fuese.

Estaba a unos pasos de él, cuando su tono de voz me llamó la atención, y más lo que decía a su interlocutora, la forma de dirigirse a ella y la gravedad de sus palabras.

—He tenido que salir a comprar para llamarte, que pareces carajota, ¿cuántas veces te he dicho que ya es hora de que aflojes? Lo lamentarás, te prometo que lo harás si no accedes. Sí, sé lo que acordamos, pero quiero más—le dijo justo en el momento en el que llegó a su portal.

Me distancié de él, totalmente extrañado por lo que acababa de escuchar, y esperé a que entrase en la casa para que no sospechas que le había escuchado.

Ese no era el Gabriel que aparentaba ser. Ese tan educado y servicial. Alguien con tan buenos modales y atento como él no podía hablarle así a ninguna mujer, y menos para exigirle nada, ¿de qué iba aquello?

Fue Tania quien me abrió la puerta y él salió enseguida, con su tono de siempre. Parecía perfecto, una especie de Ned Flanders presto para ayudar a la comunidad.

—Hombre, Leo, ¿qué tal andas? —me preguntó estrechando mi mano y hasta dándome una palmadita en el hombro.

—Bien, bien, gracias, ¿y tú? —le pregunté mientras ella sacaba al crío.

—Genial, todo en orden. No te ofrezco una birra porque sé que tienes que conducir.

—Claro, claro, se agradece igual. Mira quién viene por ahí—disimulé mientras Luca venía dando pasos muchos más firmes, pasos que le llevaron a refugiarse en mis brazos mientras yo le daba un enorme abrazo a ese chiquitín al que adoraba.

n

2

e

e

.

Capítulo 37



Llamé a Mario para que me echase un cable. Tenía los apellidos de Gabriel porque los saqué de la etiqueta del buzón. Su primo era poli, también amigo mío, y no me defraudaría.

Me costó tela tratar de dormir aquella noche, ¿era con Lorena con quien hablaba Gabriel en esos términos? ¿Con esa esposa a la que se suponía no pudo dejar cuando creía estar enferma? Pues sí que le había demostrado cariño por teléfono.

A César, su primo, no le costó nada dar con los datos de ella. De hecho, ya los tenía por la mañana, cuando Mario me llamó.

—Mira, él está de guardia, pero me dice que te los mande.

—¡De puta madre! Me pongo en carretera—le dije con la intención de hacerlo así. No podía esperar... Suerte que fue una broma lo de ofrecerle a Tania ponerle la ubicación en tiempo real, porque si me hubiera visto camino de la ciudad en la que ellos habían vivido todo ese tiempo, y en la seguía viviendo Lorena, lo habría flipado.

—Espera, tío, ¿vas a ir solo?

—No, voy con Luca.

—Eso es una locura, yo te acompaño...

—¿Sí? ¿Harías eso por mí?

—¿Yo cuándo te he fallado? —me contestó.

—Mejor no entramos en detalles, que después nos ponemos tiquismiquis y barremos cada uno para nuestro lado—le contesté entre bromas.

—También es verdad, que igual alguna putadilla nos hemos hecho, pero somos colegas, ¿lo somos o no lo somos?

—Pues claro que lo somos.

Pasé a recogerle con Luca detrás. Él se subió, le miró y lo flipó.

—Clavadito a ti, un clon... Ya solo falta que sea un mujeriego y tendrán que estudiar el caso.

—Luca, aquí te presento al petardo de mi colega Mario. Tiene mucha guasa, pero es un buen tipo. Puedes confiar en él.

—Me gustaría poder decirte lo mismo de tu padre, chavalín—se rio él.

—Luca, tápate los oídos, que tú no puedes escuchar lo que le voy a decir a este energúmeno.

Nos pusimos en carretera y él no paraba de darme charla. Lo agradecí, porque mis nervios eran evidentes.

—Tío, yo sé que en su día consideraste que yo...

—Si es que vas a tener razón, y yo también la tuve cuando se lo dije a Tania; este tío esconde algo. Si vieras cómo le hablaba a esa mujer. Debía ser Lorena, ¿a quién sí no?

—Pues sí, no creo que el muy capullo tenga un harén. En cualquier caso, vas a salir de dudas enseguida, tranquilo.

—No puedo estar tranquilo, Mario, ¿y si le hace daño a Tania?

—¿En unas horas? ¿Estás loco? Esa clase de capullos, y él tiene toda la pinta de serlo, al principio da lo mejor de sí mismo. Se la estará camelando a tope, estará haciéndole creer que es el príncipe de sus dueños, colmándola de regalos, comiéndosela a besos, regalándole sexo a tutiplén...

—Bueno, vale ya, ¿no? Cállate, que me estás poniendo peor...

—Joder, pues yo solo trataba de que te tranquilizaras.

—Vaya, menos mal que no eres psicólogo o la tasa de suicidios experimentaría un subidón que ni el precio del aceite de oliva.

—¿Estás hablándome del aceite de oliva? No me digas que te has vuelto una maruja...

—¿Qué dices de maruja? Solo es que ahora cocino más... Por Luca, que hay que darle sus comidas, mequetrefe.

—Joder, me quedo sin colega de juergas, se ve venir.

—Que no digas más joder, que ya es la segunda vez. Ni una palabrota más delante de mi hijo o te bajo aquí mismo.

—¿Después de que te acompaño? Muy bonito... Trataré de contenerme, aunque no garantizo nada. Me morderé la lengua—comentó mientras hacía el gesto de mordérsela mirando hacia atrás y Luca se doblaba en dos de la risa.

Llegamos y nos acercamos a la casa de Lorena, no había nadie y una vecina nos vio llamar.

—Lorena ha salido a correr, llegará en un ratito—nos informó—. Y eso que yo le digo que no debería, que ya está consumida como para estar parque arriba y parque abajo a la carrera, pero como ella dice que el deporte es lo único que le hace bien... Yo no lo entiendo, claro que cada una sabe lo que le conviene, pobre chica—se lamentó.

—¿Lo dice por lo de su enfermedad? —le metí los dedos. No literalmente, ¿eh? Que nadie piense mal, que se trataba de una adorable ancianita.

—Sí, sí, la depresión mina mucho. Yo tuve una cuando murió mi Feliciano y no quería ni mirarme. Todavía me acuerdo y se me ponen los vellos de punta. En fin, que a ver si mejora estando sola, porque con el marido ese que tenía...

Ella estaba a punto de escupirlo todo cuando vimos a una mujer con ropa deportiva avanzar hacia la puerta de la casa. Debía tratarse de Lorena, y ciertamente su aspecto no podía ser más desmejorado, mostrando en su rostro las huellas de un evidente sufrimiento.

—Hola—nos saludó desconcertada, al ver que estábamos en la puerta de su bonita casa, una vivienda exclusiva con jardín y piscina, ubicada en el mejor barrio de su ciudad.

—Eres Lorena, ¿verdad? —le pregunté y asintió—. Yo soy Leo, la expareja de Tania, ¿podría hablar contigo?

—Eres Lorena, ¿verdad? —le pregunté y asintió—. Yo soy Leo, la expareja de Tania, ¿podría hablar contigo?

Capítulo 38



Miraba a mi alrededor y veía lo que debió ser el hogar de Gabriel con ella. Lorena era una persona apocada, pero muy amable y también educada. Se notaba que debía venir de un círculo acomodado, esas cosas saltan a la vista.

—Tú me dirás—me comentó poniendo una taza de café en mis manos. Una que había preparado temblorosa, puesto que se la notaba asustada.

—Yo no voy a andarme con rodeos, Lorena, he venido a saber quién es tu marido. Temo que Tania no esté a salvo con él—le hablé.

—¿Gabriel? Cómo te lo definiría en una sola palabra. Ah, sí, ya se me ocurre una.... Gabriel es un manipulador, el hombre más manipulador que existe sobre la faz de la Tierra, ¿cómo lo has sospechado? No es momento todavía de que le apriete las tuercas, eso ya llegará—me dijo entrecerrando los ojos y aferrándose a su taza de café.

—Escuché ayer tarde que hablaba con alguien por teléfono, de muy malas maneras, cuando creía estar solo. Fue una casualidad y enseguida te me viniste a la mente.

—Sí, me quiere sacar los ojos. No se conforma con ningún acuerdo, y eso que sabe que estoy fatal—se echó a llorar y me partió el alma.

—No llores por favor, yo no he venido a remover nada. El problema es que necesito saber, pero no quiero hacerte daño.

—Tú no me haces daño. Me lo hace la situación, me lo hace él, que es un ser maligno—me reveló.

—Lorena, ¿te está extorsionando? ¿Es eso lo que está haciendo?

—Sí, justo eso...

—Cuéntame, por favor, necesito saberlo todo y también si has estado enferma en los últimos tiempos, aun a riesgo de que opines que eso no es asunto mío.

—No pasa nada, es innegable, se me nota en la cara que estoy muy deprimida, lo sé...

—¿Es depresión lo que tienes? ¿No hay o ha habido otra enfermedad? —me interesé.

—¿Otra? Lo que me faltaba ya... Bastante tengo con esta, que me ha cogido un cariño que no veas y no me suelta.

—Entiendo, y de verdad que lo lamento. Verás, Gabriel le dijo en su momento a Tania que te habían diagnosticado un tumor maligno y que por eso no podía dejarte, y luego que ese diagnóstico era erróneo.

—¿Se inventó que yo tenía un cáncer? Por el amor del cielo, un cáncer es él. Cada día me llevo una nueva sorpresa. No hace más

que inventar cosas de mí, hablarle fatal a nuestro entorno, decirles a todos que me ha tenido que dejar porque no valgo nada como mujer, que no quiero ni levantarme de la cama... Y ahora ya me levanto, ¿eh? Porque lo que no les cuenta es que la depresión me la provocó él con sus maldades y sus infidelidades.

—Entiendo entonces que Tania no ha sido la única...

—No, no lo ha sido. Él tiene una lista muy larga. Sé que parte de la culpa es mía. Ya me lo advirtió mi padre, que era un mujeriego y que no me casase con él. Mi pobre padre, que en paz descanse, lo caló a la primera. Yo no, yo le he perdonado muchas porque estaba muy enamorada, demasiado... Y hace unos meses, cuando me enteré de lo de Tania, quise dejarle...

—¿Fuiste tú la que tomaste la decisión?

—Sí, pero no me lo permitió, se negó a irse.

—Claro, a Tania le decía que no podía dar el paso porque enfermaste.

—Maldito cabrón...

—¿Y qué ha sucedido ahora?

—Pues que mi padre ha fallecido y yo no he aguantado más. Sus malos tratos, la mayoría psíquicos, iban a más. Y le juré que acudiría a la policía si no me dejaba en paz y abandonaba la casa.

—Y se fue, diciéndole a Tania que todo había sido una confusión, que no estás enferma.

—Sí, se fue, pero aprovechando que mi padre ya no está, ahora quiere sacarme los ojos. Con él vivo no se hubiese atrevido a plantarme cara en los tribunales de esa manera. Gabriel es más de actuar por detrás, de hacer daño en la sombra, ya sabes.

—Me imagino, qué miserable...

—Es horrible, mezquino, ambicioso... No conoce el pudor ni la vergüenza. Mi abogado me dice que su propuesta de divorcio es inadmisibile. Se quiere quedar con el fruto del trabajo de mi padre, de toda una vida, con gran parte de mi herencia. Él no quiere negociar nada, me ha dado un ultimátum, pero mientras no acepte me seguirá haciendo daño, contaminando a los que eran nuestros amigos, dejándome sola. Mucha gente le cree porque daba una apariencia de perfección ante todos, era el marido ideal, yo la que perdía las formas algunas veces cuando no podía más, poniéndome histérica. Nadie sabía el infierno que había detrás y ahora no me creen, puesto que no hablé en su momento y parece que hoy lo hago por despecho.

—Lorena, no puedes imaginarte lo que suponen estas palabras para mí.

—La quieres, ¿verdad? Pues si la quieres no tardes en apartarla de su lado, porque pronto comenzarán las maquinaciones y ella estará atrapada. Eso es lo que hace él: tejer una tela de araña alrededor de sus víctimas, envolviéndolas...

—Has sido muy valiente y te prometo que yo mismo me encargaré de que te deje en paz.

—Ojalá. Ahora le estoy plantando cara, aunque te prometo que he estado a pique de un repique por su culpa. Tú ya me entiendes yo no quería vivir...

—Lo siento mucho, de verdad. No voy a olvidarme de cuánto me has ayudado y también pienso ayudarte a ti, palabra de honor. Eres una gran mujer.

—Tú también pareces un gran hombre. Tania tiene suerte. Yo creí que se convertiría en una desgraciada igual que yo. No va a ser su caso, ojalá alguien hubiera luchado por mí como tú lo vas a hacer por ella, liberándome de las garras de esa bestia.

oLa dejé allí y me encontré a Mario fuera, jugando en el jardín con Luca.

¿

—Oye, te sienta bien...

—Quita, quita, ¿qué dices? Para un ratito. Después con su padre, que yo todavía tengo mucha guerra que dar y los críos atan mucho.

—Cállate, anda, que tengo una venganza que servir fría y ahora voy con el coco muy calentito como para contestarte.

y

,

r

La dejé allí y me encontré a Mario fuera, jugando en el jardín con Luca.

—Oye, te sienta bien...

—Quita, quita, ¿qué dices? Para un ratito. Después con su padre, que yo todavía tengo mucha guerra que dar y los críos atan mucho.

—Cállate, anda, que tengo una venganza que servir fría y ahora voy con el coco muy calentito como para contestarte.

Capítulo 39



Llegué a su casa con la sonrisa en la boca. No me alegraba darle ese disgusto a Tania, pero ella tendría que saberlo antes o después. Y en casos así, es mucho mejor que sea antes.

Dejé a Mario con Luca en el coche y aporreé la puerta, literalmente. Ya pensaba que no estaban cuando salió Gabriel, con un batín por encima, y cara de que le había cortado el rollo, porque venía de su dormitorio.

—¿Pasa algo, Leo? ¿Y Luca? ¿Dónde está el niño?

Tania salió detrás, también echándose algo por encima. Cielo santo, su silueta era cada vez más bonita, y solo de pensar cómo estaba disfrutando aquel criminal de su cuerpo me ponía malo.

—Leo, por Dios, contesta, ¿has perdido a Luca? —me preguntó ella a punto del desmayo.

—No, no, tranquila. Luca está en el coche con Mario, antes perdería mi vida que a él, por eso no te preocupes.

—Muy bien, ¿y entonces? Porque casi nos tiras la puerta abajo.

—Es que verás, tenía prisa por hacer esto—le dije mientras preparaba mi puño para que impactase con toda mi fuerza contra la nariz de ese tío.

Tania se quedó paralizada mientras él iba a parar contra la pared del recibidor, con la nariz ensangrentada.

—¿Te has vuelto loco, Leo? ¿Te has vuelto loco? —repetía ella mientras iba a socorrerle.

—Sí, Tania, me he vuelto loco por ti. Y no puedo soportar que este malnacido te siga engañando.

—¿De qué cojones hablas? —me preguntaba él, llevándose la mano a la nariz.

—De que estás extorsionando a Lorena, ¡de eso te hablo! Maldito seas, Gabriel. Si has sido capaz de hacerle eso a tu propia mujer, ¿qué no le terminarías haciendo a Tania? Se te acabó el chollo, no volverás a hacerle daño a ninguna, ¿me oyes?

—¿De qué está hablando, Gabriel? ¿De qué? —me preguntaba ella.

—De nada cierto, amor. Se lo está inventando todo porque no soporta que estés en mi vida, ¿no le has escuchado decir que está loco por ti? —intervino él.

—No le hagas caso, Tania. Es un cáncer con patas. Por cierto, el único que ha habido en su casa. Lorena nunca estuvo diagnosticada de cáncer, él jugó con esa información a su conveniencia... Puedes hablar con ella, yo ya vengo de hacerlo. Este sinvergüenza te ha mentado desde que te conoció. Ella tiene una depresión como un caballo, la que le ha causado él—le señalé—y la que le sigue causando porque la va difamando por todas partes con tal de quedarse con su dinero, ¿a que eso no te lo ha

contado?

Tania se quedó sin palabras, mirándole...

—Ella miente, ella miente, corazoncito mío.

—Tania, tenemos pruebas de todo lo que te estoy contando. Confía en mí, hazlo por Luca, mi amor—le dije cogiéndole las manos.

Era un momento de máxima expectación, al cual ella reaccionó con un sonoro grito.

—¡Vete, Gabriel! ¡Vete antes de que llame a la policía! —le chilló.

—Te están mintiendo, ¿no ves que todo esto es un complot para hacerme daño? Te mienten, Tania.

—No le escuches, cariño, no lo hagas. Es una mala persona y Luca no se merece crecer a su lado.

—Te trata de chantajear con el tema del niño, ¿es que no lo ves?

—Cállate, imbécil, que me has interrumpido—le dije volviendo a dirigirme a ella a continuación—. Y tú tampoco te mereces alguien así en tu vida, cariño.

—Leo, yo...

Tania se echó a llorar y se marchó a su dormitorio mientras yo me encargaba de echar a patadas de allí a aquella sabandija.

—Vete y nunca, jamás, en tu puñetera vida vuelvas a molestarla. Ah, y de paso, vas a firmar hoy mismo un acuerdo de divorcio razonable con Lorena y a retractarte con todos vuestros amigos de las barbaridades que has soltado por la boca. Si no lo haces, yo mismo me encargaré de que te denuncie.

No dijo ni media palabra más. Agachó las orejas como el cobarde que era y salió de aquella casa con el rabo entre las piernas, esperando a que nosotros nos marchásemos para entrar a recoger sus cosas.

—Tienes una hora para llevártelo todo. Lo que siga aquí cuando vuelva, lo tiraré—le aclaró Tania mientras yo, cogida por la cintura, me la llevaba a tomar un café con Mario y con Luca.

Se lo contamos todo en una cafetería mientras ella nos confesaba que tenía un poco la mosca detrás de la oreja.

—Hace unos días que vengo notando cosas extrañas. Pequeños detalles que me escamaban y que no entendía... Él desplegaba todo su supuesto encanto conmigo, pero había algo que me hacía sospechar, como una intuición. Sé que es complicado de explicar, pero yo me entiendo.

—Yo también te entiendo, preciosa, yo también te entiendo.

—Mario, tápate las orejas y haz lo mismo con las de Luca, porque tengo que confesarle a su padre que me preguntaba si no me habría equivocado en mi elección...

—¿Has dicho elección? Porque tú erecciones no tienes, ¿no? Basta de secretos, dime que no te has cambiado de sexo—bromeaba yo con la sonrisa en la boca.

—Ay, Leo, algunas cosas no cambian, ¿y sabes qué? Que no quiero que lo hagan. Comenzaba a estar hasta el gorro de tanto romanticismo formal y de tanto pasteleo. A mí me gustan las cosas más normales, como me la dices tú, sin tanto teatro y

haciéndome reír a carcajadas.

—No, si al final me harás hasta llorar. Y para ya, que también me haré ilusiones de que volverás conmigo y luego me darás un zasca—le dije sonriente y de lo más teatrero.

—¿Y si en vez de un zasca te doy un beso? —me preguntó y me tembló hasta la uña del dedo meñique de un pie.

—¿Y si mejor nos lo damos los dos? —le respondí mientras me ponía de pie y nos dábamos un esperadísimo beso de tornillo que sacó los aplausos nerviosos de Luca.

haciéndome reír a carcajadas.

—No, si al final me harás hasta llorar. Y para ya, que también me haré ilusiones de que volverás conmigo y luego me darás un zasca—le dije sonriente y de lo más teatrero.

—¿Y si en vez de un zasca te doy un beso? —me preguntó y me tembló hasta la uña del dedo meñique de un pie.

—¿Y si mejor nos lo damos los dos? —le respondí mientras me ponía de pie y nos dábamos un esperadísimo beso de tornillo que sacó los aplausos nerviosos de Luca.

Capítulo 40



Esa noche ya la tenía en casa. Recogimos sus cosas y las de Luca y volvimos a nuestro hogar.

No tuvimos que decirnos gran cosa, porque yo me moría por verla allí y ella... Ella volvió feliz, dándole una segunda oportunidad a lo nuestro que, en nuestro caso, sí que sería buena.

Entre ambos nos ocupamos de Luca y después... Después le preparé una bañera de espuma, como esa con las que tanto disfrutaba mi reina de corazones en otro tiempo, y que no era del uso exclusivo de nuestro niño.

Aquella bañera estaba destinada en esa velada a fines mucho más lujuriosos, por lo que sustituí los termómetros de rana y los patitos de plástico por románticas velas con las que alumbrar el baño lo justo para contemplar el espectáculo de su cuerpo en el escenario más íntimo.

Ella tenía razón en eso de que su delantera experimentó un aumento natural... Como natural fue que la boca se me hiciese agua a verla.

—Esto es... esto es impresionante—le dije aferrándome a esa delantera y comenzando a disfrutarla, ya ambos en el agua, porque no hace falta decir que me metí con ella.

—Cuidado, no te vaya a dar un corte de digestión, que te veo muy comilón—me decía ella mientras me daba un festín con ambas en mis manos.

—Tarde, son demasiado apetecibles... Casi tanto como tú—le contesté porque estaba deseando volver a hacerla mía.

Tras lamerlas a conciencia, succionando y lograr que gimiese hasta poner mi cordura al límite, la incorporé y la senté sobre mí, mientras la acariciaba desde atrás, ambos en el agua, estimulando más aún sus senos con una de mis manos mientras con la otra iba abriendo sus labios vaginales, buscando su clítoris, disfrutando de la sensación de notar cómo la respiración se le aceleraba, buscando llevarla a la locura...

En la vida había disfrutado tanto en el sexo como con Tania. Con ella se producía una impresionante mezcla que no solo abordaba el placer físico, sino que iba mucho más allá porque a nadie más que a ella quise.

Me moría por volver a hacerla sentir, por notarla aún más mujer en mis experimentadas manos, porque llegase al delirio mientras susurraba en su oído las palabras más picantes, esas que siempre le dio morbo escuchar.

Su cuerpo vibraba para mí mientras que sus caderas comenzaban a moverse, al ritmo que imprimían mis dedos, los cuales la llevaron inevitablemente a ese orgasmo que me chilló, a ese orgasmo que elevó la temperatura del agua hasta el punto de que la noté hervir... O más bien seríamos nosotros los que hervimos en el interior de aquella bañera que, a partir de entonces, volvería a atestiguar nuestro amor, ese que nos regalaríamos noche tras noche.

Habían sido demasiadas sin ella... Demasiadas noches acumuladas sin Tania, y me seducía la idea de regalarle todo el amor atrasado que mis dedos, mi lengua y mi sexo pudieran proporcionarle.

Y hablando de ese sexo erecto, a él le echó mano en cuanto las palpitaciones que le produjo su orgasmo cesaron, deseando acariciarlo y prepararlo para una inminente entrada en su llameante vagina, pues si deseo mostraba yo, no mostraba ella ni un ápice menos.

Ya no recordaba cómo me acariciaba, cómo me endurecía, cómo me hacía entrar en lo más íntimo de ella, buscando el calor que solo Tania podía proporcionarme. Lo había buscado también en otros cuerpos, pero jamás experimenté un calor como el del suyo jamás otras llamas me abrasaron como las de sus entrañas.

Excitado, le di la vuelta y la coloqué a horcajadas sobre mí. Siempre me fascinó tenerla en esa postura, lo mismo que a ella, cabalgando sobre mí mientras la espuma nos envolvía...

La visión de Tania, con sus generosos senos avanzando hacia mi rostro, era el mejor regalo que la vida le hubiese podido hacer a mi masculinidad, a esa que se crecía con estampas como aquellas, tan seductoras que me hacían pensar que bien merecería la pena perder la cabeza por ella, por alguien con sus valores, por la mujer con la que me sentía más hombre que con ninguna otra.

Aguanté hasta casi llegar al límite y entonces la hice salir del agua, envolviéndola en una toalla, secándola con mimo y siguiendo en la cama.

Sentía fiebre por poseerla, cubriéndola con todo mi cuerpo... Observar el temblor de su entrepierna mientras esperaba nuevamente ser penetrada por mí no hizo más que elevar esa fiebre, haciéndome arder mientras entraba en ella.

Llevar el control, entrar y salir de su abrasadora vagina, notar cómo se iba derritiendo en mis manos... Todo superaba mis expectativas mientras sus gemidos lo envolvían todo y sus piernas tendían a envolver mi cintura, pidiéndome que la penetrase más, que llegase más dentro, que la hiciera infinitamente mía.

Sonreímos a dúo cuando a ambos nos llegó el alivio de una manera simultánea, quedando sobre ella en ese instante, abrazándola, besándola y confesándole cuánto y cuánto había echado de menos aquello que me daba vida.

Esa vida no había hecho más que comenzar. Tania y yo volvíamos a estar juntos y miraría más que nunca por ella. Obvio que no solo por satisfacerla en la cama, sino en todos los aspectos de la vida.

Nunca volvería a ser el Leo de antes, el Leo que se vio al borde del precipicio por no haber sabido escucharla, por no anticiparme a la jugada, por no entender que yo solo sería feliz si ella lo era plenamente.

Mientras la abrazaba, agradecía al universo esa segunda oportunidad que me había dado junto a esa mujer que volvió a mi vida más madura, demostrándome que era dueña de sus decisiones y que, finalmente, me elegía a mí.

No la defraudaría, no defraudaría a la madre de mi hijo, a mi amiga, a mi amante y a esa mujer que, por muchas que hubiesen desfilado por mi cama, siempre siguió siendo única.

;

1

Y hablando de ese sexo erecto, a él le echó mano en cuanto las palpitaciones que le produjo su orgasmo cesaron, deseando acariciarlo y prepararlo para una inminente entrada en su llameante vagina, pues si deseo mostraba yo, no mostraba ella ni un ápice menos.

Ya no recordaba cómo me acariciaba, cómo me endurecía, cómo me hacía entrar en lo más íntimo de ella, buscando el calor que solo Tania podía proporcionarme. Lo había buscado también en otros cuerpos, pero jamás experimenté un calor como el del suyo, jamás otras llamas me abasaron como las de sus entrañas.

Excitado, le di la vuelta y la coloqué a horcajadas sobre mí. Siempre me fascinó tenerla en esa postura, lo mismo que a ella, cabalgando sobre mí mientras la espuma nos envolvía...

La visión de Tania, con sus generosos senos avanzando hacia mi rostro, era el mejor regalo que la vida le hubiese podido hacer a mi masculinidad, a esa que se crecía con estampas como aquellas, tan seductoras que me hacían pensar que bien merecería la pena perder la cabeza por ella, por alguien con sus valores, por la mujer con la que me sentía más hombre que con ninguna otra.

Aguanté hasta casi llegar al límite y entonces la hice salir del agua, envolviéndola en una toalla, secándola con mimo y siguiendo en la cama.

Sentía fiebre por poseerla, cubriéndola con todo mi cuerpo... Observar el temblor de su entrepierna mientras esperaba nuevamente ser penetrada por mí no hizo más que elevar esa fiebre, haciéndome arder mientras entraba en ella.

Llevar el control, entrar y salir de su abrasadora vagina, notar cómo se iba derritiendo en mis manos... Todo superaba mis expectativas mientras sus gemidos lo envolvían todo y sus piernas tendían a envolver mi cintura, pidiéndome que la penetrase más, que llegase más dentro, que la hiciera infinitamente mía.

Sonreímos a dúo cuando a ambos nos llegó el alivio de una manera simultánea, quedando sobre ella en ese instante, abrazándola, besándola y confesándole cuánto y cuánto había echado de menos aquello que me daba vida.

Esa vida no había hecho más que comenzar. Tania y yo volvíamos a estar juntos y miraría más que nunca por ella. Obvio que no solo por satisfacerla en la cama, sino en todos los aspectos de la vida.

Nunca volvería a ser el Leo de antes, el Leo que se vio al borde del precipicio por no haber sabido escucharla, por no anticiparme a la jugada, por no entender que yo solo sería feliz si ella lo era plenamente.

Mientras la abrazaba, agradecía al universo esa segunda oportunidad que me había dado junto a esa mujer que volvió a mi vida más madura, demostrándome que era dueña de sus decisiones y que, finalmente, me elegía a mí.

No la defraudaría, no defraudaría a la madre de mi hijo, a mi amiga, a mi amante y a esa mujer que, por muchas que hubiesen desfilado por mi cama, siempre siguió siendo única.

Capítulo 41



Un mes después, todo nos iba sobre ruedas. Luca jugaba alrededor de ambos, y ella miraba aquel tentador anuncio.

—¿No te parece una cucada de terraza? Es que yo nos imagino allí y lo flipo, la verdad—me decía.

—Sí que me lo parece, es una promoción preciosa...

—Y el piso está terminado. Lo entregan en nada, lo que pasa es que el chico que lo compró se traslada y no puede quedárselo. Ni pagaríamos más hipoteca que alquiler. Estamos tirando el dinero, Leo—me recordó.

Ella siempre fue muy hormiguita con la pasta, de hacer muchas cuentas y de mirar mucho.

—Lo que sucede es que, como no me ascendieron a mí, deseché la idea de comprar nada. Tengo algunos ahorros, pero no me llegan para cubrir el porcentaje que tenemos que aportar inicialmente, qué más quisiera—resoplé.

—Pero a mí sí—me anunció y me quedé bastante aturdido.

—A ver, cariño, ¿te ha tocado la lotería y estás callada? Me dejás alucinado.

—Nada de lotería, Leo. Verás, mi padre ha vendido la casa para darnos a mi hermano y a mí la parte que nos corresponde de mi madre.

—¿Qué dices? Pero si siempre se mostró reacio a hacerlo.

—Y que lo digas. No obstante, ahora lo ha hecho porque le ha dado la real gana, ya que nadie se lo ha pedido. Pero chico, que a nadie le amarga un dulce, y que yo creo que podíamos invertir una parte en la entrada del piso, y la otra...

—Ya, quedarte con algo de pasta, que es lo que siempre quisiste. Madre mía, nena, de pronto se te solucionan todos los problemas económicos. No sabes lo que me alegra, siempre has dicho lo importante que es para ti contar con un respaldo.

—Y lo sigue siendo, por supuesto. Sin embargo, no estoy pensando en guardar ese dinerillo que me sobre, sino en otra cosa...

—Anda, pues tú me dirás...

—Quiero invertirlo en un negocio.

—¿En un negocio? Pero si tú siempre has preferido ser asalariada. Me estoy quedando helado.

—Pues no, que yo te prefiero calentito. Verás, es que le he dado muchas vueltas y, ¿va o no va bien nuestro proyecto en la empresa?

—¿El de moda? Sabes que va cojonudo, Nicolette dice que triunfaremos con él. Y esa no se equivoca, para los negocios es una fiera.

—Y para otras cosas también—dijo con retintín.

—Eso te lo debe confirmar Mario. Yo no llegué a catarla y lo sabes...

—Te perdiste sus tetas...

—Prefiero las tuyas, me va más lo natural.

—Pues que sepas que lo natural es que nosotros montemos nuestro propio negocio, ya que hablas de eso.

—Bueno, yo hablaba de tetas, lo del negocio lo has dicho tú, ¿de qué clase de negocio estamos hablando? Me estoy haciendo la picha un lío—reí.

—De uno parecido al que estamos llevando, pero nuestro. Te lo digo antes de que tus calenturientas fantasías te lleven a pensar otra cosa. No pienso montar un sex shop ni nada parecido con vosotros.

—¿Con nosotros? ¿De quiénes hablas?

—De ti, de Mario y de mí, por supuesto, que formamos un equipo sensacional.

—¿Independizarnos? —arqueé una ceja.

—Dejar a Nicolette y a sus excentricidades a un lado, olvidarnos de esa engreída y montárnoslo por nuestra cuenta.

—Suena bien, me está poniendo cachondo.

—Pues más te pondrá esto: yo seré vuestra jefa—murmuró en mi oído.

—No lo estás diciendo en serio...

—¿Lo dudas? ¿Quién pone la pasta? Si voy a ser yo, lo normal es que os pongáis a mis pies.

—No seas mala...

—¿Y si me he vuelto un poco malilla? La culpa la tendrías tú, por supuesto, que no paras de decírmelo.

—¿En serio serás nuestra jefa?

—Por supuesto, te iré contando todos los detalles mientras llevamos a Luca al parque, que hay mucha leona suelta y no podéis ir solos.

—¡A sus órdenes! Eso sí, tendrás que esperar un poco, porque mira cómo me ha puesto la ideíta esa de que seas jefa, látigo en mano, ¿también es mi culpa?

—Míralo. Si llegas así al parque, tendrás todavía mucho más éxito... Por cierto, hay una madre que dejó correr el rumor de que se acostó contigo. Vamos, que tendrías mucha penita porque me fuera con el innombrable, pero que no perdiste el tiempo.

—¿Una madre? ¿Qué madre? —apreté los dientes.

—¿Es que te acostaste con más de una? Qué peligro tienes...

—Que no, que solo fue con una. Y te prometo que solo pretendía pasar página, solo eso.

—¡Te pillé! Sospechaba que lo habías hecho y has caído en la trampa.

—No me lo puedo creer, ¿nadie se fue de la lengua?

—Sí, tú, te has ido tú. Y seguro que con ella también la sacaste a pasear.

—Mala, que eres mala. Solo fue para quitarme la penita...

—Penita te voy a dar yo a ti—reía ella y contagió con su risa al crío, quien no tenía ni idea del tema tan espinoso que estábamos tratando, pero que vivía feliz viendo el buen rollo que reinaba en nuestra casa.

Hasta el parque fuimos discutiendo el episodio en cuestión, pues la parte del negocio la tenía Tania tan clara que no había nada que discutir.

Comenzaba una nueva etapa para ambos... Una en la que emprenderíamos juntos, como juntos viviríamos esa felicidad que nos embargaba a todas las horas del día... y de la noche. Tania y Luca lo eran todo para mí, y yo sentía que la vida fue más generosa conmigo de lo que me merecía.

Esa tarde, como tantas, nos reímos mucho en el parque. Y más ella, cuando por mi reacción descubrió que fue Luz la mujer con la que me acosté en su ausencia. Eso pasó en otra vida, en una vida en la que creí haberla perdido por segunda y definitiva vez... Una vida que no era más que una pesadilla que dejamos atrás para comenzar a vivir el mejor de los sueños.

—¿Es que te acostaste con más de una? Qué peligro tienes...

—Que no, que solo fue con una. Y te prometo que solo pretendía pasar página, solo eso.

—¡Te pillé! Sospechaba que lo habías hecho y has caído en la trampa.

—No me lo puedo creer, ¿nadie se fue de la lengua?

—Sí, tú, te has ido tú. Y seguro que con ella también la sacaste a pasear.

—Mala, que eres mala. Solo fue para quitarme la penita...

—Penita te voy a dar yo a ti—reía ella y contagió con su risa al crío, quien no tenía ni idea del tema tan espinoso que estábamos tratando, pero que vivía feliz viendo el buen rollo que reinaba en nuestra casa.

Hasta el parque fuimos discutiendo el episodio en cuestión, pues la parte del negocio la tenía Tania tan clara que no había nada que discutir.

Comenzaba una nueva etapa para ambos... Una en la que emprenderíamos juntos, como juntos viviríamos esa felicidad que nos embargaba a todas las horas del día... y de la noche. Tania y Luca lo eran todo para mí, y yo sentía que la vida fue más generosa conmigo de lo que me merecía.

Esa tarde, como tantas, nos reímos mucho en el parque. Y más ella, cuando por mi reacción descubrió que fue Luz la mujer con la que me acosté en su ausencia. Eso pasó en otra vida, en una vida en la que creí haberla perdido por segunda y definitiva vez... Una vida que no era más que una pesadilla que dejamos atrás para comenzar a vivir el mejor de los sueños.

Epílogo



Un año después...

Nunca creí que me casaría con mi jefa, pero es que jamás se me pasó por la imaginación que Tania llegara a serlo. Me refiero a convertirse en mi jefa, que lo de que aceptara mi propuesta de matrimonio sí entraba en mis esquemas.

Imposible olvidar la cara que, un año atrás, se le quedó a Nicolette cuando le dijimos que nos íbamos. Fue de sorpresa total, como también lo fue el enterarme entonces por su boca de que Mario le había sugerido que los dos compartiéramos el puesto de encargado de área, a lo que ella se había negado, solo por joder.

No nos hizo falta que aceptara, por mucho que agradecí el gesto de mi amigo, porque los tres nos largábamos de allí de inmediato, solo nos acercamos a ella para decirle que no nos vería más el pelo.

El proyecto de moda que emprendimos subió como la espuma... Tanto que pronto necesitamos a alguien más en plantilla para poder ampliar horizontes y entonces tiramos de Michelle.

Resultó muy divertido porque Mario comenzó a interesarse por ella y, dado que él no era argentino, imitaba a todas las horas el acento y el “che, boludo” y el “vos” lo escuchábamos por todos los rincones.

Finalmente lo consiguió, quizás por pesado, pero Michelle acabó en sus brazos y los cuatro formamos un equipo que estaba dando mucho que hablar. Eso sí, bajo las órdenes de Tania, que demostró una madera de líder que me volvía sencillamente majara.

Le pedí matrimonio en un arrebato. Llevaba tiempo pensándolo, pero fue en una cenita unos meses atrás, en casa y con ellos dos delante, cuando le dije que nada me haría más feliz que casarnos.

No hiqué rodilla, más bien ella se sentó sobre las mías, aunque el resultado fue exactamente el mismo, con sus labios envolviendo los míos y diciéndome que a ella también le encantaría.

La nuestra sería una boda discreta, por lo civil. No queríamos pasar por el altar ni una celebración impresionante. Más bien queríamos algo sencillo y que la impresión llegase después, con una bonita vida que compartir.

Lo hacíamos aquella mañana, con los nuestros, con esos que nos ayudaron a salir adelante, a reencontrarnos, a convertirnos en una familia.

Luca nos llevaría las alianzas y lucía un traje en miniatura igualito al mío. Estaba para chillarle, de hecho, lo hicimos al verle avanzar con él. Para entonces se había convertido en un pillo y estaba acostumbrado a que le reprendiésemos, pero no a recibir ningún grito, por lo que puso un puchero y ambos corrimos a consolarle, sacando enseguida sus risas.

Esa fue una de las muchas anécdotas de un día inolvidable, en el que mi madre disfrutó de lo lindo en su papel de testigo, igual que Ernesto, que cumplió el mismo.

En nuestra boda, al ver a Tania, me enamoré más de ella. Siempre me figuré que, después de tantos años compartidos, ya habría llegado al tope, pero ella se encargó de demostrarme que, al aparecer así de elegante y sexy, con aquel vestido ajustado con transparencias en el corsé y generoso escote, podía enamorarme mucho más.

A punto estuve del desmayo, haciendo un divertido gesto de que se me iba el cuerpo. Luca, que era como un monito de esos que lo imitan todo, no tardó en hacer lo propio, con la diferencia de que a él se le fue y tuvimos que cogerle del suelo, con los anillos rodando por todo el salón de actos.

Nos reímos muchísimo, porque ese fue un momento tremendamente divertido, con el chiquitín tratando de guardar la compostura y, al percatarse de la pérdida, corriendo tras los anillos.

En ese momento corrió tras él su tío Jorge, que vivió mucho tiempo en Buenos Aires.

—Pelotudo... Yo te ayudo—se ofreció y, al instante, Michelle puso el radar para ver de dónde venía ese acento.

—Ni se te ocurra, ¿eh? Que ese es otro argentino de pega y yo te lo hago mejor—le aclaró Mario.

0—¿Qué me haces tú mejor, exactamente? —le preguntó ella.

—Todo, te lo hace genial todo, pero ahora vamos a comenzar con la ceremonia, que a mí me ha costado mucho llegar hasta aquí, la concha de tu madre, Mario—le dije y de nuevo todos se carcajearon.

Al final, con quien se hartó de bailar Jorge fue con Gladys, que ya no era nuestra vecina porque nos compramos el piso con terraza del que se encaprichó Tania, pero que seguía siendo una estupenda amiga.

Lo pasamos francamente bien y más todavía en la celebración, que hicimos en un bonito hotel y que se extendió hasta altas horas de la madrugada.

Supusimos que los mayores se retirarían antes, si bien no fue el caso.

—Oye, ¿no está tu padre poniéndole ojitos a mi madre? —le pregunté a mi bellísima esposa a cierta hora de la noche, ya con unas cuantas copas encima.

—¿Y ahora te das cuenta? Pues sí que eres perspicaz, lleva pasando todo el día—me respondió ella.

—No me vayas a decir que crees que ellos...

—Yo solo digo que cosas más raras se han visto, ¿no, mi amor? —me decía mientras me comenzaba a besar.

A mi madre nunca la vi con pareja, jamás le conocí ninguna. Ni siquiera la vi bailar con ningún hombre con la ilusión que lo estaba haciendo con Ernesto.

Igual se trataba del triunfo del amor, porque nosotros lo derrochábamos y podía ser contagioso.

Pensándolo bien, sería maravilloso, pues nada podía compararse a la felicidad de estar acompañado por el ser amado. En mi caso Tania había pasado a ser el eje central de mi mundo, que a la vez se movía por ese pequeño motor, por ese torbellino llamado Luca que hizo mil y una travesuras antes de dar un cabezazo en una de las mesas y quedarse dormido.

Por delante teníamos una prometedora noche de bodas y una romántica luna de miel, con la que agasajaría a esa mujer que había vuelto a mi vida para demostrarme cuán bonita podía ser.

La llevé hasta la suite nupcial en brazos, susurrando en su oído lo mucho que la amaba, lo mucho que la deseaba y lo mucho que

la cuidaría, mientras ella pataleaba feliz.

1

;

,

la cuidaría, mientras ella pateaba feliz.

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu